

LOS AÑOS DE ENSUEÑO

Lisa
Goldstein



Esta es la nueva novela de una notable joven novelista, ganadora del American Book Award por *El mago rojo*.

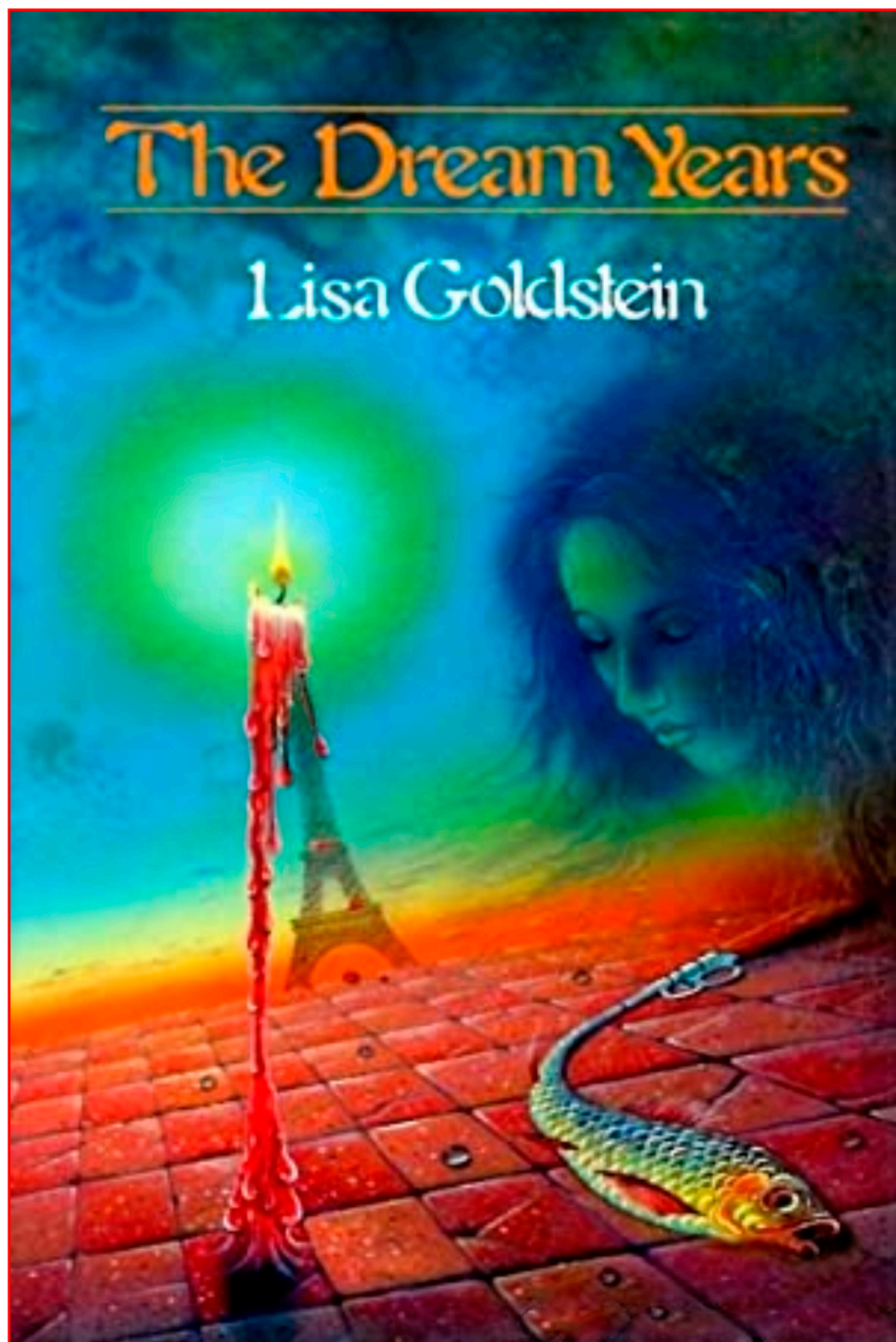
Habla de un París que entra y sale del tiempo, de un amor que trasciende los límites del tiempo y de una esperanza en el futuro.

Robert es un joven surrealista en el París de los años 20, desilusionado con su mundo. Solange es una joven atrapada en los disturbios de 1968 que cree apasionadamente en un futuro mejor. Se conocen en zonas horarias que se fusionan, primero por accidente, luego por diseño. Su amor se hace fuerte, pero ninguno sabe qué les deparará el futuro.

Este es un libro sorprendente, elegante, apasionante y visionario: cuestiona nuestro concepto del tiempo y la realidad: una novela de ciencia ficción provocadora.

The Dream Years

Lisa Goldstein



Lisa Goldstein

LOS AÑOS DE ENSUEÑO

The dream years

Publicado por primera vez en 1986

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. El mercadillo de Saint–Ouen

II. Robert se despertó

III. Al día siguiente

IV. La mujer abrió la boca

V. Robert se reclinó

VI. Robert hizo una bola

VII. Robert se despertó

VIII. Robert caminaba sin rumbo

IX. Los hombres y mujeres

X. Robert se vistió lentamente

Acerca de la autora

Mucha gente ayudó a escribir este libro, entre ellos Doug Asherman, Ira Bernstein, Jeff Mariotte, Dennis Hanson y el equipo de Books, Inc. en San José, Lou Aronica, Dave Hartwell, Richard Kadrey y especialmente Pat Murphy, de quien tomé prestado un nombre, una máquina de escribir y parte de la trama.

André Breton, Louis Aragon, Jacques Rigaut, Antonin Artaud, Yves Tanguy y Paul Eluard fueron personajes reales. Todos los demás personajes son probablemente ficticios.

Este libro está dedicado a mi hermano Larry y al hermano de Groucho, Harpo.

Capítulo I

"Poner la vida al servicio del inconsciente."

*Maurice Nadeau,
La historia del surrealismo*

El mercadillo de Saint-Ouen: medallas de guerra, ojos de cristal de taxidermistas, una rueda de bicicleta, una piel de leopardo, una baraja de cartas, un traje de acróbata (¿para Hélène?) al que le faltaban la mitad de las lentejuelas rosas. Más adelante, André Breton y Louis Aragon discutían animadamente: un breve y decidido signo de exclamación y un alto y frío signo de interrogación. André agitaba su pesado bastón de nudos. Robert St. Onge se quedaba atrás, observándolos desde lejos. Un gramófono. ¿Había también discos? Ajá. Sí los había.

A su alrededor, las mujeres empujaban a sus bebés en cochecitos y regateaban el precio de las sillas. Un niño tropezó con la acera y cayó gritando. Un hombre (a ese hombre ya lo había visto antes) pasó por allí cantando una canción obscena con acento extranjero. Robert cogió discos al azar, sin preocuparse, en busca de blues americano. Una fotografía cayó sobre la mesa y él la giró. Una mujer de cabello oscuro lo miró fijamente. Estaba mirando en el espejo de sus deseos. ¿Quién era ella? Era hermosa.

Louis pasó caminando con un maniquí desnudo tan alto como él. –Nos vamos pronto –dijo. –Él –dijo, señalando con la cabeza a André, que tenía las manos ocupadas en el maniquí– dice que nos reuniremos en el café.

–Muy bien –dijo Robert, volviendo a colocar la fotografía dentro de la cubierta del disco–. Primero cogeré esto. –Se volvió hacia la mujer que estaba detrás de la mesa –baja, gorda, casi completamente cubierta por una boa de plumas azules– y discutió el precio con ella durante unos minutos. Se fijó por primera vez en el nombre del disco, en inglés: «The Moon's Bright Falling Towers» (Las brillantes torres caídas de la Luna). No parecía blues.

André estaba sentado en una mesa a unos metros de distancia, mientras le leían la palma de la mano. Robert se acercó a él, sosteniendo el disco con cuidado. André levantó la vista, preocupado. “Dice que me voy a sentir decepcionado”, dijo. “Decepcionado por un amigo”.

–Uno de nosotros te traicionará –dijo Robert, recordando las constantes exigencias de lealtad de André.

–Decepcionado por un amigo –dijo la adivina con un marcado acento rural–. ¿Ves? Aquí lo dice el verso. Y tal vez también decepcionado en el amor.

–No te creo –dijo Robert–. ¿Quién te defraudaría? ¿Y cómo?

–¿Qué quieres decir? –preguntó André. Y le dijo a la adivina: –Nunca nos habíamos visto antes, ¿no es cierto?

“Así es”, dijo ella.

–¿Lo ves? –dijo André, como si eso lo demostrara todo–. Casualidad objetiva. El momento nos atrapa juntos, sólo a los dos. Y en el mercadillo, la mente inconsciente de París.

–No lo puedo creer –repitió Robert.

–Casualidad objetiva –dijo la adivina. Por la forma en que hablaba, era evidente que no entendía las palabras–. Tiene razón. Ya lo verás.

–¿Qué? –dijo Robert–. ¿Vas a echarme una maldición?

–¡Incrédulos! –dijo la mujer con desdén–. Creo que algún día todos haremos huelga.

–¿La harás? –dijo André. Su humor sombrío de hacía un

momento había desaparecido—. ¿Para qué? ¿Para un salario más alto? –Se metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas monedas. Comeremos ligero esta noche, pensó Robert mientras André le daba unos francos.

–Por fe –dijo la mujer–. Por magia.

“Por los sueños”, dijo André con seriedad. “Haz huelga por tus sueños”.

–Por deseos –dijo Robert. Buscó en su bolsillo y sacó su último cigarrillo. Incómodo, se preguntó si sería él quien decepcionaría a su amigo. La obsesión de André por el inconsciente empezaba a cansarlo.

–Mira –dijo la mujer, poniéndose de pie y caminando lentamente alrededor de la mesa. Era una cabeza más baja que él–. Mira. También te leeré la palma de la mano. Enséñamela. Te la leeré gratis si quieres.

Robert se encogió de hombros. André lo observaba con atención, con sus ojos azul verdoso brillantes. Robert se pasó el disco a la otra mano y le tendió la palma.

La mujer jadeó. “¡Mira esto!”, dijo. “Nunca... ¡Dios santo! ¡Mira estas líneas!”.

–¿Qué es? –preguntó Robert, interesado a pesar suyo–. ¿Qué ves?

“Harás un largo viaje”, dijo.

–¿Eso es todo? –dijo Robert. Pensó en su viejo amigo Paul Eluard, que había retirado dinero de la empresa de construcción de su padre y ahora les enviaba cartas desde Polinesia. Ser libres, estar lejos de París y de las intrigas de André y de esta infancia aparentemente eterna... algún día, por supuesto, pero aún así no entendía por qué la anciana debía armar tanto alboroto.

–Viajarás más lejos que nadie –dijo–. Te embarcarás en un viaje de una extrañeza sin igual. Pasión, violencia, secretos y muerte...

–¿Adónde? –dijo Robert, intentando reír. André lo miraba con expresión sombría, con los ojos entrecerrados. ¿Estaba celoso? –¿A la luna? ¿A las estrellas?

–No, a París...

André se rió de repente, con una risa breve y sardónica. –No, ya entiendo lo que quiere decir –dijo Robert, extrañamente conmovido–. No hay nada en la tierra más extraño que París. A veces, con la luz adecuada o en los barrios adecuados, puedes jurar que nunca la has visto antes.

–Lo siento –dijo la mujer–. No quise decir... En verdad no sé qué quise decir con eso. ¿Alguna vez te leyeron la palma de la mano?

–¿A mí? –dijo Robert–. No, no lo han hecho.

–Una joven dijo una vez que su vida no iba a tener un buen fin –dijo Louis, materializándose entre la multitud–. Eso fue justo antes de que ella le arrojara los zapatos.

–Debes hacerlo –dijo la mujer, ignorándolo–. Haz que alguien joven, alguien que no se quede sin aliento tan fácilmente, te la lea. Que alguien te explique por qué tu palma se desenfoca de forma tan extraña cuando alguien la mira.

–Está bien –dijo Robert, preguntándose si realmente lo haría alguna vez–. Lo haré.

“Bien”, dijo la mujer. “Buen día”.

–Bueno –dijo André–. ¿De dónde has sacado eso? –le preguntó a Louis, señalando el maniquí–. ¿Qué vas a hacer con él?

“Para el despacho, pensé”, dijo Louis.

–Por supuesto –dijo André. Su rostro se relajó y las comisuras de su boca se curvaron ligeramente hacia arriba. Sólo Robert y Louis se dieron cuenta de que estaba sonriendo–. Buena idea. Vámonos.

Se pusieron en camino por las calles de París. El sol se estaba poniendo, tocando los tejados y las chimeneas,

llenando los callejones de sueños inquietantes. El día era cálido para el invierno. Corrieron temerariamente por las calles que se oscurecían, gritando, esquivando, tirando los sombreros de los transeúntes. Con Robert a la cabeza, pasaron junto a multitudes y quioscos, y entraron y salieron de callejones sin salida, como meteoros que surcaban el cielo. Sus pisadas resonaron con fuerza por barrios viejos y olvidados. Robert se volvió para gritarle a André y chocó contra un anciano que subía lentamente por una empinada calle adoquinada.

–Disculpe –dijo Robert–. Disculpe. Estoy buscando a Robert St. Onge. ¿Lo ha visto, por casualidad?

–No... no –dijo el hombre, intentando recuperar el aliento. André parecía tan serio como siempre, pero Louis, que había llegado tarde, obstaculizado por el maniquí, estaba empezando a sonreír–. No, no lo he hecho. Lo siento.

–Está bien –dijo Robert–. Lamento haberte molestado.

El hombre se quitó el sombrero y se fue. “¿Dónde diablos estamos?”, dijo André, mirando a su alrededor.

–Es muy sencillo –dijo Robert–. Por ese callejón de ahí, unas cuantas cuadras más adelante, doblando la esquina, llegaremos al café. Ya verás.

Cansados, volvieron a la calle principal. “¿Ves esa casa?”, dijo Robert. “Una mujer fue asesinada allí hace apenas unos

meses, a balazos por su amante celoso. Leímos sobre eso en el periódico, ¿recuerdas?”

André asintió. En la esquina, una anciana vendía flores. –Yuxtaposiciones extrañas –dijo Louis–. Casi poesía, si lo prefieres. –Ahora arrastraba el maniquí detrás de él.

–No hagas eso –dijo André–. Sus pies harán saltar chispas sobre los adoquines. ¿Quieres incendiar todo París?

Doblaron una esquina. La rue Fontaine estaba delante de ellos. Comenzaron a correr de nuevo, giraron hacia la Place Blanche y llegaron al Cyrano sin aliento. –Muy bien –dijo Robert en voz alta, de pie en la puerta. Su cara ancha estaba surcada de sudor, su cabello castaño estaba peinado hacia atrás–. Cambien todos de bebida.

Algunas personas que se encontraban en el oscuro café levantaron la vista. Nadie respondió. “¿Crees que se habrán acostumbrado a nosotros?”, preguntó André.

–Vaya –dijo Louis, arrastrando el maniquí hasta una mesa y apoyándolo en una silla–. Me gustaría un ange-curaçao, por favor –le dijo al camarero. André y Robert lo siguieron–. Y lo mismo para mi amigo.

El camarero hizo una pausa, con el lápiz suspendido sobre un bloc de papel. Se encogió de hombros. –Dos naranjas –dijo–. ¿Y para ustedes dos?

“Granadina”, dijo Robert. “Me gusta el color”.

André también pidió un curaçao de naranja. Fuera, la calle empezaba a oscurecer. Unas cuantas estrellas se sacudieron para salir de la oscuridad. La calle se llenó con la multitud que se agolpaba en el Cirque Médrano, a unas pocas puertas de distancia: coristas, trapeceistas, payasos. Robert se reclinó en su silla y los miró desfilan a través de su reflejo en el cristal. –¡Miren! –dijo de repente–. Esa mujer del espectáculo... Vi un vestido de lentejuelas igual a ese esta tarde en el mercadillo.

"Me pregunto si solía pertenecerle", dijo Louis.

“Todas las coincidencias”, dijo André. “Si tan sólo entendiéramos el significado oculto de las cosas, cada acontecimiento, cada objeto sería una coincidencia de lo maravilloso”.

“Entonces no tendrías que ir al circo”, dijo Robert.

–Claro que no –dijo Louis–. Mira esa multitud que hay ahí fuera, esa gente gorda y tonta, con los sentidos embotados por lo que llaman vida cotidiana. ¿Por qué no se quedan en casa? Puedes encontrar lo exótico, lo deslumbrante, en un par de zapatos viejos.

La ventana oscura se invirtió de repente y se convirtió en un espejo. La fría calle de fuera desapareció y Robert se vio reflejado en el cristal: cara ancha, pelo oscuro un poco más

largo de lo que estaba de moda y peinado hacia atrás, ojos que parecían dispuestos a reírse de cualquier absurdo, ojos de un castaño lúcido, como si una luz brillara detrás de ellos, aunque no se pudiera ver en la ventana. Suspiró.

El pelo se estaba volviendo más fino, el tiempo pasaba. Alguien se movió hacia el campo de la ventana.

“Buen día”, dijo el hombre.

–¡Jacques Rigaut! –dijo André–. Siéntese.

El hombre bajito y elegante permaneció de pie. Sostenía un periódico bajo el brazo. “Buen día”, le dijo al camarero. “Tomaré lo que esté tomando mi amigo André. No, espere un momento. Tomaré lo que esté tomando ese señor de allí, contra la pared, ¿lo ve?

–¿Ese hombre de ahí? –preguntó el camarero girándose para ver mejor.

–Así es –dijo Jacques, sentándose junto al maniquí–. Muchas gracias. El camarero se fue. –¡Otro más! –dijo Jacques cuando se fue, levantando un pequeño botón blanco–. Se lo arrancó del abrigo cuando se dio la vuelta.

“¿Cuántos son ahora?”, dijo Louis.

–Treinta y dos –dijo Jacques–. Por supuesto, algunos de ellos –hizo hincapié en las palabras– valen más que otros.

Como ustedes, caballeros, saben, ya que se dedican al negocio del arte.

Afuera, la multitud se estaba dispersando. Las prostitutas caminaban por las calles o se reunían en grupos de dos o tres bajo las farolas. ¿De qué hablan cuando están solas?, se preguntó Robert.

André estaba a punto de ofenderse por las palabras “negocio del arte”. “¿Cuál es el más valioso en este momento?”, preguntó Louis.

–Ah, bueno, es difícil decirlo –dijo Jacques–. Los caprichos del negocio, señores, ya saben... En este momento yo diría que son botones sacados de los uniformes de los policías. Hay que tener mucho cuidado para que no te pillen. Por supuesto, yo... –hizo una pausa para enfatizar la palabra– nunca he sido arrestado.

“No estoy tan seguro de que eso sea algo de lo que enorgullecerse”, dijo André. “Todos los grandes hombres y mujeres de la historia han estado en prisión. En la cárcel o en instituciones psiquiátricas. Nietzsche, Sade...”

–Estoy tan loco como ellos –dijo Jacques–. No me pillan. ¿Y a usted cuándo lo han detenido? Pero no quería empezar una discusión. Quería mostrarles, señores –abrió el periódico–, nuestro anuncio, que salió hoy.

El camarero les trajo las bebidas. “No, no”, dijo Louis

mientras el camarero colocaba dos vasos frente a él. “Este es para mi amigo”. Colocó uno de los vasos frente al maniquí. “Por Monique, la única mujer que me ha sido fiel”. Bebió.

Jacques probó su bebida. “¿Qué es esto?”, dijo. “Tiene un sabor horrible”. Bebió otro sorbo.

André estaba hojeando el periódico. “Aquí está”, dijo finalmente. “Oficina de Investigación Surrealista, 15, rue de Grenelle. Damos la bienvenida a todos los portadores de secretos: inventores, locos, revolucionarios, inadaptados, soñadores. Cuéntenos sus historias, responda a nuestras preguntas, cuéntenos sus sueños, deje su trabajo y juegue con nosotros. Sembramos las semillas de la nueva flor que florece de noche. Abre de 1 a 5”. Cerró el periódico. “Está bien”, dijo. “Veremos qué tipo de respuesta obtiene”.

Entraban más personas en el café: artistas, escritores, gente que se pasaba por allí. Trajeron más sillas y añadieron otra mesa. Dos mujeres se acercaron a la mesa, riendo. Una de ellas se sentó en el regazo de Louis y le pasó los dedos por el pelo. –¿Es tu nueva novia? –preguntó la mujer, mirando al maniquí–. Es muy guapa, pero un poco descarnada, ¿no te parece? Antes de que Louis pudiera detenerla, se quitó el collar y la pulsera (grandes joyas de pasta que Louis le había comprado en el mercadillo hacía unas semanas) y se las puso al maniquí. –¡Ahí tienes! –dijo–. ¿No te parece mejor así?

–Aún parece desnuda –dijo alguien en la mesa con malicia.

–Bueno, entonces –dijo la mujer. Puso su mano sobre el primer botón de su blusa. Louis puso su mano sobre la de ella. Ella lo miró a los ojos, decepcionada, y lo besó.

El gran grupo que rodeaba la mesa se había dividido en varios más pequeños. Robert se reclinó de nuevo en su silla, oyendo fragmentos de conversación a su alrededor. –Me dijo que me echaría si no podía encontrar los fetiches tribales esquimales... –Hace años que no hablo con ella... –Le dije que los alquimistas no reconocerían una distinción como esa... Se preguntó qué podría hacer con el resto de la velada. Tal vez Hélène había salido del trabajo en el café.

De pronto, oyó la voz de André, alta y llena de rabia contenida. «¿Sabes de qué estás hablando?», dijo André. Robert y varios otros lo miraron. Estaba hablando con dos jóvenes, estudiantes, probablemente, que habían llegado durante la última media hora.

–Sí, creo que sí –dijo uno de ellos, nervioso.

–Eso *crees* –dijo André–. ¿Crees que sabes lo que dices cuando nos pides que hagamos concesiones a la verdad, la única verdad que vale la pena defender...?

–No he dicho compromiso –dijo el joven. Su compañero permaneció en silencio, inmóvil. Ambos estaban paralizados por la mirada azul verdosa de André–. He dicho que la mejor manera de llegar a los trabajadores... creo que la mejor

manera de llegar a los trabajadores sería a un nivel que ellos entiendan. Francamente, no creo que mucha gente en las fábricas hoy en día entienda lo que usted quiere decir con... surrealismo, por ejemplo. Si pudiera escribir una narración sencilla, algo que mostrara cómo es la vida en las fábricas... no diría esto si no sintiera la mayor admiración por su genio, por su brillantez al expresarse...

–¿No es eso un poco condescendiente? –dijo André, con frialdad–. “El trabajador no puede entender esto”. “El trabajador no está preparado para eso”. No tienes mucho respeto por las personas cuyos intereses dices representar, ¿verdad?

–No quise decir... –dijo el estudiante–. No quiero...

–Son las acciones del proletariado las que cambiarán el mundo –dijo André. El estudiante que habló asintió con entusiasmo. El otro estudiante permaneció inmóvil–. Ellos estarán a la vanguardia de todo cambio social. Y nosotros... estamos a la vanguardia del cambio artístico. Una vez liberados del trabajo de la fábrica, los trabajadores se volverán hacia nosotros con una sed que nunca supieron que tenían...

Robert intentó reprimir un bostezo. Había oído antes ese discurso de André. Fuera del café, las calles se habían oscurecido. Un grupo de borrachos empezó a entrar en el café, cambiaron de idea y regresaron por donde habían

venido. La silla de Robert cayó al suelo con un ruido fuerte. No podía ser. La luz era demasiado tenue... No podía ser... Pero lo era. Se puso de pie y corrió hacia la puerta, ignorando las miradas perplejas de los estudiantes, el grito de André y la sonrisa tranquila de Louis.

La mujer cuyo rostro había visto en la fotografía estaba doblando la esquina. Era más alta de lo que él había pensado que sería a juzgar por la foto. Cuando pasó bajo la farola de la calle, su pelo negro y rizado brillaba con reflejos rojos.

Robert corrió tras ella. La calle parecía alargarse cuando dobló la esquina; las casas se movieron por un momento y luego se quedaron quietas. Alguien gritó. Se oyó un fuerte ruido de explosión en dirección al río. Aterrado, siguió corriendo, esperando no haberla perdido. Ahora se sentía terriblemente desorientado. ¿Dónde estaba? «¡La policía!», dijo una voz aguda de mujer a su derecha. «¡La policía viene!».

Parpadeó, parpadeó otra vez mientras sus ojos se llenaban de lágrimas por el humo. Esos edificios increíblemente altos... seguramente los habría notado antes. "¡Bájate!", dijo alguien en voz alta. Se frotó los ojos, haciendo una mueca de dolor, pero los edificios seguían siendo los mismos.

—¡Oye, estúpido! —repitió la voz—. Ya vienen. ¿Quieres que te disparen?

Miró a su alrededor. Habían construido una barricada con adoquines rotos y coches volcados.

También había algo mal con los coches: eran demasiado pequeños y había demasiados. Sonó un disparo, esta vez más cerca. Corrió hacia la barricada y la saltó.

“Desde luego, te tomaste tu tiempo”, dijo el hombre. Tenía gafas redondas y un pelo brillante que le quedaba como una gorra.

–¿Dónde estoy? –dijo Robert–. Creo que estoy perdido.

El hombre lo miró extrañado. “¿Perdido?”, dijo. “No deberías haber salido esta noche si no sabes cómo orientarte. ¿Dónde has estado los últimos días?”

–¿Yo? –dijo Robert–. He estado aquí mismo. –Tenía las manos sudorosas y el corazón le latía con fuerza–. ¿Qué está pasando?

–Es la revolución, hombre –dijo el otro hombre–. La huelga general. ¡Bájate, carajo! Un trozo de adoquín golpeó la barricada y rebotó sin causar daño.

–No... –dijo Robert. ¿Cómo podía estar pasando esto? En un movimiento precipitado lo había perdido todo: sus amigos, los cafés, las calles de París–. ¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Esto es París?

–Claro que estamos en París –dijo el otro hombre–. ¿Estás loco?

–Si han entrado en los manicomios, la revolución ya ha llegado más lejos de lo que pensábamos –dijo una voz de mujer. Robert se volvió hacia ella con entusiasmo, pero no era la mujer de su grabación. Tenía el pelo castaño, largo y liso, y los ojos muy juntos.

–No estoy... no creo estar loco –dijo Robert, tratando de ganar tiempo. La revolución. La revolución de la que André y los demás habían hablado tantas veces en los acogedores y oscuros cafés. ¿La habían inventado de algún modo? ¿Por qué no estaban allí en lugar de él? Nunca había deseado la revolución... todo lo que había deseado era que no ocurriera.

Lo que quería era pasar un buen rato y que me dejaran solo.

En la distancia sonó una sirena. De repente, un grupo de personas (niños, en realidad) corrió hacia la barricada. Los siguieron hombres con cascos, algunos con armas. Algunos de los hombres (¿Policías?, pensó Robert con incredulidad. ¿Aquí?) se detuvieron al ver la barricada, pero media docena siguió adelante. Uno disparó salvajemente contra la multitud. El resto de los hombres retrocedieron. Los chicos llegaron a la barricada y saltaron. Uno de ellos quedó en el suelo, con la pierna derecha abierta hacia afuera en un ángulo antinatural. La sangre había empezado a filtrarse a

través de los pantalones. El hombre que le había disparado dudó un momento, miró rápidamente la barricada, se dio la vuelta y echó a correr. Uno de los chicos cogió una losa suelta y la arrojó a la esquina, golpeando un edificio. Cogió otra, más ligera esta vez, y la movió de un lado a otro entre sus manos.

–Tenemos que ir a buscarlo, Paul –decía la mujer. Todos ignoraban a Robert.

"No sé si podemos arriesgarnos a trasladarlo", dijo Paul.

“Tenemos que hacerlo”, dijo la mujer. “Hoy les oí decir por la radio que la Cruz Roja ya no va a venir tan lejos. Somos todo lo que tiene”.

–No somos gran cosa –dijo Paul–. ¿Quién dice que no le haremos daño de algún modo cuando lo movamos?

“¿Y si lo atrapa la policía?”, dijo la mujer. “Somos mejores que nada”.

Uno de los chicos se aclaró la garganta. “Sé un poco de enfermería”, dijo. “He estado estudiando un poco. Necesitamos algo que lo ayude a seguir adelante”.

La mujer se levantó (Robert se sorprendió un poco al notar que llevaba pantalones) y se acercó a uno de los coches que estaba volcado, se subió encima y abrió la puerta del pasajero. “Ajá”, dijo un momento después. “Sabía que

encontraría algo”. Sostenía una manta de lana cálida. “Vámonos”.

Esta vez Robert la miró con franco asombro. ¿Estaba dispuesta a salir y arriesgarse a que la policía la viese? Ella y el chico que sabía enfermería treparon por las losas. Ella todavía sostenía la manta. Robert pensó en Hélène, suave, ligeramente regordeta, esperando en su elegante café de la Rive Gauche a que un americano rico la llevara con él a Estados Unidos.

Unos minutos después volvieron con el chico herido sobre la manta. Robert lo miró y luego apartó la mirada. El hueso se veía a través de la tela de los pantalones. Así que esto es la revolución, pensó con furia, imaginando a André allí a su lado. Espero que te guste.

El chico que sabía de enfermería sacó un cuchillo pequeño y cortó la pernera del pantalón. “Necesitaremos hacer fuego”, dijo. “Las noches pueden ser bastante frías”.

“No creo que sea seguro”, dijo Paul. “¿Y si vuelven?”

El chico que estaba sobre la manta gimió suavemente. “Está volviendo en sí”, dijo el otro chaval.

“No volverán”, dijo la mujer. “Ya viste cómo corrieron”.

“Podrían ver la luz y lanzar gases lacrimógenos”, dijo Paul.

–Vamos a tener que correr ese riesgo –dijo el chico. Le estaba haciendo algo a la pierna que Robert no podía ver. El chico que estaba sobre la manta gritó una vez y volvió a caer inconsciente–. Podría morir.

–Maldita sea –dijo Paul. Ahora parecía enfadado–. Pensé que yo era el líder aquí. ¿Cómo vamos a lograr algo si no hay nadie a cargo?

La mujer lo miró y guardó silencio por un momento. Finalmente dijo: –Eso es lo que estamos tratando de averiguar, Paul. Robert tenía la sensación de que estaban retomando el hilo de una vieja discusión. –Eso es por lo que luchamos. Un mundo sin líderes.

Paul miró a su alrededor en busca de apoyo. “Está bien”, dijo. “Está bien. Voten o lo que sea que hagan. Mientras tanto, el chico probablemente morirá por falta de atención y la policía estará encantada con nuestras peleas, pero sigan adelante. No intentaré ayudar de nuevo”.

Parecía que estaban discutiendo. Finalmente, algunos de ellos comenzaron a romper ramas de los árboles que estaban detrás de la barricada. Robert vio que alguien en uno de los edificios corría una cortina de la ventana, miraba hacia afuera y luego desaparecía de nuevo en el apartamento.

“Fósforos”, dijo alguien. “¿Alguien tiene fósforos?”

Robert sacó la caja de cerillas del bolsillo y se la arrojó. El miedo volvió a apoderarse de él. Justo esa tarde, de pie tranquilamente en el mercadillo, había encendido su último cigarrillo con esa caja de cerillas. Otro vínculo con su mundo se había ido. Extrañas yuxtaposiciones, había dicho Louis, también justo esa tarde. ¿Era poesía? Louis probablemente diría que sí. Robert pensaba que era demasiado sangriento para ser poesía.

Habían encendido el fuego. El chico que había recibido el disparo seguía inconsciente. Robert observó cómo el fuego subía por las ramas, destruyendo a su paso. Se sentía desolado, abandonado y sin amigos. No. Tenía que irse, tenía que seguir adelante. –¿Alguien ha visto a una mujer alta, de pelo oscuro, de tu edad o un poco mayor? –dijo, intentando mantener la voz tranquila–. Creo que pasó por aquí esta noche.

Algunos de los chicos se miraron y se encogieron de hombros. Paul se movió de un lado del fuego. –No –dijo–. No lo creo. Robert pensó que había algo que Paul no estaba diciendo. ¿Paul pensaba que era policía? –Aunque podría haberla pasado por alto con todo lo que estaba pasando. –Arrojó una pequeña rama al fuego.

–Gracias –dijo Robert y se puso de pie.

“¿Adónde vas?”, preguntó la mujer. “¿Te vas?”

–Tengo que hacerlo –dijo Robert–. Tengo que encontrarla.
–O regresar al lugar de donde vine, pensó.

“Es peligroso ahí fuera”, dijo Paul. “Nos han estado rociando con gas lacrimógeno toda la noche”.

¿Era el gas lacrimógeno parecido al de las trincheras? La idea lo asustó, pero sabía que tenía que irse. “Buenas noches”, dijo, mientras se dirigía a la barricada y la saltaba.

El miedo y la excitación lo invadieron cuando dobló la esquina. Los edificios que había a la vuelta de la esquina todavía le resultaban desconocidos, más altos, más brillantes, con las ventanas de cristal más grandes. ¿Y ahora qué?, pensó, y la excitación se convirtió en desesperación. ¿Cómo iba a regresar? En otro tiempo había conocido París tan bien como conocía su propio cuerpo. ¿Qué iba a hacer en ese extraño y sangriento lugar, que había cambiado por completo, como si fuera una pesadilla que apenas recordaba?

Dobló por una calle al azar. Quizá aún pudiera llegar a algún punto emblemático, la Torre Eiffel o Notre Dame. Sus pasos eran lentos e inseguros, el andar de un soñador. Sonó un disparo a lo lejos y una ráfaga de disparos le respondió. Colores brillantes iluminaron el cielo, se difuminaron y se esparcieron por el suelo. Fuegos artificiales, pensó con cansancio. Estaban luchando con fuegos artificiales.

Más adelante, una mujer caminaba sola. Los fuegos artificiales florecían contra el cielo. Su cabello reflejaba las luces, rojas, azules, verdes, los colores de una corona. Él corrió tras ella, ya sin cansancio. –Espera –dijo–. ¿Quién eres? ¿Dónde...?

Ella se dio la vuelta y su rostro mostró una expresión de reconocimiento. ¿También lo había estado buscando? –¡Rápido! –dijo. Su voz era baja y poderosa–. Tenemos que decirte... –Se veía enojada, resignada, esperanzada, todo en el espacio de un momento. Fuegos artificiales se dispersaron a su alrededor, fragmentos de color como las nieves de tierras extrañas. Él se quedó mirando la movilidad de su rostro, su belleza–. Las avenidas del tiempo se están cerrando –dijo–. ¡Rápido! Recuerda... –hizo una pausa por un segundo, considerando–, recuerda que tu imaginación es real. Olvídate de todo lo demás.

–No... no lo entiendo –dijo. Ella se estaba volviendo más pequeña, alejándose de él, aunque no se había movido–. ¡Espera! –dijo–. Por favor... por favor, dímelo...

–Intentaré volver a verte –dijo ella. Se hizo cada vez más pequeña en un abrir y cerrar de ojos. –No, no –dijo él, sintiéndose perdido. Los edificios a su alrededor vacilaron y se volvieron tenues, y fueron reemplazados por edificios más pequeños, casas y apartamentos de su época. La mujer desapareció.

Después de un momento de confusión, supo dónde estaba. A su derecha, a unas tres cuadras de distancia, estaba el río. El olor a pólvora había desaparecido, reemplazado por el fuerte olor a sal y agua de mar. Allí estaba su apartamento y el Café Cyrano al otro lado de esa cuadra, en Montmartre. Hélène estaba al otro lado del río. ¿Adónde ir?

¿Ir? A ninguna parte. No quería hablar con nadie. Era tarde en la noche.

París giraba bajo las estrellas. El viento silbaba entre cafés y teatros de ópera, entre ricos y pobres. Los muertos dormían, hombres y mujeres caminaban lentamente juntos, rumbo a sus propios y misteriosos destinos. Las hojas caían suavemente en las cunetas.

Robert eligió una dirección y empezó a caminar sin rumbo. Se metió las manos en los bolsillos, buscando inconscientemente un cigarrillo. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué estaba haciendo? ¿Adónde iba? Ella puso en marcha su imaginación como no lo había hecho en mucho tiempo. Podía pensar en explicaciones y posibilidades disparatadas para su presencia, darle media docena de pasados extraños, todos los cuales creía. ¿Era su misterio lo que lo fascinaba, o su belleza? ¿O era lo que ella le había dicho, palabras que parecían responder a preguntas que él no recordaba haber hecho? Ella había dicho que intentaría verlo de nuevo. Pero ¿cuándo?

Se rió cuando se le ocurrió una idea. Durante años, André había hablado del ideal del amor apasionado, de la única mujer que un hombre tiene en su vida y que lo ayuda a comprenderlo todo. Se había convertido en una especie de broma entre él y algunos de los otros. Cada aventura, cada mujer que se llevaba casualmente a casa para pasar la noche, le habían explicado a André que era su único amor verdadero. Robert se había reído de ello (con crueldad, ahora lo veía) con Hélène después de que ella le contara sus fantasías sobre el americano rico. Y ahora le había sucedido a él. El ideal apasionado. Y nunca podría contárselo a nadie.

Caminó hacia las luces de los jardines de las Tullerías, pasando silenciosamente entre los árboles. ¿Cómo podía decírselo a André, después de todo? Conocía a André desde... Se detuvo un momento. Desde 1917, ese año terrible y milagroso, el año en que había cogido la fiebre de las trincheras y lo habían enviado a casa desde el frente. André, entonces estudiante de medicina, había estado trabajando en un hospital psiquiátrico. Se habían conocido en una librería, buscando el mismo volumen de Rimbaud.

Siete años. André lo había intrigado al principio, contándole historias sobre el paciente que no había creído en la realidad de la guerra, que había luchado en las trincheras y no había sido fusilado. Otro paciente había cambiado de nombre y de estilo de ropa de un día para otro en un esfuerzo por evitar el aburrimiento. Robert y André habían hablado sin parar sobre la inutilidad de la guerra, la

necesidad de cambiar de vida, de liberarse... Y entonces Louis se había unido a ellos (¿De dónde había salido Louis? Era como intentar recordar el argumento de una novela mucho después de haberla terminado) y de alguna manera, por medios que Robert todavía no entendía, habían reunido seguidores y se habían convertido en un importante movimiento literario y artístico.

Y André seguía intrigando a Robert. Los debates apasionados, las miradas escandalizadas en los rostros de los burgueses cuando juntos interrumpían una cena literaria o destrozaban el estreno de una obra de teatro... André estaba vivo. Demasiados de sus amigos de juventud habían muerto, fusilados en las trincheras o muertos por la fiebre, y demasiados de ellos se encaminaban hacia una especie de muerte en vida, encerrados en sus trabajos, familias, casas, sirvientes. André había dicho que no trabajara nunca, y Robert había seguido ese consejo tanto como pudo, viviendo de una pequeña asignación de su familia y aceptando trabajos de corrección de textos a tiempo parcial cuando era necesario.

Pero ya era hora de seguir adelante. Siete años de cualquier cosa eran suficientes. André se tomaba en serio a sí mismo ahora, hablaba del materialismo dialéctico y del azar inconsciente y objetivo... ¿Qué había de malo en pasar un buen rato? ¿Cuándo se había puesto todo el mundo tan serio? Y luego estaba la novela que quería escribir, la novela sobre París que no tendría nada que ver con el surrealismo.

André la desaprobaba y eso sería todo: sería excomulgado, expulsado del movimiento.

Así que no podía hablarle a André sobre la mujer. Sería reinterpretado para encajar en el canon surrealista. Amor apasionado, estados de trance, la mente inconsciente... Ahora podía oír el discurso de André. Y eso sería ridículo, cuando la mujer no había tenido nada que ver con ninguna de esas cosas, cuando había estado...

Se detuvo un momento y miró a su alrededor. Más adelante podía ver la basílica del Sacré-Coeur. Montmartre, André y el café estaban justo enfrente. Giró a la izquierda por una calle lateral, sabiendo que no se perdería.

¿Cuándo fue?, se preguntó, dándose cuenta de que había estado pensando en el pasado, en lo conocido, para no tener que pensar en la mujer y en lo desconocido. ¿Adónde lo había llevado? Al futuro, tal vez. O al pasado, a la Comuna de París o a la Revolución. No, eso no podía ser cierto, por los autos. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Qué pensaría André si lo estuviera?

Había sido París, aunque un París frío, cambiado, casi sin alma. Estaba seguro de ello. Por primera vez pensó en la adivina del mercadillo. «Pasión, violencia, secretos y muerte». Se arrebujó en el abrigo, sintiendo el frío viento invernal. ¿En qué se había metido? Muy bien, pensó. Se acabó perseguir a mujeres desconocidas. Pero incluso

mientras lo pensaba, no lo creía. Había que seguir la aventura hasta el final.

¿Quién era ella?, pensó de nuevo. ¿Por qué el mundo que conocía se tambaleaba y se movía a su alrededor?

Ni siquiera había mirado el nombre de la grabación. La grabación, pensó, de repente entró en pánico. Estaba de nuevo en el café. Empezó a correr.

Dos ancianos estaban sentados a una mesa junto a la ventana y lo observaban sin curiosidad mientras entraba. Otro hombre barría el suelo con movimientos pausados. Robert corrió a la mesa que había compartido con André y los demás. El disco había desaparecido.

–Disculpe –le dijo al hombre que barría el suelo–. ¿Vio un disco fonográfico en el suelo, cerca de esta mesa?

–¿Un disco fonográfico? –dijo el hombre lentamente–. No, señor.

–¿Está seguro? –preguntó Robert.

–Claro que estoy seguro –dijo el hombre–. Esa era la mesa con el maniquí, ¿no es cierto, señor? Y después alguien quiso llevarse todos los ceniceros a casa.

Robert se encogió de hombros. Eso sonaba bien. “Escucha”, dijo, tratando de no sonar demasiado urgente. “Si

lo encuentras, ¿me lo dirás? Vengo aquí todo el tiempo. Puedo darte una recompensa”.

Los ojos del hombre se iluminaron al oír la mención de la recompensa. “Sin duda eran un grupo de personas extraño”, dijo. “No sé por qué se molestaron en venir aquí; deberían ir al otro lado del río con los estudiantes, los turistas y el resto”.

Robert se encogió de hombros otra vez. No estaba dispuesto a explicarle a ese hombre la antipatía que sentía André por la gente de la Rive Gauche. –Recuerda lo que te dije sobre la recompensa –dijo.

“Lo haré”, dijo el hombre.

"Buenas noches."

Robert salió del café y se dirigió a la calle desierta. Era muy tarde, la luna se había puesto. Bostezó. No había cenado. Podía buscar al resto del grupo, probablemente en la casa de André, en la rue Fontaine, o podía ir a su apartamento y echarse a dormir. Bostezó de nuevo y se dirigió a su casa.

Capítulo II

"Los visitantes, nacidos bajo una estrella remota o cercana, ayudaron a elaborar esta formidable máquina de matar, lo que es para realizar lo que no es. En el número 15 de la calle Grenelle, abrimos una posada romántica para ideas inclasificables y revueltas continuas. Todo lo que aún quedaba de esperanza en este universo desesperado volvería sus últimas miradas delirantes hacia nuestro patético puesto. Se trataba de formular una nueva declaración de los derechos del hombre.

Louis Aragon

Robert se despertó tarde al día siguiente. Una débil luz invernal del color de la sidra se filtraba a través de las

ventanas sin cortinas. Se dio la vuelta en la cama y miró el reloj de la mesilla de noche (la una menos cuarto) y luego se recostó, frotándose los ojos. El reloj se había parado en algún momento de la semana anterior. Se estiró y se sentó.

La ropa de la noche anterior estaba amontonada en el suelo. Cogió con cuidado su abrigo: olía a pólvora, a aceite de máquina y a algo que no pudo identificar. Una punzada de miedo le recorrió el cuerpo. Había sido real, entonces. Por un momento creyó que lo había soñado.

Se vio a sí mismo como había sido la noche anterior, nítido y distante como una figura en una película. Allí estaba, saltando la barricada, sobresaltado por los disparos. Allí estaba, vagando solo por las calles. Estas cosas no pasan, pensó. No pasan. Se sintió solo de nuevo, desamparado. ¿A quién podría contárselo? ¿Y si volvía a ocurrir? Tiró la ropa de la noche anterior a un rincón, se vistió y bajó las escaleras.

“Buenas tardes, señor”, dijo la conserje.

–Eh... buenas tardes –dijo Robert–. ¿Sabes qué hora es?

–Llegaste tarde otra vez anoche, ¿no? –dijo la mujer–. Te escuché y me desperté. Son casi las dos ahora; supongo que dormiste toda la noche. ¿Crees que algún día harás felices a tus padres y conseguirás un trabajo estable?

Robert sonrió débilmente. –No –dijo, saliendo a la calle.

Por la tarde, los acontecimientos de la noche anterior parecían irreales. Había empujado las puertas de un cine y había salido a la luz del día. La sensación de desolación que lo había invadido antes había desaparecido. Sus amigos lo estaban esperando, a punto de comenzar los juegos del día.

¿Adónde ir primero?, pensó. A comer, por supuesto. De repente tenía un hambre voraz. Desayunar en algún sitio, y otra caja de cigarrillos, y luego... ¿Dónde dijo André que se encontrarían hoy? Exacto. En la Oficina de Investigación Surrealista, al otro lado del río.

Una hora más tarde, más o menos, caminaba por la Rue de Grenelle. Durante el desayuno, se le ocurrió una idea agradable: quizá André o alguno de los otros se habían llevado el disco a casa la noche anterior para guardarlo. Silbó un poco para sí mismo mientras miraba hacia la calle en busca de un punto de referencia.

Delante de él, un joven al que no conocía estaba de pie en la acera. Robert aminoró la marcha al reconocer al agente. –Buenas tardes –dijo el joven. Extendió el puño con la palma hacia abajo y, sin pensarlo, Robert puso su propia mano debajo de él. El joven, sonriendo misteriosamente, dejó caer algo en la mano de Robert. Robert miró. Era un silbato para perros.

“Buenas tardes”, dijo el joven a un hombre de negocios bien vestido que estaba detrás de Robert, entregándole un

centavo inglés. Le dio a la persona siguiente un globo plano. Una mujer envuelta en pieles recibió un pequeño pez muerto.

Robert entró. Louis estaba de pie sobre una escalera en medio de la habitación, intentando colgar el maniquí del techo. Aún lucía las joyas de la noche anterior. Un libro estaba fijado a la pared con tenedores. –Buenas tardes –dijo André, dándole la espalda a una ventana que había estado intentando abrir sin éxito–. Llegas tarde.

–Me quedé dormido –dijo Robert. No recordaba que André le hubiera dicho una hora concreta para encontrarse–. Mi reloj se paró. –Sacó un cigarrillo y lo encendió.

–Mmm –dijo André–. Creo que tú y Antonin os quedareis aquí hoy. Tengo que llevar la revista a la imprenta. Mañana... quizá Yves y alguien más. No lo sé. Aún no tengo todo planeado.

–Eso crees –dijo Robert, molesto. No se había dado cuenta del todo hasta ese momento, pero una parte de él había planeado caminar por las calles de París hasta la noche. Tal vez la mujer reapareciera–. ¿No crees que deberías haberme preguntado primero?

“Te lo pregunté”, dijo André. “Cuando se nos ocurrió la idea, dijiste que por supuesto estarías dispuesto a trabajar con nosotros”.

–No dije que estaría dispuesto a trabajar hoy –dijo Robert–. Resulta que estoy ocupado. Y, de todos modos, ¿qué pasó con tu idea de no trabajar nunca? No esperas que me sienta en una oficina todos los días a tomar mensajes, ¿verdad?

–No seas ridículo –dijo André.

–Seré ridículo si quiero –dijo Robert con vehemencia, pero su amigo lo interrumpió–. Sabes lo que esto significa para nosotros, para nuestro movimiento –dijo André–. Hemos hablado de esto. Es un trabajo importante, un trabajo que hay que hacer. ¿Recuerdas cuando hicimos la investigación de los sueños?

–Sí, bueno, hoy estoy haciendo mi propia investigación –dijo Robert–. Lo siento. Quizá en otro momento.

André parpadeó. “¿Qué estás haciendo?”, dijo.

Robert dudó. Estuvo a punto de decírselo. Habían estado muy unidos en algún momento. Pero André sólo se reía de él, denigraba sus intereses. No dijo nada.

–¿Adónde fuiste anoche? –preguntó André–. Tuvimos una sesión excelente en mi casa. Logré poner en trance a tres o cuatro personas. Algunas cosas interesantes. Deberías haber estado allí.

–Tenía que conocer a una mujer –dijo Robert.

–¿Hélène? –dijo André.

–No –dijo Robert, sin querer decir más.

–¿Cómo se llama? –preguntó André.

Robert dudó. Se miraron a los ojos a través de un abismo de años. Algo en el rostro de André hizo que Robert se preguntara si él también estaba pensando en cuando solo estaban ellos dos. “No lo sé”, dijo finalmente. “La estoy buscando hoy otra vez. Creo que tal vez ella cargue con mi destino”.

André asintió, sorprendentemente. “Está bien”, dijo. “No se pueden negar sentimientos tan fuertes. Haré que alguien más trabaje hoy”.

–Gracias –dijo Robert–. Ah, una cosa más. ¿Viste un disco fonográfico anoche en el café? Lo dejé allí por accidente.

–¿Un disco fonográfico? –dijo André, sacudiendo la cabeza–. ¿Estás seguro? No hay accidentes. –Y se volvió hacia la ventana.

Robert abandonó la Oficina sin saber qué hacer a continuación. Su deseo de estar con sus amigos se había transformado en el deseo de encontrar a la mujer, de seguirla hacia su extraño destino. Pasó inquieto por delante de restaurantes, patios, vías de tren, puentes. La mujer no volvió. La mujer nunca volvería. Sería libre de seguir con su

propia vida sin la incertidumbre que lo sacudía cada vez que veía una cabeza de pelo negro y rizado. ¿Por qué no se sentía aliviado?

El sol dibujaba largas sombras sobre el pavimento cuando se detuvo. Los turistas abarrotaban el bulevar: oyó el acento americano, monótono y arrastrado. El café de Hélène estaba a pocas cuadras de allí. ¿Por qué no?, pensó. ¿Por qué no volver a la rutina prosaica? Pasó a empujones entre las bicicletas y la gente y continuó calle abajo.

Hélène le esperaba detrás de la barra, bromeando con un cliente. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza y los ojos oscurecidos por el rímel. Se reía. De algún modo, a él siempre le sorprendía ver lo genuina que era su risa, rodeada de todo ese falso glamour. Tenía los dientes torcidos y eso también le sorprendía.

–Hola –dijo al entrar.

–¡Hola! –dijo ella con calidez, saliendo de detrás de la barra. Sus pechos estaban levantados y hacia afuera por su escaso traje. Como de costumbre, él se sintió molesto y emocionado al mismo tiempo por su atuendo–. ¿Qué has estado haciendo?

–Oh, ya sabes –dijo–. No mucho.

–¿Dónde estuviste anoche? –dijo ella.

–Salí con André y los demás –dijo, sin querer decirle más–. Lo de siempre.

–¡Como siempre! –dijo riendo. Nunca había entendido las teorías de André y él había desistido de intentar explicárselas–. Sentarse en un café hasta altas horas de la noche, hablando, Dios sabe de qué... ¿André sigue intentando hipnotizar a la gente?

Robert asintió. “Lo hizo de nuevo anoche”, dijo.

–¿Lo hizo? –preguntó ella–. ¿Intentó hipnotizarte también? Siempre había desconfiado un poco de André.

–No –dijo Robert–. No quería que lo hiciera.

Se sentía incómodo mintiendo. Hasta donde podía recordar, nunca le había mentado.

–¿Y qué más? –dijo ella, todavía sonriendo–. ¿Poesía, conjuros extraños, jerga? Llevas una vida extraña, Robert.

–¿Es raro? –dijo Robert–. Estaba pensando en lo rutinario que es. Levantarse todos los días a las dos...

Hélène se rió. Robert se detuvo. No había querido ser gracioso. –Lo siento –dijo, ahogando la risa con la mano–. Continúa.

“Todos los días me levanto, voy a los cafés, a casa de André,

a dormir a eso de las cuatro de la mañana... No sé. Son gente interesante, pero de alguna manera...”

–Estás loco, ¿lo sabías? –dijo Hélène–. ¿Sabes cuánta gente sueña con vivir tu vida? Dijiste que André te dijo a ti y a todos los demás que nunca trabajarais y eso es lo único que ha dicho que tiene sentido para mí. ¿Sabes lo mucho que quiero dejar de trabajar? Robert la miró sorprendido. Nunca antes había sido tan seria con él. –Tuve que empezar a trabajar a los catorce años –dijo–. Mis padres vinieron a la ciudad desde el campo... bueno, eran ignorantes, pensaban que aquí podría haber una vida mejor. Y no la había, y no había comida como la que podría haber en las granjas, así que tuve que empezar a trabajar. Tuve que fingir que era mayor, tuve que desarrollar un acento parisino... Te ríes de mí porque quiero casarme con un americano rico y... y bueno, yo también me río, pero es mi única oportunidad. Es mi única oportunidad de vivir como tú. Tú estás viviendo. Yo sólo estoy sobreviviendo.

Nunca había hablado de sus padres antes. De alguna manera, Robert siempre había pensado que ella había nacido en París.

“Escucha”, dijo, un poco avergonzada. “Ven a visitarnos más a menudo. Ya no tenemos la oportunidad de estar juntos, siempre estás con esa gente. Te extraño”.

–Está bien –dijo Robert, sintiéndose vagamente culpable,

sintiéndose atraído hacia muchas direcciones a la vez—. Lo haré. Después de pasar un rato en el café. Pasaré por allí cuando salgas del trabajo.

–Bien –dijo ella sonriendo—. Nos vemos.

–Adiós –dijo Robert.

Volvió sobre sus pasos hasta la Oficina. Había sido estúpido pensar que la mujer regresaría. Había entrado en su vida para pasar una noche de humo y sangre y se había ido de nuevo, como un sueño. Tal vez le hablaría de ella a André cuando el grupo tuviera otra sesión de sueños. De todos modos, nunca podía recordar sus sueños.

Antonin Artaud lo esperaba a la entrada del Bureau. “Sabía que volverías”, dijo. “Te estaba esperando”. Se apoyó en el marco de la puerta, bloqueando la entrada con su cuerpo.

–No sólo a mí, espero –dijo Robert. Antonin lo hizo sentir un poco incómodo. Se preguntó a dónde conduciría finalmente la obsesión de André por los locos.

–Por supuesto que no –dijo Antonin—. Todo el mundo pasará por esta puerta. Primero los chamanes, los magos. El Dalai Lama. El Dalai Lama podría haber pasado por aquí hoy; si lo hizo, no lo habrás visto. Y luego todos. Todos son magos. Todos son el Dalai Lama.

“¿Todos?”, dijo Robert. “¿Incluso yo?”

–Incluso tú –dijo Antonin–. Es difícil saberlo. Las cosas estaban mucho más claras dentro del manicomio. Entonces habría sabido quién eras.

–Soy Robert –dijo con naturalidad–. Se suponía que iba a trabajar contigo hoy. ¿Pasó alguien interesante? ¿Pasó algo?

–Un desfile de elefantes pasó a toda velocidad por la calle, cada uno con un zafiro en la trompa. Un globo a rayas aterrizó en el tejado. Crees que estoy loco, ¿no? –Antonin observó a Robert con astucia, con los ojos brillantes–. ¿Y si te dijera que todo esto es una metáfora? ¿Una metáfora surrealista? André lo entendería... André es un verdadero mago. Tú no lo eres. Te ríes de nosotros... crees que somos divertidos.

–Así es –dijo Robert, preguntándose qué pensaría André de esa conversación. Él y André nunca podrían ser tan sinceros–. Sólo quiero pasar un buen rato.

–Un buen momento –dijo Antonin–. Hay un lugar muerto en tu alma.

–Bueno, ¿qué pasó hoy? –preguntó Robert. El rumbo de la conversación lo estaba poniendo incómodo–. ¿Entró alguien?

–Sí –dijo Antonin–. Pasó una niña buscando a su madre. Un hombre quería contarnos su sueño sobre las abejas. Una mujer buscaba a su peluquero, a una cuadra de distancia. Y

un hombre pasó por aquí con un disco de fonógrafo. Dijo que era para ti.

–¿Para mí? –dijo Robert. Su corazón empezó a latir con fuerza, casi ahogando las palabras de Antonin–. ¿Qué... qué clase de disco fonográfico?

–Para ti –repitió Antonin–. Por eso te estaba esperando.

–Bueno, ¿dónde está? –preguntó Robert. Hizo un movimiento hacia la puerta. Antonin se quedó donde estaba.

–No tan rápido –dijo Antonin–. Primero tienes que prometerme que trabajarás mañana. Será bueno para tu alma.

–Está bien –dijo Robert. Antonin se apartó de la puerta y entró. Robert lo siguió. El maniquí y el libro seguían allí. Había un escritorio junto a la ventana, que seguía cerrada. Todo lo demás seguía igual. Antonin se estiró detrás del escritorio y sacó el disco, el mismo que Robert había comprado en el mercadillo. Robert lo miró rápidamente. Solange. El nombre de la mujer era Solange. Sostuvo el disco cerca de él.

–¿Estás seguro de que un hombre trajo esto? –preguntó Robert–. ¿No una mujer?

Antonin lo miró con expresión fulminante. –Puede que esté loco –dijo finalmente–. Pero no soy estúpido.

“Me preguntaba”, dijo Robert, “¿cómo era?”

–Como un hombre –dijo Antonin encogiéndose de hombros–. Tenía un acento extraño. Tal vez era el Dalai Lama.

–Está bien –dijo Robert, exasperado–. Ya no eres divertido. Si yo fuera el líder de esta banda de lunáticos en lugar de André, te excomulgaría. Te echaría por no ser lo suficientemente divertido.

–¿Ves esto? –dijo Antonin, señalando el libro pegado a la pared. Robert parpadeó ante el repentino cambio de tema–. ¿Sabes qué es?

Robert meneó la cabeza.

–Fantômas¹ –dijo Antonin. Robert se encogió de hombros. André y algunos de los otros estaban interesados en las aventuras del personaje pulp², pero Robert nunca había

1 Fantômas es, probablemente, el primer supervillano tal y como conocemos actualmente la denominación, el que siguió la estela de Arsène Lupin (creado por Maurice Leblanc seis años antes) pero llevándolo más lejos.

2 El término pulp o pulps, abreviatura del inglés «pulp magazines» (revistas pulp o revistas de pulp), hace referencia a publicaciones baratas y de escasa calidad material que fueron muy populares desde 1896 hasta finales de la década de 1950. En particular, el término «pulp» deriva del papel de pulpa de madera barato en el que se imprimían las revistas, haciendo referencia a un formato de encuadernación en rústica, barato y de consumo popular, de revistas especializadas en narraciones e historietas de diferentes géneros de la literatura de ficción.

leído ninguno de los libros-. Se trata de Fantômas. Sabes quién es, ¿no? Es el maestro ladrón. Esquiva cerraduras y guardias y escala muros altos, y cada vez que juras que tu casa está completamente a salvo, se lleva las joyas que guardaste el invierno pasado en el sótano. Ese es el hombre que te trajo tu disco. Roba lo máspreciado para ti.

Antonin hablaba rápidamente y sus ojos no se apartaban de los de Robert. Tal vez se había tomado en serio la exigencia de Robert de que fuera más divertido. -Si se lleva lo máspreciado -dijo Robert-, ¿por qué se molestó en traerlo de vuelta?

“Así es como trabaja un ladrón experto”, dijo Antonin. “Te hace creer que estás a salvo, pero no es así. Tu posesión máspreciada sigue desaparecida”.

-¿Y cuál es? -preguntó Robert.

-Tu corazón -dijo Antonin-. La mujer que te robó el corazón. La mujer que estás esperando, la que creías que te había devuelto el disco. -Y se rió a carcajadas.

-Está bien -dijo Robert de nuevo. No quería admitir ante Antonin lo acertado que había sido-. Vuelvo al café.

-Espera un momento -dijo Antonin-. Son más de las cinco. Te acompaño. -Sacó un manojo de llaves de su bolsillo y cerró la puerta detrás de él.

Robert se preguntó por qué André le había confiado las llaves a Antonin. –Llaves –dijo Antonin, como si leyera su mente– del Teatro de los Sueños.

Juntos emprendieron la marcha por la ciudad que se oscurecía. Antonin caminaba en silencio junto a Robert, fumando rápidamente cigarrillos como si estuviera quemando ideas y fantasías. El resplandor de los cigarrillos parpadeaba frente a él en un código ilegible. Robert se alegró de no tener que hablar con él. Encendió uno de sus cigarrillos y arrojó la cerilla al Sena mientras cruzaban. Las campanas sonaron en la ciudad silenciosa: las seis en punto, ¿o eran las siete? Había perdido la cuenta en algún punto del medio.

Mientras caminaban por las calles de Montmartre, recordó de nuevo los acontecimientos de la noche anterior. El corazón le latía con fuerza y se aferró al disco con más fuerza cuando doblaron la esquina que había sido la entrada a esa extraña noche. No pasó nada. Seguía estando en el París que conocía. Aflojó la presión sobre el disco.

Él y Antonin se detuvieron en la puerta del café. El clima cálido se había mantenido durante el día, pero la noche era fría. André, Louis y algunos de los otros se sentaron en la misma mesa y les hicieron señas para que se acercaran. Entraron y trajeron algunas sillas más a la mesa. Robert se sentó frente a la ventana. El camarero se acercó y tomó nota de sus pedidos.

“¿Cómo ha ido todo?”, preguntó André. “¿Qué ha pasado hoy en el Bureau?”

Antonin se lo dijo. Robert se reclinó en su silla y contempló las calles oscuras que se extendían más allá de la ventana. Las luces de la ciudad se encendían una tras otra. ¿Volvería esa noche?

–¿Un disco fonográfico? –dijo André–. ¿El disco que buscabas esta tarde?

Robert apartó la mirada de la ventana a regañadientes. “Así es”, dijo.

“¿Eso es todo?” dijo André.

Robert asintió. Le entregó la grabación a André y se la devolvió antes de que André terminara de mirarla. –¿La trajo específicamente para ti? –preguntó André. Robert asintió de nuevo. –¿Cómo sabía que estarías allí?

–Explícamelo tú –dijo Robert–. Tú eres el que siempre hablas de coincidencias.

“Una coincidencia despiadada”, dijo André. “Una coincidencia maravillosa. Crees que entiendes tu vida y de repente surge el inconsciente y te hace tambalear la mente”.

–Sí, pero explícamelo –dijo Robert con impaciencia. André podía hablar de lo maravilloso todo lo que quisiera, pero

Robert parecía estar ahogándose en ello. Quería respuestas-. ¿Quién era, dónde consiguió el disco, cómo sabía dónde entregarlo?

-No se pueden hacer preguntas así -dijo André-. El inconsciente tiene su propia lógica. -Pero parecía un poco desconcertado, demasiado atado al mundo de la lógica y el orden.

El camarero les trajo las bebidas y Robert tomó un sorbo de la suya. Se sintió como si estuviera rodeado de niños. “Lo has hecho bastante bien”, le dijo André a Antonin. “Solo llevamos abiertos un día y el mundo de París empieza a filtrarse entre nuestras manos”.

-Anoche encontró el disco en el café y luego le preguntó a alguien quién era yo -interrumpió Robert-. No somos precisamente discretos. O tal vez Antonin se lo haya inventado todo. Verá, usted puede hacer preguntas como esa. También puede responderlas.

-Hay un lugar muerto en tu alma -dijo Antonin. Vació su vaso en tres tragos y lo dejó caer al suelo. El cristal transparente resonó al romperse. Algunos de los clientes miraron a su alrededor. Algunos de ellos se rieron nerviosos y volvieron a sus bebidas. -Un despertador -dijo Antonin-. Un despertador para despertarte. Es un poema.

El camarero llegó apresuradamente desde la parte trasera

del café. “¿Qué pasó?”, preguntó. “Tendremos que cobrarle el vaso”.

–¿Qué quieres decir? –dijo Antonin–. Debería cobrarte por el poema.

–Está bien –dijo Louis rápidamente–. Pagaremos el vaso.

El camarero escribió algo en su libreta. “Gracias, señor”, dijo. Asintió y se fue.

–Eres demasiado conciliador, Louis –dijo Antonin. Tomó otra copa, la bebió de un trago y sostuvo el vaso sobre el suelo–. ¿Debería tirarlo? ¿O no? ¿Qué te parece? ¿Dejarlo caer? ¿O no?

–No lo creo, Antonin –dijo Louis, mientras su mano se preparaba nerviosamente para atrapar el vaso si se caía.

–No –dijo Antonin y dejó el vaso sobre la mesa–. Con el primero ya fue suficiente. Sólo quería despertar a Robert.

–Todavía tengo un poco de sueño –dijo Robert. Sabía que la manera de tratar con Antonin era no dejarle ver que uno tenía miedo.

–Eso es problema tuyo –dijo Antonin–. ¿De quién era esa bebida? Mañana quizá te despiertes un poco más. En el Bureau.

“¿Trabajarás en el Bureau mañana, Robert?”, dijo André.

Robert asintió, esforzándose por ver más allá de su reflejo en la ventana. –Te prometí que lo haría. –La perspectiva de un día en la oficina ya no parecía aburrida. Tal vez el hombre que había traído el disco regresaría.

–Bien –dijo André. Robert se dio cuenta de que estaba contento–. Me alegro de que estés con nosotros. Verás lo importante que es el trabajo.

–Ningún trabajo es importante, si me preguntas –dijo Robert, pero André no lo escuchó.

La conversación en torno a la mesa se fragmentó de nuevo. Louis estaba hablando de una empresa de la que había oído hablar que enviaba cartas sin franqueo desde cualquier parte del mundo. “Pensad en ello –dijo–. Tus amigos pensarían que estás en un gran crucero por el lejano oriente, y podrías estar en cualquier parte. Podrías estar en París. Alguien se preguntó dónde estaría Paul Eluard en ese momento. –Tal vez esté afuera, esperándonos. Tal vez esté allí ahora. André sacó la última postal de Polinesia, llena de garabatos y signos de exclamación. Yves Tanguy comenzó a contar una historia sobre un hombre que afirmaba que lo habían contratado para vivir la vida de otra persona. –Su empleador tenía demasiado miedo de salir y hacer algo solo, así que contrató a este hombre para que viviera por él. Iba a bares y se metía en peleas, escalaba en el Himalaya, se

convertía en contrabandista en África, hacía votos monásticos durante un mes... Y a dondequiera que iba traía algo, algún recuerdo, para que el empleador pudiera afirmar que había hecho esas cosas él mismo. O eso es lo que me dijo, al menos.

“Parece un trabajo fantástico”, dijo Louis. “¿Dónde puedo solicitarlo?”

“Se estaba yendo cuando hablé con él”, dijo Yves. “Algo sobre pesca de coral en el Pacífico”.

"Escucha", dijo André. “Mañana irá a la imprenta *La revolución surrealista*. Escríbelo y lo publicaremos”.

–¿Escribirlo? –dijo Yves, riéndose–. Es sólo una historia divertida. La escribiré si me acuerdo.

–También necesitamos poemas –dijo André. Su seriedad contagió al grupo–. Tú, Robert, hace mucho que no nos das nada.

“¿Un poema?”, dijo Robert. “Muy bien. ¿Quieres escritura automática? Dame un lápiz”.

André le encontró un lápiz. Robert encendió un cigarrillo y se puso a fumar pensativo durante un momento. Los sonidos de las conversaciones, de los vasos que chocaban, de los camareros que se llamaban entre sí, se desvanecieron en el fondo. Todo estaba en blanco, dibujado en la espiral blanca

del humo del cigarrillo. Se acercó una servilleta y comenzó a escribir:

“Es de mañana y el sol sale con la urgencia vibrante de una fila de hombres con bigote.

Es de mañana y el teléfono suena en la habitación de al lado como una cascada que resuena en el bosque.

La mujer de pelo oscuro se despide en la estación... André no aprobaría la frase sobre la mujer de pelo oscuro. No se suponía que hicieras referencia a nada del mundo real. Aun así, André no tenía por qué saberlo.

Le entregó el poema terminado a André. “Bien”, dijo André, guardándose la servilleta en el bolsillo. “¿Alguien más?”

«Si tu amigo estuviera aquí, querría llevarse la servilleta a casa», le dijo alguien a Yves. «Para que su patrón pudiera decir que era un surrealista».

"Creo que tengo algo para la revista", dijo Louis. "Aunque me gustaría leerlo en voz alta primero".

–Está bien –dijo André–. Vamos a mi casa para la lectura. ¿O preferimos cenar primero?

Robert miró por la ventana con ansiedad. Era tarde, más tarde que cuando la mujer había hecho su aparición el día

anterior. Probablemente no vendrá hoy, pensó. O ya había venido y él la había extrañado. Miró el disco en el suelo, asegurándose de que todavía estaba allí.

–Creo que me iré –dijo Robert–. Le prometí a alguien que me reuniría con ella esta noche.

–¿Quién? –dijo André–. ¿La mujer de la que me hablaste?

–No –dijo Robert. Intentó mirar a André a los ojos, pero no lo logró–. Hélène.

André parecía decepcionado. “El amor apasionado es el amor de una sola mujer”, dijo finalmente.

Robert se encogió de hombros, incómodo. “La quiero mucho”, dijo. “A Hélène”.

–Está bien –dijo André con tristeza. Era evidente que había decidido no discutir esta vez–. Nos vemos mañana.

“Adiós”, dijo Robert. Tomó el disco y salió.

La lluvia había lavado la calle y la había hecho brillar como una cinta. La luz de los cafés se reflejaba en el pavimento. Pasaban coches envueltos en una fina capa de polvo, iluminando las gotas de lluvia como si fueran agujas, pero la calle estaba vacía. La noche era demasiado fría para caminar. Se abrochó el abrigo para protegerse del frío y contó el dinero que llevaba en el bolsillo. Faltaban diez días para que

terminara el mes y el siguiente cheque de sus padres. Hasta ahí llegaba la comida, el alquiler y los objetos que encontraba en los mercadillos. Se quedó atrapado en la red de un delicado álgebra, arrastrado de un lado a otro por el peso de sus deseos. Finalmente se encogió de hombros y se dirigió a la estación de metro que había al otro lado de la calle. A finales de mes iría andando a todas partes.

Se apeó cerca de los cafés de la Rive Gauche. Unas luces chillonas abolían la noche, las nubes. Se oía jazz a todo volumen en la Coupole. Se detuvo, tomó una copa con algunos músicos y acabó cenando con ellos. En el Dôme, al final de la calle, tomó otra copa y se sentó un rato a escuchar cantar a Kiki. No entró nadie conocido y se fue a eso de las dos para recoger a Hélène.

Volvieron en metro hasta su apartamento. El frío había calado en el apartamento y la calefacción de gas que había comprado en un mercadillo estaba estropeada desde la primavera pasada. “¿Es esa la hora?”, dijo Hélène mirando el reloj. “Creía que era más tarde”.

–Sí –dijo Robert, llevándola a la cama. En el apartamento solo había una silla–. El reloj se paró.

–¿Lo hizo? –preguntó Hélène–. ¿Cuándo?

–La una menos cuarto –dijo Robert, distraído, y empezó a besarla. Hicieron el amor con casi toda la ropa puesta.

Después, Hélène se fue al pasillo a quitarse el maquillaje y volvió a sentarse en la cama. Robert la observó mientras se acomodaba y se cubría con las mantas. A veces parecía que no se daba cuenta del hermoso cuerpo que tenía. –¿Cómo van las cosas? –preguntó–. ¿Qué has hecho hoy? Bostezó; tal vez la pregunta solo pretendía ser educada.

–No mucho –dijo Robert–. Estuve dando vueltas... André quiere que trabaje en su nuevo proyecto de mañana: la Oficina de Investigación Surrealista.

"¿Quieres?"

–No lo sé –dijo, notando por primera vez cuánto interés genuino había en sus preguntas, cómo sus preguntas siempre parecían provocar largas respuestas de él. Tal vez debería preguntarle cómo estaba, preguntarle cómo le había ido el día. Pero se sentía incómodo. Al principio se había sentido atraído por ella por sus referencias en broma a su rico americano; entonces supo que no habría ninguna conversación de matrimonio entre ellos. Pero ¿quería él acercarse más? ¿Quería ella? –Creo que podría. Es solo que André... no veo por qué cree que puede darme órdenes. Siempre hay algún proyecto suyo... algo que tiene que hacer...

–¿Y no puedes negarte sin más? –dijo Hélène. Robert tuvo una breve fantasía en la que ella lucía gafas de montura metálica, la joven ayudante del doctor Freud. Había visto a

Freud unos años después de la guerra, en una conferencia a la que André lo había llevado. Ella había echado de menos su vocación.

–No quiero negarme –dijo–. Son interesantes, ése es el problema. Todo lo que se le ocurre a André es interesante. Probablemente estaré allí mañana. –No podía hablarle del disco –. Pero... no sé... algún día... tal vez me niegue.

–No entiendo muy bien por qué has estado con él tanto tiempo –dijo Hélène–. ¿Siete años?

Robert suspiró. –Yo tampoco –dijo–. ¿Te conté alguna vez sobre el día en que supe que André era mi amigo?

Hélène meneó la cabeza.

–Alguien que había estado conmigo en el frente había venido a visitarme –dijo Robert–. Mi madre le había dado mi dirección. No sé por qué... quizá pensó que sería una buena influencia para mí. Yo estaba a la deriva, pensando no muy seriamente en estudiar medicina... De todos modos, le habían disparado en una pierna. Entró en mi habitación haciendo mucho ruido (en aquel entonces yo no vivía en la rue Caroline, vivía en la planta baja) y se sentó y empezó a hablar de la guerra. No podía oírlo... Me preguntaba por qué le habían disparado en una pierna y yo todavía tenía las dos más. Los dos habíamos tenido las mismas posibilidades, ¿sabe?

Hélène asintió. Robert se acercó a ella y los cubrió con las mantas. –Pero después de un rato –dijo–, después de un rato... bueno, parecía como si ni siquiera se diera cuenta de que le faltaba la pierna. Como si no se diera cuenta de que algo había cambiado, de que todo había cambiado, de que la guerra lo había cambiado todo. No dejaba de hablar de cómo habíamos derrotado al enemigo y de que el mundo estaba de nuevo a salvo, y de que había vuelto como director de unas cristalerías y de la mujer con la que probablemente se iba a casar... Y quería hablar de la guerra, de lo divertido que era arrastrarse por el barro y los cadáveres y avanzar quizá hasta tres metros, y luego esperar horas hasta que llegase el momento de arrastrarse de nuevo. Y yo me pregunté: bueno, quizá no sólo le faltaba la pierna, quizá estaba muerto. Quizá había un fantasma sentado en mi cocina, diciendo ideas muertas. Porque, ¿cómo podía alguien haber vivido la guerra, haber vivido todo eso, y seguir creyendo lo que creía? –Hizo una pausa. Hélène no dijo nada. “Pensé que todo iba a ser diferente”, dijo. “Yo había cambiado, pensé que todos los demás también”.

“Lo teníamos”, dijo Hélène. “Tal vez no lo suficiente. Solo queríamos que la vida continuara”.

–Yo también –dijo Robert–. Pero una vida diferente, una vida real. Pensé que todo el mundo podía ver cómo nos habían mentido sobre la guerra, cómo probablemente habían mentido sobre todo lo demás. De todos modos, ese día fui a ver a André. Lo conocía desde hacía tiempo, conocía

a algunos de sus amigos... Le hablé de un tipo y empezamos a hablar de la guerra. Resultó que habíamos estado juntos en el mismo campo de batalla, cuando él trabajaba como médico. Y pensé: si empieza a recordar, me iré. Y él dijo... ¿Sabes lo que dijo? Nunca lo olvidaré: "La locura colectiva es aburrida. La locura individual, eso es lo que me interesa". Y supe que, quienquiera que fuera, era diferente de todos los que había conocido. Me cambió. Sus ideas fueron lo primero que me tomé en serio en la vida.

–¿Y qué me dices de la guerra? –preguntó Hélène–. ¿No hablabas en serio?

–¿La guerra? –dijo Robert–. Era una broma. Todo el mundo sabía que la guerra terminaría en unos meses. Alistémonos ahora y estaremos en casa para Navidad. Mi hermano Claude hizo eso, se alistó tan pronto como se declaró la guerra, pero de alguna manera se las arregló para no acercarse nunca al frente. Mis padres eran muy patriotas y yo no tenía ninguna opinión al respecto, y cuando me llegó el turno me alisté también. Pero de alguna manera la guerra continuó y continuó. Era una broma, sí, pero una broma muy mala, y que duró demasiado. Si no fuera por la fiebre, ¿quién sabe qué me habría pasado? Habría terminado como ese pobre tonto sin su pierna.

Hélène bostezó. –Duerme un poco –dijo Robert–. ¿Por qué me haces estas preguntas? Hace años que no pienso en la guerra.

–Interesante –dijo ella, bostezando de nuevo. Cerró los ojos y se dio la vuelta, alejándose de él. Estaba dormida.

Se sentó un rato en la cama, observando su respiración lenta. Incluso mientras hablaba, su mente se había desviado hacia la grabación y después de un rato se levantó en silencio y se dirigió a su escritorio donde la había dejado.

Sacó el disco de la funda y lo sujetó con cuidado entre las palmas de las manos. En la etiqueta no había nada escrito, aparte del título del disco y el nombre de la mujer: Solange. Sopló para quitar las motas de polvo inexistentes y puso el tocadiscos a funcionar. Luego colocó el disco con cuidado sobre el plato y bajó el volumen para no despertar a Hélène. Esperó. El plato giraba, colocó la aguja con cuidado sobre el disco. No se oía nada, nada en absoluto. Subió el volumen, cada vez más. No pasó nada. Acercó la silla al tocadiscos y observó asombrado cómo la aguja recorría todas las ranuras de una cara, mientras el brazo se movía suavemente hacia arriba y hacia abajo.

Al final sacó el disco y lo miró de nuevo.

La superficie negra era demasiado brillante, como el aceite, y los surcos del disco estaban demasiado juntos; tal vez por eso su aguja roma y rechoncha no podía extraer los sonidos. Se encogió de hombros, le dio la vuelta al disco y lo puso de nuevo en el tocadiscos.

El otro lado también estaba en silencio. Tarareó un poco para asegurarse de que no se había quedado sordo. Tal vez el tocadiscos esté roto, pensó, como todo lo que tengo. Cogió un disco al azar –*Down Hearted Blues*, de Bessie Smith– y lo puso en el tocadiscos, guardando el otro en la funda. Se había olvidado de bajar el volumen y la música, cuando llegó, rompió el silencio. Hélène se movió un poco en la cama. Bajó el volumen rápidamente.

Se sentó un buen rato a mirar la etiqueta a través del círculo cortado en la cubierta marrón del disco: las palabras «Las brillantes torres de la luna que caen» y el nombre de pila de una mujer. Y eso era todo. No había ninguna compañía discográfica, ni fecha de copyright, ni siquiera una mención de cual cara era la A. Mientras Bessie Smith cantaba suavemente, sacó la fotografía de nuevo y le dio la vuelta. La mujer (¿Solange?) llevaba un vestido rojo brillante. No recordaba haber visto nunca una fotografía en color antes, y por alguna razón eso lo asustó más que cualquier otra cosa que hubiera visto anteriormente. Dejó el disco. Lo pintaron, pensó. Pintaron su vestido. Sacudió la cabeza y subió un poco el volumen de la música, esperando que los extraños pensamientos desaparecieran.

La música se apoderó de él como había esperado. Por primera vez en mucho tiempo, impulsado por las preguntas de Hélène, recordó la fiebre, la extraña sensación de limpieza de las sábanas que había creído que formaba parte de su delirio, los escalofríos, las voces y los pasos, los sudores

nocturnos cuando todos los demás dormían. Y recordó las canciones que sonaban a horas extrañas (¿o acaso las horas eran extrañas sólo para él, febril y desacostumbrado al tiempo normal desde hacía tanto tiempo?), canciones sobre trenes y mujeres y estar lejos de casa, canciones que nunca hablaban de nada pero que vibraban al unísono como si fuera un solo acorde. Cuando la cantante estaba feliz, era más feliz que nadie, y cuando estaba triste, Robert pensaba que nunca había oído tanta tristeza. Pero al mismo tiempo, parecía que la cantante comprendía todo lo que Robert había pasado en la guerra: el horror y el miedo a la muerte, la tristeza de estar lejos de casa y la tristeza diferente de no poder volver nunca. No importaba lo mucho que Robert ardiera en su fiebre, las canciones lo llamaban y lo hacían sentir descansado.

Cuando la fiebre se detuvo, las canciones también se detuvieron, y Robert pensó al principio que habían sido parte de su delirio. Pasaron varias semanas antes de que pudiera animarse a preguntar por ellas. –¿Las canciones? –dijo una de las enfermeras–. Ah, te refieres al soldado americano. Estuvo aquí un tiempo, recuperándose. Un hombre negro. Por un minuto, Robert, todavía confundido por la fiebre, pensó que se refería a un hombre hecho de ébano y ónice, y luego asintió. –Es extraño, la mayoría de esas canciones. Y no sonaban... bueno, no sonaban muy morales. Robert rió débilmente y la enfermera se fue, ofendida.

Cuando salió del hospital, sus andanzas lo llevaron a la

pequeña pero próspera comunidad negra que crecía alrededor de Montmartre. Nadie que él conociera estaba interesado en el blues, ni siquiera André, e incluso algunos de los negros con los que habló se rieron de él por ir a sus clubes nocturnos. En el último año había descubierto las nuevas grabaciones, las pocas –muy pocas– que habían llegado del otro lado del océano. Volvía cada mes más o menos, recogía discos e intercambiaba algunos de los que tenía. Había algo en él que necesitaba las canciones, su extraña imaginería, su singularidad, su vida. Sus ritmos lo hacían sentir más libre.

El disco llegó a su fin. Apagó el tocadiscos y guardó el disco en la funda. Levantó la fotografía en silencio y la miró una última vez. Se preguntó en qué se había metido y anheló compañía. Se fue a la cama.

Hélène yacía inmóvil a la luz de la lámpara. Dormida, sin maquillaje, parecía indefensa, infantil. Por primera vez, se preguntó qué edad tendría realmente. Quiso despertarla, pedirle que escuchara con él el disco mudo, que mirara la fotografía en color. Finalmente, se encogió de hombros, apagó la luz y se durmió.

Capítulo III

“Vida sin tiempos muertos”.

Graffiti del París de 1968

Al día siguiente, Antonin esperó a Robert fuera de la Oficina, con los ojos como mica. “Siento llegar tarde”, dijo Robert. “Me quedé dormido”.

–No hay problema –dijo Antonin y abrió la marcha hacia el interior.

–Bueno –dijo Robert, sentándose en el escritorio–. ¿Qué hacemos ahora? ¿Pasó algo?

–No –dijo Antonin, observando a Robert con atención–. Te estábamos esperando.

–Está bien –dijo Robert. No tenía sentido tratar de hablar con Antonin. Se quedó mirando por la puerta abierta. Si la mujer regresaba, era tan probable que viniera aquí, nexo de probabilidades, como a cualquier otro lugar. La mujer de cabello oscuro se despidió en la estación, pensó. ¿Era poesía si alguien podía hacerla? André diría que ésa era la idea. Pero ¿lo era? Había un cuaderno abierto sobre el escritorio y comenzó a dibujar en él sin rumbo, siguiendo las curvas del cabello oscuro de la mujer. Un ruido le hizo levantar la mirada. Tres o cuatro personas habían entrado por la puerta.

Antonin se quedó de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados. Aún miraba a Robert con una mirada que rozaba el fanatismo. ¿Se suponía que Robert debía estar haciendo algo? Antonin no se movió. Está bien, pensó. Saltó del escritorio.

“¿Cuál es tu cumpleaños?”, le preguntó al hombre más cercano a él.

“¿Qué?” dijo el hombre.

–El día de tu nacimiento –dijo Robert–. ¿Qué día es?

“¿Es usted astrólogo?” preguntó el hombre.

–No –dijo Robert–. Soy un estudioso de las coincidencias.

Un calculador de probabilidades. Conozco las estrellas y los indicadores de la vida cotidiana, los tesoros que evoca lo banal. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

–El ocho de marzo –dijo el hombre, vacilante.

“¿Y el tuyo?”, le preguntó a otro hombre.

“Primero de agosto.”

“¿Y el tuyo?” a una mujer.

“El dieciocho de marzo”, dijo.

–¡Diez días de diferencia! –dijo Robert–. Me pregunto cuál es la probabilidad de que eso suceda. ¿Se conocen ustedes dos?

–No –dijo la mujer, divertida. El hombre se encogió de hombros.

–Y sin embargo, han compartido casi toda la vida –dijo Robert–. Él sólo ha visto diez días que usted no ha visto. Ambos tienen más en común de lo que usted y yo jamás tendríamos. Suponiendo que ambos hayan nacido el mismo año, por supuesto. ¿En qué año nació usted, señor?

–Yo... –dijo el hombre–. Mil ochocientos noventa y tres.

–¿Y usted? –le preguntó Robert a la mujer. Más gente entró por la puerta–. Espere un momento, tengo que

preguntarle a esta gente. ¿Por qué no vuelve esta noche? Hablaremos de la vida, las coincidencias y la naturaleza de los sueños. ¿Fue solo una coincidencia que usted entrara por la puerta el día en que yo estaría aquí? ¿Qué día nació, señor?

La mujer se rió y se despidió con la mano. El hombre que acababa de entrar por la puerta miró a su alrededor y dijo: «Noviembre...». Robert había estado observando distraídamente la puerta abierta. Como una página de un libro viejo o un fragmento de un sueño, ella había pasado de largo, la mujer de cabello oscuro. Gritó, interrumpiendo la respuesta del hombre, y salió corriendo por la puerta. Antonin lo observó, asintiendo levemente mientras salía.

–¡Espera! –gritó Robert–. ¡Espera, tengo que hablar contigo!

La mujer se volvió al oír el grito. Sus miradas estaban al mismo nivel. –¡Eres tú! –dijo. Su sonrisa lo hizo quedarse paralizado–. ¡Ha vuelto a pasar!

–Escucha –dijo, corriendo para alcanzarla–. Tengo que hablar contigo. Ayer. –Todavía no podía recuperar el aliento–. No, el día anterior. Cuando te seguí, eras tú, ¿no?, y me dijiste...

Las luces destellaban a su alrededor y dejaban imágenes residuales. Sintió la misma aterradora sensación de

desorientación, aterradora para él porque nunca en su vida había estado perdido por más de unos minutos. Las calles se extendían hasta el infinito y luego se contraían. Esperó hasta que volvieran a estar sólidas. –¿Dónde estaba esa noche? –preguntó-. ¿En el futuro?

–Sí –dijo ella. Su voz era musical: él ansiaba oírla cantar. Delante de ellos, una mujer tocaba un piano de cola que alguien había sacado a la calle. Un hombre y dos mujeres estaban sentados agrupados alrededor de las patas del piano y conversaban en serio. Otro hombre tenía la cabeza apoyada en el regazo de una de las mujeres: estaba dormido.

–Pero ¿cómo? –dijo Robert, preguntándose si realmente se estaba volviendo loco esta vez-. ¿Qué está pasando?

Pasaron junto al piano y junto a dos hombres que hacían equilibrio sobre una escalera delante de un enorme cartel publicitario. Después de una breve conversación, uno de los hombres empezó a subir por la escalera. Llevaba un cubo de pintura en la mano.

La mujer se detuvo. –Maldita sea –dijo-. Nunca hay tiempo suficiente. –Miró hacia la calle, obviamente queriendo quedarse y seguir adelante al mismo tiempo-. Escucha –dijo-. Estamos en medio de una revolución. Prometí a mis amigos que los ayudaría a organizar a algunos de los huelguistas; es muy importante y ya llego tarde; de lo contrario... –Se detuvo y movió la mano con impaciencia-.

Créeme, no hay nada que me gustaría más que quedarme y hablar contigo. No sabía que seríamos capaces de abrir de nuevo las avenidas del tiempo. Podría... Te presentaré a algunos amigos míos...

No, quería decir. No, quédate conmigo. ¿Qué es la revolución comparada con pasar un buen rato? Se sentía perdido, a la deriva en este extraño futuro. Ella era su ancla.

Un joven pasó por allí distribuyendo folletos. “Actas”, dijo a Robert y a la mujer, entregándoles una copia a cada uno. “Lo que se ha decidido hasta ahora en el Teatro Odéon, una lista de nuestras reivindicaciones. Venid y dadnos vuestra opinión”.

Robert miró el papel y no le encontró sentido. Arrugó el folleto y lo tiró al suelo. “No hagas eso”, dijo el joven. “Los recolectores de basura están en huelga. Ahora estamos solos”.

Robert miró a su alrededor. La calle estaba llena de basura, como si fueran adornos de fiesta. Miró al joven, se encogió de hombros y cogió el folleto.

Empezaron a caminar de nuevo y pasaron por una tienda que vendía ropa de moda. Alguien había pintado en el lateral de la tienda las palabras “Nunca trabajes”. La mujer se había adelantado un poco a Robert y él corrió para alcanzarla. “Espera”, dijo. “¿Adónde me llevas?”

–Al Odéon –dijo la mujer–. Me gustaría que conocieras a mis amigos. Ellos no saben que eres del pasado. Puedes decírselo o no, lo que quieras. Intentaré volver y encontrarte. Pero creo que te interesará la reunión... y a ellos probablemente les interese tu opinión.

Habían llegado al Odéon. Robert oyó una fuerte carcajada desde el interior. El teatro había sido pintado con aerosol y habían quitado algunas de las letras de la fachada. Entraron.

Habían quitado filas enteras de asientos y desgarrado las cortinas. Un hombre que estaba delante hablaba con un grupo grande de gente. Alguien le gritó desde el suelo. La gente se había tumbado en los pasillos o en uno de los asientos y se había quedado dormida o hablaba entre sí. El lugar olía a vino y a ropa rancia. «Y ellos pensaban que yo estaba loco», pensó Robert. Después pensó que no. Son surrealistas. André ha ganado, sus ideas siguen vivas. Sintió un escalofrío que le subía por la base de la columna y le subía hasta el pelo. Se volvió hacia la mujer. «¿En qué año estamos?», le preguntó.

–Mil novecientos sesenta y ocho –dijo–. Estamos en mayo.
–Le sonrió por primera vez–. Puedes quitarte el abrigo.

Un grupo de personas se acercó a la mujer y comenzó a hablarle animadamente. Robert se quitó el abrigo, sin escuchar. “¡Es ridículo hablar de los exámenes ahora!”, decía alguien desde el suelo. “Estamos transformando la sociedad,

no vamos a volver a negociar con la universidad. Cuando terminemos, no habrá universidad ni exámenes, ni profesores ni estudiantes”.

Algunas personas que estaban cerca de la mujer que había hablado aplaudieron. El hombre que estaba en el escenario continuó, imperturbable. “Tenemos que transformar la sociedad lentamente, por etapas”, dijo. “Tenemos que decidir qué queremos de la universidad y luego a dónde queremos ir a partir de ahí...”

“¡Reinventarlo todo!”, gritó alguien desde el suelo. “¡Ahora!”.

Más gente aplaudió. “Robert”, decía la mujer. Robert apartó la mirada del hombre que estaba en el escenario. Cerca de él, en la pared, alguien había escrito: “Estoy aquí por voluntad del pueblo y no me iré hasta que recupere mi impermeable”. “Quiero que conozcas a mis amigos: Patrice, Gabrielle y Paul...”

Paul era el hombre que había cuidado el fuego detrás de las barricadas. A la luz parecía diferente, más alto de lo que Robert recordaba, su cabello casi a juego con el color de sus gafas de montura dorada. Patrice era más bajo que Paul, su cara redonda y sus gafas –casi iguales a las de Paul– le daban el aspecto de un búho atento y ligeramente borracho. Gabrielle tenía un cabello castaño rojizo, largo y muy hermoso. Robert asintió levemente hacia Paul.

–Nos conocemos –dijo.

–¿Encontraste a la mujer que buscabas? –preguntó Paul–.
¿Por la que preguntaste aquella noche?

Robert se rió brevemente. “Lo hice”, dijo. “Pero no creo que ella se quede”.

La mujer de cabello oscuro se rió. “Tengo que ir a ayudar a unos amigos míos”, le dijo a Paul. “Y necesitaremos ayuda con la distribución de alimentos esta noche, si puedes escaparte...”

–Ya veré –dijo Paul–. Dependerá de lo que pase aquí. –Muy bien –dijo la mujer–. Realmente tengo que irme. Ustedes dos deberían conocerse. A Robert le interesa el surrealismo. –Le sonrió a Robert otra vez, una sonrisa privada, y se dio la vuelta para irse.

–Adiós, Solange –la llamó. Ella no reconoció el nombre, pero tampoco lo negó. Quería correr tras ella, ayudarla con los huelguistas, la distribución de alimentos, cualquier cosa que quisiera con tal de estar cerca de ella. Pero ella le había dejado en claro que lo dejaría con sus amigos. Ya estaban sentadas en el suelo pegajoso. Suspiró y se sentó cerca de ellos.

–¿Te interesa el surrealismo? –dijo Paul. Había estado observando atentamente a Robert. ¿Estaba él también enamorado de Solange? –¿En qué aspecto?

–Supongo que en el aspecto lúdico –dijo Robert. ¿Y si le decía a esa gente de dónde venía? Pensarían que estaba loco. La situación ya era bastante complicada. Se preguntó adónde había ido Solange, aunque su mente no estaba realmente centrada en la respuesta que le daría a Paul.

–Sí, por supuesto –dijo Paul con seriedad–. Pero ¿qué pasa con el contenido revolucionario del surrealismo? ¿Y con el deseo de los surrealistas de... cambiar la vida?

“El deseo de jugar es revolucionario”, dijo Gabrielle.

–Ya lo sé –dijo Paul–. Me refería a...

–Lo sabes intelectualmente –dijo Gabrielle–. ¿Cuándo fue la última vez que...?

–¿Qué quieres decir con contenido revolucionario? –dijo de repente Patrice–. El surrealismo, los surrealistas, no pudieron sostener sus creencias revolucionarias al final...

–¿Qué quieres decir? –dijo Robert. Se sentía como si lo hubieran sumergido en agua helada, aislado, apartado, fuera de su tiempo. ¿Qué había sido de sus amigos en los años intermedios? –André... André Breton... nunca... –Se detuvo. ¿Y si hasta André hubiera llegado a un acuerdo al final? Trató de imaginar a su amigo con un modesto traje de negocios y no lo logró.

–No, Breton nunca hizo concesiones –dijo Patrice–. Breton

y algunos otros. Pero en general creo que debemos considerar el surrealismo como un movimiento fracasado. ¿Qué pasa con Aragon, qué pasa con Eluard...?

–¿Y qué pasa con Dalí? –preguntó Paul. Robert lo miró, contento por la interrupción. No había querido saber qué había pasado con sus amigos íntimos. ¿Y si empezaban a hablar de él? Estaba a punto de preguntar quién era Dalí cuando Patrice volvió a hablar.

“Pero ése no es realmente el punto”, dijo. “Breton quería cambiar el mundo. Y fracasó, no lo hizo. No logró prender fuego al mundo. De hecho, él...”

–¡Pero no fue culpa suya! –dijo Robert, y se preguntó brevemente por qué defendía a André con tanta pasión–. ¿Cómo puedes echarle la culpa a él? El mundo no quería cambiar. Y mírate a ti, mira a todos. Más de cuarenta años después del comienzo del surrealismo, estás defendiendo - los principios por los que André luchó, por los que vivió su vida. En ese entonces ni siquiera habías nacido.

–Tiene razón, Patrice –dijo Gabrielle, sonriendo sardónicamente.

“¿Lo hace?”, dijo Paul. “Queda por ver hasta qué punto - tenemos éxito aquí”.

“Eso no es realmente importante”, dijo Gabrielle. “Estamos demostrando que el surrealismo nunca está

realmente muerto. Puede permanecer oculto durante años y años (por ejemplo, fíjense en lo que le ocurrió a Breton durante la guerra), pero siempre resurgirá”.

¿Qué guerra?, pensó Robert. De pronto, ya no quiso oír nada más. «Escucha», dijo. «¿Es esto todo lo que hacéis? ¿Sentaros y hablar de movimientos artísticos muertos? Quiero decir, ¿es esto la revolución?».

“¡Tenemos que ir a hablar con los trabajadores de las fábricas!”, decía alguien en el escenario, como si respondiera a la pregunta de Robert. “Quedarnos aquí no sirve de nada. ¡Tenemos que apoyar la huelga general!”.

“Ya lo intentamos”, dijo alguien en el suelo con voz cansada. “No nos dejaron entrar”.

“Bueno, naturalmente desconfían de los estudiantes...”

“Estudiantes, carajo. Ellos solo querían salarios más altos, no querían hablar con nosotros en absoluto...”

–No, en realidad no –le dijo Gabrielle a Robert–. A veces también dormimos. –Le sonrió con una sonrisa sardónica y señaló los cuerpos esparcidos por el teatro–. Sentarse y hablar es un trabajo duro.

“Algunas personas contribuyen más cuando duermen”, dijo Paul.

–Probablemente sea cierto –dijo Gabrielle–. ¿Viste el grafiti que decía: 'Formen comités de sueños'?

Paul suspiró. “Estoy harto de todos esos malditos grafitis”, dijo. “De repente, todo el mundo se ha convertido en artista”.

–Todos *lo son* –dijo Gabrielle con sencillez. Robert escuchó el eco de André en su voz y de repente deseó poder llevársela con él. André querría conocerla.

“Todos somos malos artistas entonces”, dijo Paul.

–Escucha –dijo Patrice–. Están a punto de marchar hacia la fábrica de Renault.

La gente de las primeras filas estaba de pie, estirándose. “Vamos”, dijo Patrice.

–¿Crees que servirá de algo? –dijo Paul–. Ya has oído lo que han dicho...

–Mejor que quedarme aquí –dijo Patrice, poniéndose de pie–. Vamos.

Paul también se puso de pie. –No lo sé –dijo Gabrielle. Miró a Paul y a Patrice, luego a Robert y luego a él–. Está bien. ¿Vienes?

–Supongo que sí –dijo Robert. Miró la puerta nervioso,

esperando ver a Solange. Estaba cansado de esperar-. Vayamos a algún lado. No tengo nada más que hacer.

-Así es -dijo Patrice, riendo brevemente-. Por eso me uní a la revolución. «Bueno, no tenía nada mejor que hacer en mis vacaciones de verano...».

-No quise decir... -dijo Robert. Gabrielle estaba diciendo: -Oigan, chicos, eso no es justo...

-Tienes razón -dijo Patrice-. No es así. Lo siento. Ni siquiera te conozco.

-Está bien -dijo Robert.

Estaban saliendo del teatro, pisando ropa y basura. Robert parpadeó un poco a la luz del sol. Se preguntó dónde estaría la fábrica Renault. Alguien en la parte delantera eligió una dirección y comenzaron a caminar. Robert se encontró al lado de Gabrielle.

-¿Cómo conoces a Solange? -le preguntó con la mayor naturalidad posible.

Gabrielle lo miró fijamente. -Oh, demonios -dijo-. De todas las preguntas que podrías haber hecho, tenías que elegir esa... Paul y yo éramos amantes. Es decir, hasta que él la conoció.

-Oh -dijo Robert-. Lo siento. -Pero menos por ti que por

mí, pensó. Los celos ardían en su interior. Así que por eso Paul había actuado de forma tan extraña la noche en que se había aventurado por primera vez al futuro y había preguntado por ella. Pero ¿qué sentía Solange por Paul? ¿Y por qué había ido a buscarlo en primer lugar? También le sorprendió un poco que Gabrielle hablara de sus aventuras tan abiertamente. Algunos de los surrealistas lo hacían, pero ninguna de las mujeres, al menos ninguna que él conociera. Pasaron frente a una comisaría de policía cerrada. Alguien había escrito en la pared: «Prohibido prohibir».

Unas cuantas personas que estaban al frente de la fila comenzaron a cantar y él trató de seguir la melodía. “¿Qué haces?”, le preguntó Gabrielle.

–¿Yo? –dijo Robert, sacado de sus pensamientos. Se detuvo un momento para encender un cigarrillo–. Nada.

“¿Eres estudiante?” dijo ella.

–No –dijo, riendo–. Hace mucho tiempo fui estudiante y no funcionó.

–Entonces, de verdad que no... –dijo Gabrielle. Robert negó con la cabeza–. Supongo que sí eres surrealista.

Robert volvió a reír, alegremente. De repente se sintió eufórico, caminando en el aire fresco de la primavera de París, aliviado por un momento del invierno. Alguien que estaba en la calle les entregó a él y a Gabrielle manzanas

verdes de una caja. Aliviados de la pobreza. Alguien más lo saludó de un modo que no reconoció. El viento le levantó el pelo. Era libre.

–Eso es importante –dijo Gabrielle pensativa–. No tener un trabajo. Si pudiéramos... si pudiéramos crear esta sociedad de manera inteligente, la gente no tendría que trabajar más que dos o tres horas al día. Sería libre de hacer lo que quisiera. Esos dos, Paul y Patrice, son grandes conversadores, pero no creo que entiendan lo que estamos tratando de hacer aquí. Paul... Tal vez soy cínica, pero no creo que a Paul le importe nada más que su propio futuro. Y antes de la huelga, todo lo que hacía Patrice era sentarse en cafés y escribir manifiestos políticos. Por supuesto, es bueno tener a Patrice de tu lado. Aunque a veces pienso que es un poco fanático. Y el corazón de Paul probablemente esté en el lugar correcto –añadió rápidamente, tratando de ser justa.

“No me considero un revolucionario”, dijo, tratando de ser sincero. “Sólo quiero pasar un buen rato”.

–Bueno –dijo Gabrielle simplemente, apartándose el pelo largo de los ojos–, por eso estamos haciendo esto.

Ella permaneció en silencio durante un largo rato. Él caminó a su lado, pensativo, escuchando las canciones que traía el viento. ¿Qué harían los trabajadores de la fábrica si Gabrielle les dijera a todos que se fueran a casa? Se reirían de ella, probablemente, o le preguntarían cómo podrían

negociar un aumento salarial. ¿Era cierto que trabajar sólo dos o tres horas al día era todo lo que se necesitaba? Tal vez la tecnología había cambiado desde su época. Sintió, y se avergonzó de sí mismo por sentir, una pequeña punzada de envidia. Si nadie más trabajaba, perdería su estatus especial, sería insultado por los conserjes, rechazado por los camareros, libre para ir a cualquier parte y hacer lo que quisiera, limitado sólo por su imaginación. ¿Los demás, la gran masa de trabajadores, comprenderían su repentina libertad? Probablemente no. Pero era un sueño maravilloso.

Pasaron por delante de coches volcados, pavimento destrozado, árboles que empezaban a brotar y que habían sido arrancados de las aceras. Gabrielle sacudió la cabeza. –Es extraño –dijo–. Ver las calles así. Es como un sueño: es real, pero también irreal. ¿De dónde han salido todas estas barricadas? La ciudad ha cambiado de la noche a la mañana. La soñábamos y cambió.

–Sé lo que quieres decir –dijo Robert. Sin saberlo, ella había captado todo lo que él había estado pensando. Se preguntaba cuánto podría decirle–. Es completamente diferente. Hay partes de París que ni siquiera reconozco.

“¿Sabes lo que dice todo el mundo?”, dijo Gabrielle. “Ganemos o perdamos, todo el mundo dice que nada volverá a ser lo mismo. Eso es lo que siento. En un momento todos vamos tranquilamente al trabajo o a la escuela, manteniendo las cosas en movimiento, y al minuto siguiente

estamos todos en huelga. Millones de personas, en todo el país, en huelga. El solo hecho de saber que se puede hacer ha cambiado todo. Hemos abierto un agujero en la realidad”.

–Tienes razón –dijo Robert. ¿Así había llegado hasta allí? Intentó seguir el hilo de su pensamiento, pero no lo entendía–. Parece que ahora puede pasar cualquier cosa.

La fila de manifestantes se había detenido por alguna razón. El sol salió de detrás de las nubes, tiñendo las calles de plata. “Estaba hablando con una amiga mía”, dijo Gabrielle. “Se había casado, tenía hijos; habíamos perdido un poco el contacto. Me la encontré hace unos días y me dijo que ella y su marido habían comprado un coche. Luego se detuvo un momento y dijo: “Sabes, es ridículo trabajar toda la vida por cosas así: un coche, una casa”. Pero ella siempre ha creído en eso, desde que la conozco. Estamos cambiando la forma de pensar, estamos cambiando la realidad. Tienes razón: ahora puede pasar cualquier cosa”.

–¡Miren! –dijo Robert, señalando la calle. Un grupo de personas había sacado una mesa de comedor a la calle y estaban sentados alrededor comiendo y hablando. ¿Protestaban por algo, tal vez por un desalojo, o celebraban lo absurdo del momento? Se rió. Todo el mundo es surrealista, pensó. Simplemente hacemos lo que haría todo el mundo si pudiera. Mientras observaban, un reportero se acercó al grupo, sacó un bloc de papel y un bolígrafo y comenzó a hacerles preguntas. Con gran solemnidad,

alguien de la mesa comenzó a untarle mantequilla a la corbata al reportero. El reportero dio un paso atrás.

Los manifestantes se pusieron en marcha de nuevo. Cuando pasaron junto al grupo alrededor de la mesa, Robert los saludó y alguien les devolvió el saludo con una pata de pollo. –Es asombroso –dijo Gabrielle–. Con qué rapidez han comprendido el espíritu de las cosas. Una rebelión estudiantil, unos cuantos panfletos... Pero supongo que todos ya entendían lo que estábamos tratando de hacer. Si hubiéramos sabido que sería tan fácil. Ahora todo el mundo está en huelga. Las coristas del Folies–Bergère. Los cajeros de los bancos... ¿Sabes lo difícil que es conseguir dinero ahora mismo? –se rió–. Incluso las adivinas.

–¡Pero eso es... eso es maravilloso! –dijo Robert–. Una vez conocí a una adivina que me dijo que haría huelga. Una huelga por la fe, por los sueños. Me pregunto si estará aquí ahora. Tal vez predijo todo esto.

“Me alegro de no perderme esto”, dijo Gabrielle. “Me alegro de estar viva ahora”.

–Me alegro... –dijo Robert, y luego se detuvo. ¿Cómo podía estar allí la adivina? ¿Cómo podía *estar* allí? La sensación de euforia se había ido tan rápido como había llegado. Un viento frío sopló sobre él. Tal vez no estaría vivo en ese momento.

Mil novecientos sesenta y ocho estaba muy lejos de su vida, de sus amigos. Los manifestantes se habían detenido. Habían llegado a las puertas de la fábrica.

Una multitud se apiñaba frente a la fábrica. Algunos cantaban algo que él no podía oír. En ese grupo tan grande, no debería haberla visto, pero lo hizo. Siempre parecía estar rodeada de un espacio despejado, de una luz dorada. Se había puesto una rosa roja en el pelo. Se abrió paso entre la multitud, ignorando a Gabrielle, hasta que llegó hasta ella. –Hola de nuevo, Solange –dijo.

Se volvió hacia él. –¡Hola, Robert! –dijo. Él podía calentarse con el fuego de su sonrisa, con el enrojecimiento de su rosa–. Es bueno verte aquí. Un momento. –Comenzó a hablar con un hombre pequeño y de mirada intensa que estaba a su lado–. ¿Qué opinas? Alguien tendrá que entrar y hablar con ellos. ¿Deberíamos votar al respecto? Tendrá que ser alguien que entienda lo que está pasando allí.

Robert suspiró. Por primera vez sintió que le guardaba rencor. ¿Siempre sería así? ¿Siempre lo relegarían a un segundo plano, lo ignorarían, lo obligarían a esperarla? Todo lo que quería era hablar con ella, tocarla. Si ella lo llamaba de nuevo, ¿podría negarse?

Patrice volvió su atención hacia la multitud que se encontraba frente a las puertas de la fábrica. También estaba resentido con ellos por interponerse entre él y

Solange. De repente, no le importaba si la revolución se perdía o se ganaba, sólo que terminara. Gabrielle estaba de pie cerca del frente, hablando con Paul y sacudiendo la cabeza con fiereza. Patrice los dejó a ambos y se dirigió a las puertas, luciendo muy decidido. Cuatro jóvenes que llevaban tablones de madera caminaron hacia el frente de la multitud y comenzaron a montar un escenario.

Robert frunció el ceño, intentando verlos con claridad. ¿Era un baile, un truco de magia, un ritual? Bajo el brillo del sol de mayo, parecían brillar ligeramente, como si cayeran en agua clara. Miró una vez a Solange para asegurarse de que no había desaparecido, luego inclinó la cabeza para ver mejor a los actores.

Tenían anillos de metal que se pasaban unos a otros, conos de luz, pañuelos de colores, estrellas doradas. A veces parecían parte de una obra enorme e intrincada llena de intrigas y falsos comienzos. En otras ocasiones podrían haber sido espectadores que de alguna manera habían subido al escenario, jugueteando con pañuelos y retazos de ropa o mirando fijamente a la multitud, inmóviles como estatuas. Luego, de repente, lanzaban las estrellas doradas o hacían malabarismos y comenzaban de nuevo. Todo se hacía en silencio, pero Robert podía oír el sonido metálico de los anillos incluso por encima del ruido de la multitud. Una vez, alguien se acercó de entre los manifestantes y tomó un pañuelo brillante, y uno de los actores bajó hacia la multitud.

Robert miró a Solange de nuevo, buscando explicaciones. El hombrecillo intenso y pequeño aparentemente había sido elegido para hablar con los trabajadores de la fábrica. Se acercó a la puerta de la fábrica y levantó la mano para tocar. Un movimiento repentino de uno de los actores distrajo a Robert y miró hacia otro lado. Un anillo de metal había sido lanzado al aire, cada vez más alto, disminuyendo rápidamente contra el cielo pero aún brillando tan intensamente como diamantes. El hombrecillo llamó. El anillo desapareció.

Alguien gritó o chilló. Un quinto hombre había aparecido entre los actores, un hombre que llevaba una máscara de cuernos, piel y metal, una fantástica mezcla de animal y máquina. Los actores saltaron del escenario. Robert se esforzó por ver con más claridad. ¿Era realmente una máscara? ¿Dónde estaba unida a su cuerpo? Se estremeció al ver a una criatura recién salida de sus pesadillas, de los sueños que nunca podría recordar a la luz del sol. El hombre levantó la mano y la tierra tembló. Más gente gritó.

«Solange», pensó Robert de inmediato. Buscó entre la multitud, presa del pánico. La gente se dispersaba en todas direcciones, tratando de escapar, tratando de llegar a la fábrica. Allí estaba ella, corriendo hacia las puertas de la fábrica. La tierra volvió a temblar y ella cayó al suelo. Corrió a ayudarla, sin pensar. Oyó disparos, vio columnas de humo. Cuando llegó hasta ella, el humo se volvió blanco y lo cegó. Se disipó... –Estaba de pie frente a la Oficina de Investigación

Surrealista, tosiendo. Antonin salió y lo observó mientras intentaba recuperar el aliento. –¿Y cuándo naciste? –preguntó Antonin. –¿En qué año?

Robert tosió una última vez, secándose los ojos con la manga. Se dio cuenta de que había dejado el abrigo en el teatro. En el futuro. Empezó a temblar por el viento invernal. –¿Dónde...? –empezó. Era evidente que Antonin esperaba algo. El sol se inclinaba hacia la noche. Había perdido otro día entero de trabajo. –¿Qué año es? –Es 1924 –dijo Antonin.

Robert lo miró con desconfianza. ¿Qué sabía él? –No importa –dijo–. ¿Ya son las cinco? ¿Estamos a punto de cerrar?

–Pasadas las cinco –dijo Antonin–. Te estaba esperando.

–¿Por qué? –preguntó Robert, todavía intentando aclararse las ideas. Sabía que Antonin nunca le preguntaría dónde había estado. ¿Era parte de su juego de loco o realmente sabía algo?

“Por eso estamos aquí”, dijo Antonin. “Investigamos. Grabamos sucesos surrealistas. Te sucede algo y lo escribes”.

–Estás diciendo... –dijo Robert. Antonin no respondió. –¿Qué?

–Escribe tus experiencias –dijo Antonin. En la penumbra, Robert no podía ver su expresión.

“¿Qué experiencias?”, dijo Robert. “Vi a alguien que reconocí y me fui. Eso es todo”.

–Escríbelo –dijo Antonin–. Adónde fuiste, qué hiciste, a quién viste. Por eso estamos aquí. El cuaderno está sobre el escritorio.

–Está bien –dijo Robert. No había forma de evitarlo. Tendría que inventarse algo o decir la verdad–. Te diré una cosa –dijo–. Déjame las llaves y me quedaré aquí escribiendo.

Antonin le entregó las llaves. Robert respiró hondo y entró. El lugar estaba vacío. Se sentó detrás del escritorio por un rato, mirando el cuaderno que tenía frente a él. Si escribía que simplemente había salido a caminar, André se enojaría con él. Pero si decía la verdad, no importaría. André asumiría que se lo había inventado todo para no trabajar en el Bureau. Tal vez André incluso quisiera publicarlo en la revista. Robert se rió y atrajo el cuaderno hacia sí.

Miró un rato las líneas que había esbozado esa misma mañana, el pelo ondulado como diagramas de campos eléctricos. ¿Dónde estaba ella ahora? ¿Qué estaba haciendo? ¿La volvería a ver? De algún modo sabía que lo haría. Vacío su mente de especulaciones y empezó a escribir, lentamente al principio y luego tan rápido como pudo a medida que las palabras le venían a la mente. Lo anotó todo: su encuentro con la mujer de cabello oscuro, su visita al

teatro, la fábrica, los cuatro actores y el hombre de la máscara fantástica. Estaba oscuro afuera de la tienda cuando finalmente terminó y cerró el cuaderno. Se levantó, se estiró y apagó las luces. El maniquí era una mancha oscura contra el techo. Cerró la puerta con llave, encendió una cerilla, encendió un cigarrillo y luego se dirigió a casa. Todavía era temprano en la noche, pero quería dormir. Decidiría qué hacer por la mañana.

Capítulo IV

"Déjalo todo..."

Deja a tu mujer, deja a tu amante. Deja tus esperanzas y tus miedos. Siembra a tus hijos en un rincón del bosque.

Deja la sustancia para la sombra...

"Embárcate en el camino."

André Bretón

La mujer abrió la boca para gritar, sin hacer ruido. El hombre de negro se apoyó contra la ventana, haciéndole señas. La mujer gritó de nuevo, con el cuello blanco como la

curva de la luna. –Vamos –susurró André en la oscuridad–. Vámonos.

–Espera un momento –susurró Robert. Las imágenes seguían parpadeando en la pantalla–. ¿Qué sucederá después?

–Vamos –repitió André–. La trama no es importante. Las imágenes, las yuxtaposiciones, eso es lo que queremos ver.

Salieron del teatro, caminaron dos manzanas y entraron en otro edificio. En la pantalla había un hombre de pie, apoyado en la nieve, dispuesto a lanzar una lanza. Los copos de nieve se le habían quedado atrapados en la capucha y en los pantalones de piel. –Vamos –dijo André. Ni siquiera se habían sentado.

–Espera un momento –dijo Robert. La lanza se disparó hacia el cielo y se arqueó como el cuello de la mujer se había arqueado hacía un momento–. ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿En la Antártida?

–No puedes hacer esas preguntas –dijo André con impaciencia, saliendo del teatro–. Debería haber traído a Louis. ¿Dónde está el próximo teatro, por aquí?

–No –dijo Robert–. Dos manzanas a la derecha. –Echó a andar con avidez, apresurándose hacia la siguiente imagen, comprendiendo de pronto, tras una tarde pasada en cines a oscuras, el juego de André. Las imágenes discontinuas

habían desfilado sin cesar ante sus ojos, desenrollándose de la gran tela tejida y teñida en las fábricas de sueños. París a la luz del día parecía ahora irreal, más ruidoso, más colorido, pero de algún modo una sombra de lo que sucedía en las pantallas de cine. –Vamos –dijo.

Sherlock Holmes estaba de pie frente a la pantalla, fumando su pipa y hablando. De repente, se volvió y señaló una nota que estaba sobre una mesa de café. Un hombre lo miró horrorizado. La película se cortó y mostró un subtítulo en negro. “No queremos saber lo que están diciendo”, dijo André. “Las películas deberían ser mudas, como los sueños. Vámonos”.

Alguien cerca de André dijo: “¡Silencio, por favor!”

–¿Silencio? –dijo André, con una cortesía untuosa. Sólo Robert sabía lo cerca que estaba de la ira–. ¿Qué quieres oír, el ruido del proyector? Venga, vámonos.

–¿Dónde está el próximo teatro? –preguntó André cuando volvieron a salir a la calle–. ¿Está muy lejos de aquí?

–A una milla –dijo Robert, mientras hacía tintinear las monedas en los bolsillos–. Mira, André, en realidad no me queda mucho dinero. Y lo que tengo tiene que durarme hasta fin de mes, que es... –Hizo una pausa, pensando. Había perdido la noción del tiempo desde que había regresado del futuro...

–La semana que viene –dijo André–. Una película más y paramos.

–No, no puedo –dijo Robert, queriendo acompañarlo, odiando detener el impulso urgente de las fotografías en blanco y negro–. De verdad.

–Muy bien –dijo André–. ¿Qué tal si tomamos una copa? ¿Tienes suficiente dinero para eso?

–Por supuesto –dijo Robert, sonriéndole–. Hay un buen café a una cuadra de aquí. Vamos.

El café estaba oscuro y casi vacío a última hora de la tarde. –Estoy un poco preocupado por Antonin –dijo André sin preámbulos, mientras se reclinaba y bebía un sorbo de su bebida.

–¿Antonin? –preguntó Robert–. ¿Crees que es peligroso? Creo que la mayor parte de sus locuras son sólo una actuación.

“No, no es eso”, dijo André. “No me importa que algunas personas lo llamen loco. De hecho, esa es una de las razones por las que lo admití en el grupo”.

“¿Y luego qué?”, preguntó Robert. “Está trabajando muy duro para que la oficina sea lo que tú querías que fuera”.

–Lo sé –dijo André–. Pero se está volviendo demasiado comercial.

–¿Qué quieres decir? –dijo Robert, confundido–. ¿La oficina?

–No –dijo André. Sacudió la cabeza y bebió otro sorbo de su bebida–. Antonin. Está actuando en obras de teatro, quiere dedicarse al cine. Incluso tiene planes de montar un teatro algún día.

–Pero ¿qué hay de malo en eso? –dijo Robert–. Tal vez debería dedicarse al cine. Algún día me gustaría entrar en un cine y ver su rostro allí junto con los otros: Sherlock Holmes y el tipo que lanza la lanza...

“No se toma en serio el surrealismo”, dijo André. “Lo único que ve son posibilidades comerciales. No somos un movimiento artístico, sino un movimiento para cambiar el mundo. No somos surrealistas para ganar dinero”.

–No, claro que no –dijo Robert. Encendió un cigarrillo y dio una calada–. Pero, ¿Antonin? Ha pasado todos los días de esta semana en el Bureau. Y, desde luego, no por dinero.

André sacudió la cabeza.

“No me gusta la idea de su actuación”, dijo. “No me gusta el teatro. No quiero que el surrealismo se convierta en algo comercial, en una mercancía como todo lo demás. Lo que no

me gusta, lo que es repugnante, es el hecho de que nos estén aceptando. La burguesía nos acepta”.

Robert se encogió de hombros. “No lo sé”, dijo. “Nadie me ha aceptado todavía. Si somos aceptados, mi conserje aún no lo sabe”.

–¿Cómo va tu escritura, por cierto? –dijo André–. Me gustó lo que escribiste para el Bureau. Tenía una fuerte cualidad onírica.

Robert tosió y dio una larga calada a su cigarrillo para disimular su confusión. –No lo sé –dijo–. Quiero decir... no he escrito nada desde entonces. –Dio una última calada al cigarrillo y lo apagó–. Pero sabes... –dijo, entrecerrando los ojos en la oscuridad del café, preguntándose hasta qué punto podía confiar en su viejo amigo–, mucho de eso... bueno... no lo inventé yo. Mucho de eso sucedió realmente.

–Por supuesto –dijo André–. ¿No habrás pensado que quería una obra de ficción? ¿Una historia inventada con una narrativa sencilla?

–Lo que quiero decir es que... –dijo Robert–. Muchas de las cosas que parecen inventadas, me refiero a las cosas que parecen más oníricas, fueron reales. Sucedieron de verdad. –Su corazón latía con fuerza. Ahí lo había dicho.

“No sé por qué la gente piensa que sólo nos interesan los sueños, el inconsciente”, dijo André. “Lo que realmente nos

interesa es el estado en el que los sueños y la realidad, lo consciente y lo inconsciente, *se encuentran*. Ahí es donde se encuentra la verdad. Como en la mitología, las mitologías primitivas, no nuestras horribles versiones modernas, Dios sabe”.

Robert lo observaba atentamente. ¿Dejaría de dar conferencias por un rato y hablaría con él, de amigo a amigo? Había ocurrido el acontecimiento más extraño de su vida, el acontecimiento crucial en el que no podía dejar de pensar, como tampoco podía dejar de respirar, y André había logrado, de algún modo, convertirlo en una charla sobre la teoría surrealista. Robert quería detenerlo, pedirle consejo, ayuda. Volvió a mirar a su viejo amigo al otro lado de la mesa, con atención. No. No le rogaría.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Robert con toda la naturalidad que pudo. Tenía la sensación de que André, su mentor de toda la vida, estaba pasando una prueba de importancia crucial.

“Quiero decir que el texto era muy bueno”, dijo André. “Tu experiencia, la experiencia que la inspiró, fue una auténtica experiencia surrealista. Un encuentro entre el sueño y la realidad. Eso es lo que estamos tratando de hacer. Por eso abrimos la Oficina. Espero que me hagas saber si escribes algo más”.

–No creo... no creo realmente que ése sea mi estilo de

escribir –dijo Robert, todavía con naturalidad. André había suspendido el examen. Su amigo se había alejado de él, se había refugiado en una maraña de teorías e ideas. El cambio llegaría pronto. Hablaba lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado–. Quiero escribir sobre París. París como personaje. Y también sobre todos los demás: los carteristas, las prostitutas, los músicos, los gitanos... toda la gente que sale por la noche. Una novela sobre París de noche –dijo animadamente.

–¿Una novela? –se rió André–. La novela está muerta, no pierdas el tiempo. La novela toma una pequeña, oh, infinitamente pequeña, sección de la llamada realidad y la llama arte. Tu vida es arte. No la desperdicies tratando de escribir una novela. –Agarró su pesado bastón y se puso de pie, descartando la idea de Robert–. ¿Vas a estar en el café esta noche?

–¿El café? –dijo Robert–. No, no lo creo. Nos veremos. –Se levantó y salieron del establecimiento sin decir nada.

–Adiós.

Empezaba a nevar mientras se dirigía a su apartamento. Se acomodó en la chaqueta que André le había dado para reemplazar la que había perdido. Como de costumbre, André había sido generoso, y como de costumbre, su generosidad había salido mal: las malditas mangas eran demasiado cortas. Por un momento, Robert se preguntó amargamente

si el surrealismo habría ocupado una parte tan importante de la vida de André si hubiera sido un poco más alto.

Robert giró por una pequeña calle lateral. El invierno se estaba asentando sobre París, lo que significaba que tendría que arreglar su pequeño y destartado vehículo, lo que significaba que ya se había gastado una gran parte del cheque del mes siguiente. Suspiró. ¿Qué hacía llevando su vida así? Tal vez fuera hora de sentar cabeza, de conseguir algún tipo de trabajo. Sin duda ya era lo bastante mayor. Como un hombre que no puede evitar sondearse una muela podrida, pensó por milésima vez en un trabajo y por milésima vez rechazó la idea. No puedo llegar a tiempo a ningún sitio, pensó. No puedo aceptar órdenes, ni siquiera de esos comunistas con los que André se relacionó hace unos meses. No puedo aprender algo que no disfruto, no puedo perseverar en las cosas, no puedo ser responsable. La lista hizo clic en su mente. Se subió el cuello de la chaqueta y trató de bajar las mangas de nuevo, luego se rió cuando se le ocurrió una nueva idea. En el futuro, pensó, están luchando por el tipo de vida que yo llevo ahora.

Subió las escaleras de su apartamento, preguntándose si el pan que había comprado hacía una semana todavía estaría bueno. Está bien, pensó. Está bien, mañana intentaré con la editorial, a ver si alguien necesita un corrector de pruebas... Louis podría conocer a alguien. –¿Mr. St. Onge? –dijo alguien, interrumpiendo sus pensamientos. Levantó la vista. Era la conserje.

“¿Sí?” dijo.

–Telegrama –dijo–. Para ti.

–Gracias –dijo sorprendido. Se paró en la escalera del edificio de apartamentos y abrió el sobre, tratando de ocultar el mensaje a la conserje. –POR FAVOR, VUELVE A CASA, MADRE –decía. No había nada más.

Le dio la vuelta al sobre una y otra vez, buscando pistas. “De Niza”, dijo la conserje, tratando de ser útil.

“Así es”, dijo neutralmente.

–Bueno –dijo la portera–, creo que será mejor que vuelva a trabajar. –Su actitud era un poco más respetuosa. La gente que recibía telegramas, especialmente telegramas de Niza, era un nivel superior al que ella creía que pertenecía Robert.

–Supongo que será mejor que lo hagas –dijo. Seguía sin moverse. ¿Por qué querría su madre hablar con él ahora?

Georges puso la cuarta marcha y giró el volante hacia la derecha, metiendo todo el cuerpo en la curva. El coche estuvo a punto de chocar con un caballo que pastaba al costado de la carretera. “¿Estás seguro de que a tus padres no les importará que traigas a un amigo?”, preguntó, gritando por encima del ruido del viento y del motor.

–¿Qué? –gritó Robert.

–¿Estás seguro de que a tus padres no les importará?
–preguntó Georges. Dieron otra vuelta. Robert se agarró al parabrisas para no perder el equilibrio. –¿Tienes miedo?
–preguntó Georges, apartando la vista de la carretera para mirarlo.

–No –dijo Robert–. Es demasiado temprano por la mañana.
–El viento le quemaba las orejas–. Sigamos adelante. Quiero llegar lo antes posible.

Se habían acercado a un granjero que conducía su carro hacia el mercado. Georges redujo la marcha y se quedó detrás del carro por un momento, luego de repente tocó la bocina (la bocina que había robado de un taxi y colocado fuera del auto) y giró bruscamente para rodear al carro con un solo movimiento. El conductor del carro abrió la boca para decir algo, Georges volvió a tocarle la bocina y luego se fueron.

Robert pensó que eran imágenes discontinuas. Las cosas se movían demasiado rápido para permanecer en la mente. André habría disfrutado de ese viaje. Ojalá estuviera lo suficientemente despierto para disfrutarlo: habían salido temprano esa mañana, a las nueve en punto. Estaba demasiado cansado incluso para sentir el frío, aunque al menos había dejado de nevar. –No, no creo que les importe
–dijo Robert–. Ya he traído amigos a casa antes. Se preguntó

de nuevo por qué su madre había enviado el telegrama y qué quería decirle. Si se trataba de un asunto privado de la familia, probablemente no querría que Georges estuviera allí. Pero no podría discutir con él delante de un amigo. –Me alegro de haberme encontrado contigo anoche –dijo Robert–. Si no fuera por ti, habría tenido que tomar el tren. Georges estaba al margen del movimiento, aunque era amigo de varios de los surrealistas.

–Yo también me alegro –dijo Georges–. No todos los días puedo tomarme unas vacaciones como ésta. –Miró a Robert y sonrió, luego se bajó la gorra y tomaron otra curva a toda velocidad.

Al anochecer, se detuvieron a un lado de la carretera y buscaron un lugar para dormir. “Supongo que ese campo parece bastante seco”, dijo Georges. Miró a Robert con ojo crítico. “¿Esa chaqueta te abrigará lo suficiente?”

Robert se bajó las mangas en un gesto que se estaba convirtiendo en habitual. “Creo que sí”, dijo. Encendió un cigarrillo y abrió la puerta de su lado del coche. “Realmente no hay otra opción, ¿verdad?”

–¡Mira! –dijo de repente Georges–. ¡Allí!

"¿Qué?"

–Allí –dijo Georges, haciendo un gesto con la barbilla–, la iglesia.

–¿Qué tal...? –dijo Robert–. Ah, ¿crees que deberíamos dormir allí?

–Claro –dijo Georges–. ¿Por qué no?

Robert dio una última calada al cigarrillo y lo arrojó fuera del coche. «Vaya surrealista», dijo Georges. «Espera a que se lo diga a André. Te echarán del movimiento».

–Claro, vamos –dijo Robert–. Pero hazme un favor, ¿vale? Mantengamos a André fuera de esto. Voy a conducir a través de Francia para escapar de él; no necesito que me des lecciones de moralidad surrealista. –Su tono era más duro de lo que pretendía.

–Lo siento –dijo Georges.

–No, no lo lamente –dijo Robert con impaciencia. Salió del auto y estiró las piernas–. Tuve una discusión con él antes de irnos, eso es todo. Vámonos.

–¿Una discusión? –dijo Georges–. ¿Sobre qué? Creí que erais amigos.

“Lo somos”, dijo Robert. “O lo éramos. A veces tengo la sensación de que lo he superado. De que todo ha cambiado excepto él”.

–Oh –dijo Georges–. Bueno, puede ser un poco... –hizo una pausa– inmóvil.

Robert se rió. Georges sacó una pequeña maleta del baúl y emprendieron la marcha por los campos hacia la iglesia. –Moralidad surrealista –dijo Georges–. Eso está bien. «La moral más alta es dormir en una iglesia siempre que sea posible» –dijo, imitando la forma pedante de hablar de André–. «Cualquier surrealista que no lo haga debe expiar su pecado...»

“Recitando todos los poemas de André.”

"¡Hacia atrás!"

Caminaron en silencio durante un rato. –Te voy a contar una de las cosas de las que estoy harto –dijo Robert finalmente–. Todo lo que hace André lo hace por motivos políticos. Para escandalizar a alguien. No quiero dormir en una iglesia si tiene que haber un motivo detrás. Sólo quiero pasar un buen rato.

–Te lo estás pasando bien –dijo Georges–. No estás durmiendo en el campo. En la oscuridad, Robert asintió pensativamente. Llegaron a la iglesia y Georges puso la mano en el pomo de la puerta. –Tu problema –dijo– es que eres demasiado cercano a André. Giró el pomo y tiró de la puerta. Se abrió. Georges le hizo una reverencia a Robert y lo siguió adentro. –Deberías intentar ser más como yo. Soy amigable con algunas de las mismas personas, pero no tomo las ideas en serio. Cerró la puerta detrás de ellos.

–En mi caso es diferente –dijo Robert–. André es mi mejor amigo y el más antiguo de todos. Si lo dejara ahora, tendría que ser para siempre. –Sacó un cigarrillo, se encogió de hombros y lo encendió.

–Mira eso –susurró Georges. A la luz del sol poniente, podían ver un mural de Cristo en la cruz, dibujado de manera tosca–. ¿Qué tal si le agregamos algo más? Una pareja haciendo el amor en la esquina...

–¿Qué? –dijo Robert, fingiéndose horrorizado–. ¿Realismo en el arte?

Georges se rió. “No trajiste equipaje, ¿verdad?”, dijo.

–No –dijo Robert. Se abrió la chaqueta y la volvió a cerrar–. Es todo.

–Tengo una chaqueta extra, si quieres –dijo Georges–. Traje una manta para mí.

–Claro, si no te molesta –dijo Robert–. Gracias. –De pronto se sintió atraído por Georges, que no le había preguntado por qué era tan pobre siendo sus padres tan ricos. No es de extrañar que a todo el mundo le guste Georges, pensó, cogiendo la chaqueta y extendiéndola en el suelo. Georges se lleva bien con todo el mundo. Bueno, yo también. Se arrebujó en la chaqueta, intentando ponerse cómodo. Con todo el mundo, excepto con mis amigos. Y con mi familia. Y con mi portera. –Buenas noches –dijo. Apagó el cigarrillo en

el suelo. En la iglesia vacía y cada vez más oscura se sentía de algún modo como en casa, rodeado de amigos.

“Buenas noches”, dijo Georges.

Llegaron a Niza al mediodía del día siguiente. Robert, que había dormido durante la mayor parte del último tramo del viaje, se despertó para dar instrucciones. “Aquí a la izquierda”, dijo. “Abajo por esta calle. Está en esta calle en algún lugar, pero no recuerdo cómo es. Un momento. Hay una puerta de hierro forjado alrededor de la entrada”.

–¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí? –preguntó Georges, reduciendo la marcha y dándose la vuelta en medio de la calle. Una anciana envuelta en pieles pasó caminando y Georges le tocó la bocina. Ella no se dio la vuelta.

“El año pasado”, dijo Robert.

“¿El año pasado?”, preguntó Georges. “¿Y no te acuerdas de cómo es?”

“O quizás el año anterior”, dijo Robert. “No me acuerdo. Intento no pensar en ellos cuando estoy lejos de casa”.

–Ah –dijo Georges–. ¿Cómo son tus padres, por cierto?

–Ahí está –dijo Robert–. Esa casa de allí. ¿La ves? La que está más allá de la calle.

–Está bien –dijo Georges. Se detuvo y paró el coche–. ¿Qué valla de hierro forjado?

–Bueno, en algún sitio hay hierro –dijo Robert, que parecía demacrado y sin afeitar–. Quizá una barandilla o algo así. Georges le dirigió una mirada extraña y salió del coche.

Junto a las escaleras que conducían a la puerta principal había una pequeña barandilla de hierro. Mientras cruzaban el césped, Robert señaló una estatua de mármol de una niña y un ciervo. “Cuando era más joven”, dijo, sorprendido por la viveza del recuerdo, “creía que esa estatua podía hablar”.

–¿Cuál de los dos? –preguntó Georges–, ¿la niña o el ciervo?

–No me acuerdo –dijo Robert, distraído, dándose cuenta de que no le había contado toda la verdad a Georges. Cuando era más joven, había pensado que todo podía hablar, que todo estaba vivo y tenía voz. Que si era muy bueno podría oírlos, que una vez, hace mucho tiempo, los había oído. Empezó a subir las escaleras hacia la puerta principal, los recuerdos volvieron a aparecer. Recordó haberle contado a su hermano mayor Claude lo que le había dicho el árbol del jardín, y la paliza que le había dado Claude por no creer en la Iglesia.

–¡No lo entiendes! –había dicho Robert, llorando, pensando que Claude se había referido a un edificio cuando

había dicho la Iglesia-. ¡La Iglesia también habla! Sólo tienes que ser bueno, ser muy bueno... Claude sólo lo había golpeado más fuerte.

Robert sacudió la cabeza para liberarse de los recuerdos. ¿Fue entonces cuando empezó a dudar de todo lo que le habían dicho, a no creer en la verdad de nadie más que en la suya propia? No es de extrañar que me haya convertido en surrealista, pensó. Esperó un rato en lo alto de las escaleras y luego tocó el timbre.

Una mujer vestida de negro abrió la puerta y miró hacia afuera. Luego abrió más la puerta. –Madre –dijo Robert-. Esta es mi amigo...

–Hola –dijo Madame St. Onge. Tomó la mano de Robert y miró rápidamente, con neutralidad, a Georges-. ¿Qué has estado haciendo? Parece como si hubieras estado durmiendo en la cuneta.

–En una iglesia –dijo Robert-. Este es Georges, mi amigo.

“Hola, Georges”, dijo Madame St. Onge. “Pensé que sería solo una reunión familiar”.

“Nunca habría llegado hasta aquí si no hubiera sido por él”, dijo Robert. “No tenía dinero para el tren”.

–Te habría enviado dinero por transferencia –dijo Madame St. Onge-. Por favor –soltó su mano-. Haz que uno de los

sirvientes te prepare un baño. Y supongo que necesitarás a alguien que te lleve el equipaje. ¡Alain!

–No tengo equipaje –dijo Robert–. Y Georges sólo tiene su bolso.

–No pasa nada –dijo Georges–. De todas formas, probablemente debería volver a París.

–No, no –dijo Madame St. Onge–. Supongo que está bien. Georges puede quedarse en el dormitorio de invitados. No, está ocupado. Bueno, entonces puede quedarse contigo, en tu habitación. Ojalá me hubieras llamado cuando recibiste mi telegrama, eso es todo. Verás, la semana pasada tu padre sufrió un ataque bastante fuerte. Y luego ayer... bueno, ayer por la mañana falleció. El funeral será mañana. –Y se dio la vuelta y entró en el interior oscuro de la casa.

–Me voy a casa –dijo Georges–. ¿Estás bien?

–No –dijo Robert–. Quiero decir, estoy bien, pero no puedes irte a casa. Te agradecería que no te fueras a casa. No tienes que ir al funeral. Sólo hazme compañía. Por favor.

Georges respiró profundamente. –Claro –dijo. Cogió la maleta–. Vamos. ¿Dónde está tu habitación?

Entraron juntos en la casa. –¿Estás seguro de que estás bien? –preguntó Georges de nuevo–. Quiero decir... tu padre...

–No lo sé –dijo Robert–. Quiero decir... apenas lo recuerdo. Como esta casa. –Hizo un gesto hacia delante mientras subían las escaleras. Pero la casa empezaba a parecerle más familiar ahora: las alfombras orientales, las plantas en macetas, las cortinas cerradas y las luces que siempre eran demasiado tenues–. En un momento pensaré en algo bueno que decir sobre mi padre. Me dejó solo. ¿Qué te parece?

Robert abrió la primera puerta a la izquierda. –Esta es mi habitación. –Apretó el interruptor de la luz. La habitación parecía más grande que todo su apartamento. Los muebles pesados –la cama, el escritorio, las sillas– no habían cambiado desde su última visita–. Las que están al otro lado del pasillo son para mi hermano y mi hermana, Claude y Noelle. Supongo que los conocerás.

Entraron en la habitación y se sentaron en la cama cuidadosamente hecha. Georges dejó la maleta a sus pies. “No, es ella”, dijo Robert. “La forma en que le gusta cortar el suelo delante de mí. Siempre lo hacía, siempre. Le dices que dormiste en una iglesia y ella te dice que tu padre murió. Nunca puedes ganar con ella”.

Georges asintió. Parecía educado, pero confundido. –¿Cuánto tiempo...? –preguntó. Un hombre llamó a la puerta abierta y entró. –Su madre quiere saber si se ha bañado, señor –dijo el hombre–. Y luego le gustaría verlo en la biblioteca. –Sus ojos se posaron brevemente sobre Georges–. Solo. –Hizo una leve reverencia y se fue.

–Bueno –dijo Robert–. Ya está.

–Buena suerte –dijo Georges–. No dejes que te afecte.

–Lo intentaré –dijo Robert.

Madame St. Onge estaba sentada detrás del pesado escritorio de roble que había pertenecido a su padre. Qué típico, pensó Robert al entrar en la habitación. Sin previo aviso, el dolor se apoderó de él. Nunca volvería a ver a su padre sentado detrás de ese escritorio.

–Buenas tardes, Robert –dijo su madre–. Siéntate, por favor.

Él permaneció de pie. Ella lo ignoró y continuó. –Sé que tu padre... la muerte debe haber sido un golpe terrible para ti –dijo. Entonces sí que tiene sentimientos, pensó Robert, agradecido por la breve pausa antes de la palabra «muerte». –Pero hay un montón de asuntos que atender antes del funeral, antes de que todos empiecen a llegar. Así que... ¿estás seguro de que no quieres sentarte?

Robert negó con la cabeza. Empezaba a sentirse incómodo de pie. –Muy bien –dijo su madre–. Como sabes, tu padre y yo te hemos proporcionado una asignación desde que tenías dieciocho años. Robert asintió. ¿A qué se refiere?, pensó. Ah, el testamento. –Lo que quizá no sepas es que yo me opuse mucho a esta asignación desde el principio. –Asintió de nuevo, sin sorprenderse–. Creo en el trabajo duro, en

ganarte lo que tienes. Así que... Ya estamos a finales de noviembre. Recibirás tu asignación para el mes de diciembre. Pero eso es todo. Es hora de salir al mundo real, Robert, hora de conseguir un trabajo.

Robert no dijo nada. –Me gustaría saber cuáles son tus planes –dijo su madre–. Por supuesto, me encantaría ayudarte en lo que respecta a... una carrera. –Estaba vacilando, la última frase era casi una pregunta–. Siempre fuiste el difícil de la familia –dijo, volviendo a terreno familiar.

–No lo sé –dijo Robert finalmente–. He oído que por aquí se juega bastante bien. Quizá lo investigue.

Ella suspiró. “No seas tonta”, dijo. “Algún día aprenderás que tienes que crecer”.

–Bueno, entonces no lo sé –dijo–. No puedo tener una carrera. –Para su horror, sonó como si estuviera rogando–. Soy un poeta, un... un escritor. Ésa es mi carrera.

–Sí, por supuesto –dijo su madre–. Mira esa chaqueta que llevas puesta. Ahí es donde te lleva ser poeta.

–Ni siquiera es mía –dijo con vehemencia. Es absurdo, pensó. ¿Cómo me he dejado atrapar defendiendo la chaqueta de André?

–Claro que no –dijo ella–. Ni siquiera tienes dinero para comprarte una chaqueta. “Y ni siquiera conoces a nadie que te dé una chaqueta”, dijo.

“¿Quién crees que es más pobre, tú o yo?”

–No quise iniciar una discusión...

–No, porque perderías si lo hicieras...

–Simplemente te estoy diciendo cuáles son mis intenciones –dijo, levantándose y dando la vuelta al escritorio–. Lo que hagas ahora es asunto tuyo. Buen día. Salió de la habitación.

–Buen día –dijo. Estaba temblando.

Cuando ella se fue, Robert rodeó el escritorio y se sentó en la silla que había sido de su padre. Abrió el cajón superior y empezó a mirar los papeles distraídamente. Recibos de envío. Facturas de construcción. Una carta de una bodega. Se le ocurrió que ni siquiera sabía de dónde venía el dinero de su familia, el dinero que había gastado tan alegremente en bebidas, tocados extraños y grabaciones de blues. Y ahora todo eso llegaría a su fin. ¿Qué haría?

Claude entró en la habitación sin llamar. –He estado pensando en tu futuro, jovencito –dijo Robert, todavía sentado detrás del escritorio–. He decidido que lo mejor para ti, lo mejor para toda la familia, sería que te

convirtieras, digamos, en pastor. Puedo darte dinero para un abrigo cálido y un par de tijeras para esquilar, pero eso es todo. Ya es hora de que crezcas, ¿sabes?

–Ya ha hablado contigo, ¿verdad? –dijo Claude.

–Sí, lo ha hecho –dijo Robert. Se dio cuenta de que todavía tenía en la mano uno de los papeles y lo volvió a guardar en el cajón–. Supongo que ahora te harás cargo del negocio familiar, ¿no?

–Así es –dijo Claude, asintiendo con la cabeza con agrado–. ¿Qué te parece? Me vendría bien un compañero, alguien dispuesto a aprender. Tal vez incluso puedas quedarte en París.

Robert puso los pies sobre el escritorio. –Ni siquiera sé de qué trata el negocio –dijo. Pensó en Rimbaud, comerciante en la más oscura África. La idea seguía sin atraerle–. ¿Qué vendemos? ¿Esclavos negros? ¿Objetos de significado religioso? ¿Piedras malditas?

Claude suspiró. “Está bien, eres un poeta”, dijo. “No entiendo por qué los poetas no pueden hacer el esfuerzo de llevarse bien como todo el mundo”.

–Ah –dijo Robert–. Pero nosotros los poetas no podemos entender por qué los demás hacen el esfuerzo.

–Porque es civilizado, por eso –dijo Claude. Su voz no cambió–. Porque nuestra civilización depende de ello.

–¿Y adónde nos ha llevado eso? –dijo Robert. ¿Por qué soy el único de nuestra familia que se enfada?, pensó. –Cuatro años de locura, de locura en las trincheras: a eso conduce vuestra civilización. –Pensó en la gente del futuro –miles y miles de ellos– que habían decidido no seguir adelante. Pensó en Solange, que entendería todo lo que le había dicho a Claude y todo lo que quería decirle. Al menos sabía que no estaba solo.

–No quería hablar de política contigo –dijo Claude–. Sólo que...

–No estaba hablando de política...

–Sólo quería preguntarte si te gustaría trabajar. Ahora estoy empezando a arrepentirme de haberte hecho la oferta.

“No tienes por qué arrepentirte”, dijo Robert. “De todos modos, no lo aceptaría”.

–Está bien –dijo Claude–. ¿Qué vas a hacer con tu vida? ¿Vender poemas?

Robert miró por encima de sus pies y le sonrió. –Vender licor a los americanos –dijo–. Y esta vez –retiró los pies del escritorio–, voy a salir de la habitación primero. Buenos días.

–Se levantó y salió de la biblioteca.

Claude no le habló hasta el día siguiente, cuando le ofreció prestarle un traje y zapatos para el funeral. Robert, que todavía estaba con resaca por haber bebido y jugado la noche anterior con Georges, se puso el traje como era debido. Mientras la familia se dirigía al coche negro aparcado junto a la acera, su madre le dijo: «Claude, pensé que te había dicho que le consiguieras unos zapatos mejores».

–Lo hice, madre –dijo Claude.

“Eran demasiado grandes”, dijo Robert. “No hay nada malo con estos zapatos”.

–No pasa nada –dijo Madame St. Onge–. Hay un agujero en ese, ¿no lo ves? Oh, no importa. Pon los pies debajo del banco y espera que nadie lo note.

Claude abrió la puerta trasera para su madre y se sentó a su lado. –Supongo que nos sentaremos delante –le susurró Noelle a Robert. Estaba muy pálida con su vestido negro. Su esposo, de pie junto a ella, parecía un contraste casi intencional, con cabello rubio y rostro rubicundo. Por un momento, Robert no pudo recordar el nombre del hombre.

–No te preocupes –dijo Robert–. Yo me sentaré adelante con el conductor. Vosotros dos podéis sentaros atrás.

–No hay suficiente espacio –dijo Noelle. Seguía

susurrando, como si el cadáver estacionado unos cuantos autos atrás pudiera oírla. Al final, el esposo de Noelle se sentó en el asiento trasero y Noelle y Robert se sentaron adelante.

Nadie habló. Robert recordaba muy claramente haberle dicho a Georges la noche anterior: “Esta será la segunda vez en una semana que estaré dentro de una iglesia”, y Georges le había dicho: “Sí, y probablemente esta vez también dormirás”. Lucky Georges estaba de vuelta en los casinos ese día.

Noelle permaneció junto a Robert durante todo el servicio. “¿Recuerdas?”, dijo, susurrando por encima de la voz del sacerdote, “¿cómo él siempre decía que nos llevaría a América?”.

–¿Lo hizo? –preguntó Robert, escuchando a medias.

–Sí, lo hizo –dijo Noelle. Hizo una pausa–. Padre –dijo.

–No, yo...

“Tenía todos esos mapas en la biblioteca”, dijo Noelle. “Me pregunto si todavía están allí”.

–No lo sé –dijo Robert, intentando recordar.

“Un año incluso mandó a buscar información sobre viajes por mar”, dijo Noelle. Pronunció las palabras “viajes por

mar” como si tuvieran un significado especial solo para ella. Sus ojos, tan apagados en el coche, empezaron a brillar. “Dijo que Estados Unidos era más interesante que Francia porque en Estados Unidos todavía están aprendiendo a hacer las cosas, aunque muchas de las cosas que han aprendido están mal”.

Robert permaneció sentado en silencio. «Eso suena bastante inteligente», pensó. «Me pregunto por qué nunca supe nada de esto. Quizá de ahí surgió mi interés por el blues americano». «Nunca podré hablar con él sobre Estados Unidos», pensó, y de repente, para su horror, se puso a llorar. Una parte de su pasado se había ido, así de simple. «Maldita sea», pensó. «Ojalá hubiera podido despedirme».

Georges llegó a las siete de la mañana siguiente desde el casino. “Tenemos que salir de aquí”, dijo Robert, dándose la vuelta en la cama y abriendo un ojo.

–¿Qué? –dijo Georges, aflojándose la corbata–. Creí que estabas dormido.

–Sí, lo estaba –dijo Robert–. Tenemos que volver a París. Ahora.

–¿Ahora mismo? –dijo Georges–. ¿No eres tú el que suele dormir hasta el mediodía?

–Escucha –dijo Robert. Se sentó y se apoyó contra la cabecera de la cama–. Mi hermano está ocupado

preparándose para hacerse cargo de toda la finca. Mi hermana está tratando de hacerme volver a una infancia maravillosa que en realidad nunca existió. A mi madre no le gustan mis zapatos. Si nos vamos ahora, nos iremos antes de que se levanten.

–¿Tu... tu hermano? –dijo Georges–. Pero... ¿puede hacer eso? Quiero decir, ¿no hay testamento?

“Me han repudiado”, dijo Robert. “Me han desheredado. Me han cortado el paso. Me dicen que es hora de que madure. Volvamos a París. Tengo que estar a la altura de sus expectativas actuando de manera irresponsable otra vez”.

Georges se encogió de hombros. “Está bien”, dijo. “Supongo que podemos dormir en el camino”. Abrió la maleta y comenzó a recoger la ropa.

Madame St. Onge los recibió en la puerta principal. –¿Se van? –dijo–. Esperaba que se quedaran unos días. Aún no me han dicho... Bueno, sus planes...

Robert pasó junto a ella, llevando la maleta de Georges como prueba de su intención de marcharse. Noelle llegó hasta lo alto de las escaleras. –Adiós, Noelle –dijo–. Espero que puedas hacer tu viaje por mar. Caminó por el sendero de entrada, metió la maleta en el maletero del coche de Georges y trepó por la puerta hasta el asiento del pasajero.

Durmió casi todo el viaje de regreso. Le asaltaron sueños

extraños: tomaba un tren hacia América, cruzaba el océano... Un hombre moreno tocaba la guitarra. “Es duro para ti perder tu herencia de esa manera”, dijo Georges una vez después de haber estado despierto durante unos minutos, observando distraídamente el paisaje.

–Lo es –dijo Robert, que no quería hablar pero sentía que Georges se merecía algo. Logró mantener una conversación durante un rato (la distancia que separaba Grenoble de Lyon) y luego volvió a dormirse, agradecido.

Georges lo dejó frente a su apartamento. “Adiós”, dijo Georges. “Cuéntame cómo resulta todo”.

–Muy bien –dijo Robert–. Y gracias. Gracias por traerme. Lamento que no hayan sido las vacaciones que esperabas. Georges se encogió de hombros, tocó la bocina una vez y se fue.

Casi en cuanto Robert llegó a su habitación, se sentó y sacó un papel. “Uno a uno, los clientes habituales entraron en el café”, escribió. “El joven de pelo blanco que nunca bebía nada más que leche. La anciana con el gato sobre los hombros. El hombre gordo. La chica de dieciséis años. Esperaron en la oscuridad. Entonces la mujer de pelo oscuro comenzó a cantar”.

Dejó de escribir una vez para encender la luz cuando la habitación se oscureció, y otra para bajar a comprar

cigarrillos y comestibles. Escribió al día siguiente y al otro, ignorando a sus amigos, saliendo raramente de la habitación, cubriendo hojas y hojas de papel.

Trabajaba sin descanso. Algunos días escribía sin comer y sólo se daba cuenta de que tenía hambre cuando se levantaba.

Fuera de su habitación caía nieve, transformando París en un misterio y un silencio. Cada árbol se erguía solitario y desnudo, cada rama tenía su doble espectral de nieve.

En su mente y en el papel, la novela fue tomando forma. El personaje principal era una mujer alta y morena, líder (de algún modo) de un grupo de personajes callejeros. Las letras negras formaban la forma de su cabello. El papel blanco era su cuerpo. Poco a poco, se dio cuenta de que estaba escribiendo dos novelas, la del papel y la de su cabeza. En su mente, hablaba con Solange sin parar, sobre política, arte, amor, revolución. Ella respondía a todas sus preguntas. Él le hablaba de sus amigos, de su familia. Ella le daba la razón cien veces. Se maravillaba de su sutileza, se reía de sus chistes. Hacían el amor.

Un día alguien llamó a la puerta. Se levantó con cansancio, tratando de pensar cómo deshacerse del visitante. Era André, que llevaba unos papeles.

–Hola, Robert –dijo André, cerrando la puerta tras él. Su

presencia llenó la habitación—. ¿Qué has estado haciendo? No te hemos visto en el café desde hace semanas.

—Estoy escribiendo —dijo Robert y encendió un cigarrillo.

“¿Escribir? ¿Escribir qué?”

“Mi novela.”

—¿Tu novela? —dijo André—. Creí que habías desistido de esa idea.

—No —dijo Robert lentamente. Su mente todavía estaba concentrada en sus personajes. A pesar de la chaqueta que André le había regalado, tenía frío—. Me... me han repudiado.

“Georges me lo contó”, dijo André.

¿Qué más te dijo?, pensó Robert. ¿Te dijo que mi padre murió? ¿Por qué no puedes decirme nada? —No hay dinero —dijo Robert, encogiéndose de hombros—. Así que... es hora de salir al mundo real.

“¡Absolutamente no!”, dijo André.

Robert sonrió. Era el amigo que recordaba de años atrás. “Estoy de acuerdo”, dijo. “Por eso estoy escribiendo la novela. Si se publica no tendré que ir a trabajar”.

—¿Puedo leerla? —dijo André. —Espera. Te he traído esto —dijo, entregándole a Robert los papeles bajo el brazo—. *El*

Manifiesto del Surrealismo. Lo escribí la semana pasada. Ahora somos un movimiento, con un nombre y un propósito. Puedo añadir tu nombre a los otros que lo han firmado.

Robert se sentó en la silla que había junto al escritorio. André se sentó en la cama. Leyerón en silencio durante un rato. El cigarrillo de Robert se apagó sin que nadie se diera cuenta. Por fin André levantó la vista. «El vendedor de flores ciego asintió», leyó. «El carterista se rascó las rodillas. La mujer de cabello oscuro los miró a todos sin remordimientos. «¿No lo ven? –dijo–. Así es como hay que hacerlo».

Robert miró a su amigo, perplejo. “No, lo siento”, dijo André. “Esto es inaceptable”. Tomó la primera página del manuscrito y la rompió por la mitad.

–¿Qué estás haciendo? –dijo Robert alarmado. Le arrebató a André el resto del manuscrito de las manos mientras éste rompía la segunda página por la mitad–. ¡Detente!

–Esto es inaceptable –repitió André. Sólo entonces Robert se dio cuenta de lo enfadado que estaba–. Es exactamente lo que yo decía en el manifiesto. ¡Una serie de descripciones, una serie de postales! No, esto es un desastre de principio a fin. Es un fracaso, Robert. Entiérralo ahora.

–¿Cómo te atreves? –dijo Robert. La ira le ahogaba las palabras–. ¿Cómo te atreves a romper mi manuscrito?

¿Cómo te atreves a entrar en mi habitación, a entrar en mi habitación sin invitación, y a decirme que solo hay una manera de escribir, y que es la tuya? ¿Que todo lo demás debería ser destruido, enterrado, olvidado?

“¿No puedes estar orgulloso de esto... de este catálogo? Escribe un poema. Escribe una carta al presidente o a Buster Keaton. Cualquier cosa sería mejor que esto. La única forma en que podría publicar esta parodia sería como un ejemplo de lo que hay que evitar”.

–Sal de aquí –dijo Robert–. ¿Quién te pidió que lo publicaras?

–Yo... –dijo André.

–Vete –dijo Robert–. No quiero volver a verte nunca más. Estoy ocupado escribiendo lo que quiero escribir, lo que tú me impediste escribir durante siete años. Si no te vuelvo a ver, mi vida habrá dado un giro para mejor.

–Está bien –dijo André–. Está bien. No esperes venir al café. A partir de este momento ya no estás en el movimiento. Nunca en mi vida cometí un error de juicio tan grave como el día que te conté mis teorías por primera vez. La adivina del mercadillo tenía razón: me decepcionó una amiga. Mi amiga más antigua.

–No me llames amigo –dijo Robert–. ¿Sabes por qué no sentí nada cuando me enteré de que mi padre había

muerto? Porque ya tenía a alguien en la lista para ocupar el puesto. Siempre has querido ser mi padre, mi maestro, mi sacerdote... cualquier cosa menos mi amigo. Así que adelante... excomúlgame. Pero cuando todos tus supuestos amigos se hayan ido, no vuelvas a mí. Tengo mejores cosas que hacer.

–Claro que sí –dijo André–. Tienes que escribir basura que publicará el editor más simple de París. Tienes razón: probablemente podrás ganarte la vida escribiendo. En París hay más tontos que deshollinadores.

Cerró la puerta de golpe. Robert, todavía temblando, no se le ocurría nada que gritarle para resumir siete años de amistad. Se sentó en el borde de la cama, sosteniendo todavía el manifiesto en la mano. Fuera de su ventana, el débil sol de invierno se ponía detrás de un montón de casas. No se movió durante un largo rato. ¿Qué he hecho?, pensó. ¿Qué he hecho?

Capítulo V

“Transformar el mundo”, decía Marx; “cambiar la vida”, decía Rimbaud: para nosotros, estas dos consignas son una sola y misma”.

André Bretón

Robert se reclinó en su silla y se estiró hasta que sus hombros crujieron. Había pasado una semana desde la visita de André y ya había escrito suficiente del libro como para que él viera hacia dónde iba. Cuando volvió a pasar la página, oyó el sonido de algo que crujía y miró a su alrededor a tiempo de ver un trozo de papel que pasaba por debajo de la puerta. Suspiró. El capítulo estaba casi terminado. Se levantó y fue a la puerta a recogerlo.

«No basta con sentarse en los cafés a beber granadina y decir tonterías maravillosas», leyó. La letra hermosamente clara de André era inconfundible. «Si el surrealismo es un juego, entonces es un juego en el que se juegan grandes apuestas y se juega en todo el mundo. Un cierto compromiso, no de unas pocas horas, o unos pocos poemas, o unos pocos chistes, sino un compromiso *de por vida*...

Siguió leyendo. André había dicho lo que quería decir, y entonces, pensó, un poco aturdido, que lo estaban expulsando del movimiento.

Sólo entonces se le ocurrió abrir la puerta, pero André, por supuesto, ya se había ido. ¿Cómo consigue pasar a la conserje?, se preguntó Robert, recordando de repente la descripción que Antonin había hecho de André como un «verdadero mago». No, eso era ridículo. Volvió a mirar el documento que tenía en la mano, preguntándose qué hacer a continuación.

De pronto, las paredes de su apartamento se le cerraron demasiado. La puerta seguía abierta: París solicitaba su presencia ante mil descubrimientos nuevos y antiguos. Tomó su chaqueta del respaldo de la silla y bajó las escaleras para dar su primer paseo en casi un mes.

París yacía cubierto de nieve, silencioso, blanco, inexplorado. Una vez más, el mundo había cambiado por completo con el acto de doblar una esquina. Eligió un camino

al azar –casualidad objetiva, dijo André en su cabeza– y partió.

«Todos se han ido», pensó, mientras encendía un cigarrillo y tiraba la cerilla a la nieve. El silencio era opresivo. «Mi vida es tan monótona como este paisaje. Mi padre se ha ido para siempre. El resto de la familia... bien podría ser para siempre. Probablemente nunca volverán a hablarme. No he visto a Hélène desde hace un mes... Me pregunto con quién se habrá juntado. Y Solange», pensó. Su boca se torció. «No, Solange era un sueño».

Pasó por delante de la ópera y se ajustó el abrigo. ¿Y qué les estaba pasando a André y a los demás? «Es una historia que nunca voy a terminar», pensó. «Tampoco volveré a ver a ninguna de esas personas». «No es que me importe», pensó desafiante. «Ya es hora de que los deje, de que crezca. Ya es hora de que empiece a hacer mi propio trabajo, en lugar de quedarme a la sombra de André». Me pregunto cuántos críticos llamarán «surrealista» a mi libro cuando lo reseñen. Bueno, al diablo con ellos. Al diablo con todos. Los azotaré si lo hacen, como Louis sigue amenazando con hacerlo si alguien vuelve a reseñar sus libros. Es curioso cómo sigo pensando en ese grupo. Quizá todavía los eche un poco de menos. Pero eso pasará. Conoceré gente nueva.

Miró a su alrededor. Los jardines de las Tullerías estaban frente a él y entró, rozando árboles y estatuas. Caía nieve suave a su alrededor. Las estatuas parecen frías, pensó.

Alguien debería darles abrigo de piel para el invierno. Miró hacia el camino principal en busca de un banco y la vio una vez más. Solange.

Esta vez estaba más enojado que sorprendido. La ira subyacente que había comenzado con la excomunión de André y que seguía incluyendo a todos los que lo habían abandonado brotó en su interior ahora. Se acercó y se sentó en el banco junto a ella.

—Hola —dijo ella. Él había olvidado lo musical que era su voz.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo con dureza. Ignoró su cercanía, su voz, su cabello—. ¿Me dices que no tienes suficiente tiempo para mí y te escapas mientras yo me quedo ahí parado y parezco un maldito idiota? Podríamos hacerlo de nuevo si quieres. Me he vuelto bastante bueno en eso.

"Lo siento", dijo ella.

—Lo sientes —dijo él, sin dejarla continuar—. Eso es bueno. Me alegra que tengas sentimientos sobre algo. ¿Tienes idea de lo que me ha estado pasando mientras no estabas? Mi vida entera ha cambiado. He pasado la última hora preguntándome si soy la última persona que queda en la Tierra. A veces siento que lo soy.

—Lo siento —dijo de nuevo—. No sabía que aparecerías cuando lo hiciste la última vez. El tiempo fluye, no siempre podemos controlar lo que sucede. Pero hemos aprendido un

poco más sobre las cosas desde entonces. Debería... –se detuvo, respiró profundamente–. Debería quedarme aquí un rato. Así que ahora puedes hacerme preguntas. Si quieres –dijo casi tímidamente.

–¡Si quiero! –dijo, estallando. Toda su ira lo abandonaba y pensaba que era injusto porque no creía que ella pudiera librarse tan fácilmente–. Si quiero. ¿Sabes que no he pensado en nada más que en ti durante... a veces durante días seguidos? –tartamudeó un poco, recordando algunas de las cosas que había imaginado que harían juntos–. Supongo... Supongo que estoy enamorado de ti. Es ridículo, lo sé –dijo, hablando rápidamente, con la esperanza de evitar que ella lo interrumpiera con explicaciones–. Sólo te he visto dos veces. Tres veces ya. Y tengo la fotografía. No puedo explicarlo... nunca me había pasado antes. ¡Y ni siquiera sé tu nombre! –Se detuvo. Tenía la sensación de que había estado balbuceando tonterías.

–Solange –dijo. Él la observó atentamente, deseando poder leer su expresión, pensando que de alguna manera había perdido o nunca había encontrado la clave de sus estados de ánimo: esperanza, anticipación, aprensión y... ¿Era felicidad? ¿Sus palabras la habían hecho feliz?

–Solange –dijo, intentando ordenar sus pensamientos, para ser racional–. Está bien. Supongo que debería escuchar tu historia, quién eres, de dónde vienes. Yo... Diablos, ni siquiera sé por dónde empezar a hacer preguntas. Dime algo,

cualquier cosa. ¿En qué día naciste?

–El veintiuno de mayo –dijo–. Mil novecientos cuarenta y nueve.

Arqueó las cejas. –Eso *pensé* –dijo en voz baja–. En el futuro. Pero ¿cómo?

–No lo sabemos realmente –dijo ella. La miró de nuevo. Era la primera vez que la veía sentada y quieta, y de alguna manera parecía extraño. Debería estar en movimiento. Toda su emoción y su impulso se habían concentrado en sus ojos, que parecían desprender chispas, y en sus manos–. La rebelión... es una rebelión contra todo. Estamos liberando algo... algo que ni siquiera sabíamos que estaba encadenado. Sueños, locura. Incluso restricciones en el tiempo. ¿Alguna vez has pensado... alguna vez te has preguntado por qué el tiempo fluye solo en una dirección?

“Sí”, dijo. “¿Por qué?”

“No lo sé”, dijo. “Pero ¿por qué debería hacerlo? Ahora estamos haciendo preguntas, no sólo a los profesores y a los presidentes, sino al universo mismo. Hemos abierto algo dentro de nosotros, algo nuevo. Queremos cambiarlo todo”, dijo con firmeza.

“Y así descubriste que podías caminar a través del tiempo”, dijo.

–Sí –dijo ella–. Cuando las condiciones son propicias, se puede viajar a través del tiempo. Tiene que ver con los sueños. Creo que podría explicártelo si tuviera tiempo suficiente. Nos dimos cuenta de que necesitábamos ayuda y pensamos que podríamos obtenerla del pasado. Y pensamos que los surrealistas, puesto que eran los más cercanos a nosotros en espíritu, podrían ayudarnos más. –Sus ojos brillaban mientras hablaba. Ahora que él sabía su edad, se dio cuenta de que era mucho más joven de lo que había pensado al principio–. Y te elegimos a ti... bueno, yo te elegí a ti porque era la que podía viajar a través del tiempo con más facilidad. Te elegí a ti porque tienes el mejor sentido del humor. –Entonces lo miró con gran energía y desafío, casi retándolo a que le dijera que esa era una forma terrible de tomar una decisión.

Se rió. “Lo siento”, dijo, encantado de haber sido él el elegido. “Ojalá pudiera ayudarte. Me han expulsado. Me han excomulgado. Ya no soy un surrealista”.

“Bueno, sabíamos que eso sucedería”, dijo. “Ya ves, habíamos leído los libros de historia”.

Se estremeció. Alguien está caminando sobre mi tumba, pensó. Se sintió como en el futuro, fuera de lugar, arrojado fuera del tiempo. Solo tenía que preguntarle sobre esos libros de historia y lo sabría... –¿Por qué me contactaste, entonces? –preguntó, tratando de disipar sus oscuros pensamientos–. No he estado en el café en más de un mes.

“Me gustaría pedirte que regreses”, dijo.

–Irme... No. No, no lo creo –dijo–. Mi libertad significa mucho para mí. ¿De verdad creías que volvería sólo porque me lo pidieras?

–Eso esperaba –dijo, con las manos quietas por un momento–. Creo que lo harás.

–Tú crees –dijo, intentando distinguir los tiempos pasado y futuro–. O lo que dicen los libros de historia. ¿Cuál es?

Ella negó con la cabeza. “Los libros de historia no dicen nada sobre esta parte de tu vida”, dijo. “Creemos que volverás cuando te cuente nuestra historia”.

–Muy bien –dijo–. Cuéntame algo sobre ti.

–Primero teníamos que averiguar cómo llegar a ti –dijo, como si estuviera empezando un cuento de hadas–. Fue idea mía venderte el disco en el mercadillo. Sé que coleccionabas artistas del blues americano.

–Ya lo sabías –dijo. Intentó disimular su asombro. ¿Cuánto más sabían de él?

“Entonces le pedí a un amigo mío, un hombre de España, que dejara el disco sobre la mesa”, dijo Solange.

–¡El hombre con acento! –dijo–. Ahora lo recuerdo.

“Y luego fuiste y dejaste el disco en el café ...”

–Entonces, me lo tuviste que devolver a la Oficina de Investigación Surrealista –dijo–. Pero ¿por qué está roto?

“No lo está”, dijo. “Se puede reproducir. Podrás hacerlo en el futuro”.

–Pero ¿por qué...? –dijo, sintiéndose atrapado. Quería gritar. Cada respuesta sólo conducía a otra pregunta.

“Tiene que ver con la forma en que se hacen los discos”, dijo. “Los surcos están más juntos en los nuestros, no se pueden reproducir en vuestras máquinas. Pero no nos dimos cuenta de eso hasta más tarde”. Se rió. “Creo que funcionó de todos modos. Sin duda, despertó tu curiosidad”.

"Estoy bastante frustrado, sin duda", dijo.

–Lo siento –dijo de nuevo, pero esta vez sus ojos brillaron.

“¿Y la adivina del mercadillo?”, preguntó.

“Ella no era una de nosotros”, dijo Solange. “No sé cómo lo sabía. No lo sabemos, hay tantas cosas que no sabemos. Ninguno de nosotros es científico. Bueno, algunos de nosotros estudiamos ciencias en la Sorbona, antes de que todo cambiara. Pero ésta no es una ciencia que se pueda estudiar en cualquier parte. Ni siquiera sé cómo se llamaría”.

Él debió de parecer inseguro, porque ella continuó: –Por ejemplo... Bueno, el día que nos pusimos en contacto con usted, el día que llegamos al pasado, su reloj se paró. Se paró a la una menos cuarto. Robert asintió. Ya no podía más que asombrarse, en un lugar donde las maravillas sucedían con tanta regularidad como los dientes de león. –Dentro de unos años, un surrealista llamado Magritte pintará un cuadro de una locomotora saliendo de una chimenea. El cuadro se llamará... se llamará... «El tiempo transfigurado». Y el reloj de la repisa de la chimenea estará parado a la una menos cuarto.

Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y la dejó escapar. “¿Por qué?”, preguntó.

–No lo sé –dijo Solange–. Tu amigo Breton tiene razón. No todo tiene una explicación racional.

–Está bien –dijo Robert, y luego, tardíamente–: No es mi amigo. Pero ¿qué quieres de mí? ¿Por qué has estudiado mi vida con tanto detenimiento? Parece que sabes más sobre mí que yo mismo.

Solange se rió. “No es tan difícil”, dijo. “Has escrito, y escribirás, bastante sobre ti. Y la razón por la que lo leí todo, bueno, una de las razones, es que necesitamos tu ayuda”.

“¿Mi ayuda?”, dijo Robert. “¿Pero qué puedo hacer yo? No pude hacer nada las dos veces que estuve allí”.

“Queríamos mostrarte... bueno, mostrarles en qué creemos, cómo vivimos. Para obtener tu aprobación”.

–Bueno –dijo Robert. Volvía a sentirse en terreno familiar. Así había sido una de sus conversaciones imaginarias–. ¿En qué crees, entonces? Supongo que debería decirte que no creo en nada. En ningún sistema como el comunismo o el capitalismo. La vida es demasiado extraña para encajar en ningún sistema. Sólo quiero...

–Pasar un buen rato –dijo Solange–. Lo sé. Ya sé mucho sobre los surrealistas. Algo que dijo uno de mis profesores el año pasado... Ni siquiera recuerdo lo que era. Una cita de Breton, tal vez. Me fascinó. Fui a la biblioteca y leí casi todo lo que tenían sobre el tema. Y leí sobre ti... Por primera vez, pensó que ella parecía avergonzada, pero incluso esa emoción estaba mezclada con otras: desafío, risa. Estudió su abrigo rojo brillante de invierno, tratando de no avergonzarla más, esperando que continuara.

–Bueno, pensé que eras interesante. –Ella todavía no podía mirarlo a los ojos–. Todo esto, todo este proyecto, fue idea mía. ¡Como si tuviera tiempo suficiente para emprender otro proyecto! –Se rió–. Pero siempre quise conocer a los surrealistas. Especialmente a ti. –Entonces lo miró–. Verás, todo lo que había leído sobre ti... estaba segura de que eras un revolucionario y no me daba cuenta. Dices que no crees en el comunismo ni en el capitalismo. Pero nosotros tampoco. Somos anarquistas, si quieres llamarnos de alguna

manera. Pero eso es demasiado simple, en realidad. Lo que queremos, por lo que todos estamos trabajando, es el fin de la política burguesa. El fin de las divisiones. Todos somos libres de perseguir nuestros propios deseos.

“Es fácil decirlo”, dijo. “No sé cómo lo vas a hacer”.

“Puedes hacerlo si todos quieren hacerlo”, dijo. “Esa es la situación en la que nos encontramos ahora. Todos se están uniendo a la huelga. Todos están diciendo no a los poderes que tienen el control. Es una especie de salto cuántico” —él pareció confundido por un momento y ella buscó otra palabra—, un cambio gigantesco en la forma de pensar de la gente. Todos saben estas cosas. Sólo hay que señalarles que las saben”.

—Y necesitas mi ayuda para decirles esto. —Robert sacudió la cabeza—. He intentado decírselo toda mi vida —dijo—. Mira, dije. El mundo podría ser un lugar muy diferente y maravilloso. Todo el mundo cambia de bebida, cambia de ropa, cambia de creencias, cambia de vida. Quería sacudirlos, acelerar las coincidencias. Si eso es ser revolucionario, entonces, a mi manera pequeña y solitaria, yo era un revolucionario. Sin seguidores, sin seguir a nadie. Lo único que hizo por mí fue que me desheredaran. Estoy cansado. Aquí estamos, en 1924...

“Veinticinco”, dijo Solange.

"¿Qué?"

"Estamos en 1925", dijo. "Te perdiste el día de Año Nuevo".

"¿Lo ves?", dijo. "Mi vida se me escapa. Debería haber hecho algo ya, debería haber logrado algo. Todo lo que he logrado hasta ahora es seguir siendo un niño siempre".

"Pero ese es un logro maravilloso", dijo. "Es una de las cosas que admiro de ti. Crecer me parece algo terriblemente sobrevalorado".

—Lo sé —dijo—. Cuando era más joven, pensaba que convertirse en adulto era algo así como morir. Uno había alcanzado un estado de estancamiento. Hacer las mismas cosas con las mismas personas a las mismas horas... Todavía me siento así. Siento que, por extraño que suene, permanecer en el grupo de André durante tanto tiempo fue una especie de estancamiento. Pero quiero hacer algo. Quiero escribir una novela. Supongo que ustedes tampoco aprueban la novela.

"En realidad no", dijo. "La mayoría de nosotros pensamos que es una forma de arte muerta".

—Así que ahí estás —dijo—. ¿Por qué no me dejaste en paz, por qué no me dejaste escribir mi novela en paz? No puedes pedirme que luche contra una revolución en la que no creo. He estado pensando todo el día que la vida es vacía,

monótona, estática. Vuelve a tu primavera y déjame quedarme aquí en invierno. No puedo hacer nada para ayudarte. ¿Por qué decía esas cosas? ¿Sólo quería que ella siguiera hablando? No podía sentir que la vida estaba vacía cuando estaba llena de encuentros maravillosos como este. Estaba casi dispuesto a ir a donde ella le pidiera, a luchar por ella en una fantástica revolución surrealista.

–No te lo estoy pidiendo a ti, Robert –dijo. Él se estremeció. Sabía que habría más, sabía que ella no se iría tan fácilmente–. Estoy... bueno, estamos desesperados. Las cosas han ido mal. Te necesitamos.

“¿Por qué?”, preguntó. “¿Cómo?”

“El presidente pronunció un discurso en televisión”, dijo. Él volvió a quedarse en blanco y ella dijo: “Televisión. Bueno...”. Ella se rió. Él se encogió de hombros y se rió con ella. “De todos modos, pronunció un discurso. Las cosas están cambiando a su favor. Medio millón de personas marcharon en su apoyo esa noche”.

Él asintió para demostrar que entendía. “Y no es sólo eso”, dijo ella. “Es... ¿Recuerdas a la gente en el escenario durante la manifestación? ¿Los malabaristas?”

Asintió de nuevo. “Me preguntaba sobre ellos”, dijo.

–Son de mi grupo –dijo–. Algunos de ellos, y otros eran sólo personas de la manifestación. Han logrado abrirse paso

hacia... no sé cómo lo llamarías. Hacia otro reino. El reino de los sueños, tal vez. De todos modos, mantienen abiertas las avenidas del tiempo. Y esa cosa... esa cosa que apareció al final... –Se estremeció. Era la primera vez que la veía asustada–. También ha descubierto las avenidas. No sé de dónde viene. Tal vez sea algo de todos nuestros sueños, de nuestras pesadillas de poder y dominación. Está ganando el control. Una persona... una persona ya ha sido encontrada con la garganta desgarrada.

“Podría ser cualquiera”, dijo, sin querer enfrentarse a sus recuerdos del hombre de la máscara. “Podría haber sido la policía”.

–Parecía... parecía unas garras –dijo ella, tan suavemente que él no estaba seguro de haberla oído bien–. No sabemos... ninguno de nosotros sabe qué hacer.

–Pero ¿por qué me lo preguntas? –dijo–. Ni siquiera sé qué es la televesión. –Pronunció la frase un poco mal y ella se rió un momento, aliviando la tensión que le rodeaba la boca y los ojos. Decidió que quería hacerla reír más a menudo.

–Bueno, pensamos que los surrealistas podrían ser capaces de inventar algo. Ya sabes lo que son los sueños, el inconsciente. Incluso si no sabes qué es la criatura...

"No, no lo hago", dijo.

– “Puede que se te ocurra una idea nueva, algo en lo que

no habíamos pensado. Esa es una de las cosas que me gustaban de los surrealistas: probablemente fueron la fuerza más creativa de su tiempo”.

–¿Sí? –preguntó Robert sorprendido. Había pensado en las reuniones del café como un lugar para ir por la noche.

–Sí, lo sois–dijo ella, asintiendo. Vio su duda y asintió de nuevo–. De verdad.

“Espera un momento”, dijo. “Aquí tienes una idea creativa. ¿Por qué no te lanzas al futuro, a tu futuro, y ves cómo resulta todo?”

Ella se rió de nuevo. Mucho mejor, pensó él. “Ya lo intentamos”, dijo. “No podemos llegar al futuro. No sabemos por qué”.

“Yo pude”, dijo.

“Necesitas un guía, alguien que te lleve hasta allí”, dijo. “Te acompañé las dos veces que fuiste, aunque no estoy muy segura de cómo lo hice la segunda vez. Y te llevaré de nuevo, si quieres ir”.

Dudó. Tenía muchas ganas de encender un cigarrillo, pero algo le decía que a ella no le gustaría. –Te necesitamos –dijo. Lo miró con la intensidad de un alambre quemado–. Tú y tus amigos podrían ser los que marquen la diferencia, la diferencia entre ganar o perder todo.

–¿Cómo puedo ir? –dijo, queriendo convencerse, descongelándose a pesar del frío–. No creo en la política. En las causas. Ni siquiera en las tuyas.

–Pero nosotros tampoco creemos en las causas –dijo ella, con el rostro tenso–. ¿No lo ves? Queremos las mismas cosas. Pero tú las quieres sólo para ti, y nosotros... nosotros las queremos para todo el mundo.

«Es verdad, lo hago», estuvo a punto de decir. «¿Qué hay de malo en eso?», pero se detuvo. Se encontró escuchando su voz y preguntándose de nuevo cómo sonaba cuando cantaba. Sintió la necesidad, fuerte como el hambre, de escuchar el disco que ella le había dejado. Su corazón se animó. La seguiría al futuro, seguiría su destino, cambiaría su vida, comenzaría aventuras de nuevo. «Está bien», dijo. «Lo haré. Pero no porque crea en tu política. Lo haré porque suena divertido».

–Eso pensé –dijo ella, sonriendo. La tensión había desaparecido de su rostro, esta vez, al parecer, para siempre–. Ésa es otra razón por la que te elegí.

–Y no te voy a mentir, quiero volver a verte. Pero no puedo... no puedes pedirme que hable con André. No puedo volver a verlo. Hay demasiado orgullo, promesas incumplidas, amistades enredadas...

–Pero también lo necesitamos a él –dijo–. Los necesitamos a ambos.

–Está bien –dijo, ahora enfadado. ¿Qué quería ella de André? Se sentía utilizado, un medio para un fin–. ¿Por qué te molestaste en preguntarme, entonces? ¿Por qué decidiste hablar conmigo justo en el momento en que dejé de verlo? Ya te lo he dicho: no puedo ir a hablar con él. Nunca volveremos a hablarnos.

“Tenía la esperanza de que cambiaras de opinión”, dijo. “Tenía la esperanza de que tu amistad superara todo”.

–Bueno, no será así –dijo–. Vaya a hablar con él. Envíelo hacia el futuro, vea qué piensa de una verdadera revolución. Ahora voy a volver a trabajar. –Se puso de pie y buscó un cigarrillo en el bolsillo. Sustituiría sus propios sentimientos a medio formar por las creencias de ella, dejaría de escribir, de vivir por ella y por su causa, pero eso era lo único que no haría. No volvería a hablar con André, no podría hacerlo. Si ella le hacía esa pregunta, a pesar de su amor por ella, a pesar de la forma en que se le aceleraba el corazón cada vez que la veía, nunca volvería a verla. La dejaría de lado como había dejado de lado a todos los demás, a su familia y a sus amigos.

–Espera –dijo–. Por favor. Te necesitamos en esto. De alguna manera sé que es así. A ti y a André. Por favor, habla con él.

Se encogió de hombros y encendió el cigarrillo. Le temblaban los dedos. –Ya te lo he dicho, no puedo –dijo–. De verdad, deberías ir tú misma al café si crees que es tan importante. Le he hablado un poco de ti; probablemente le interese conocerte. Ahora tengo que *irme*.

Se dio la vuelta y se alejó de ella. No pudo resistirse a echar una última mirada hacia atrás. “Adiós”, dijo. “Te veré de nuevo”.

Se preguntó si eso era cierto. Tal vez ella sabía algo que él no sabía. Esperaba fervientemente que así fuera. No creía poder soportar una vida sin ella, una vida en la que todos los colores se habían agotado. Ella le brindaba la emoción que había encontrado antes con André y sus amigos. Pero ¿por qué le hacía exigencias imposibles? ¿Por qué no podía aceptarlo como era, aceptar el hecho de que su amistad con André había terminado? Se detuvo antes de enojarse demasiado con ella. Pero una parte de él todavía la resentía por sus misteriosas apariciones y desapariciones, por la forma en que había logrado que la amara.

Caminó lentamente de regreso a su apartamento. La nieve había parado. Se dio cuenta de que casi había empezado a calentarse, de que el calor de la discusión lo había calentado. Parecía que el sol saldría en algún momento del día.

Durante el resto de la semana escribió sin parar, y una vez se detuvo para escuchar a Sidney Bechet en un café de

Montparnasse. Evitaba el lugar donde trabajaba Hélène. ¿Qué podía decirle?, pensó. ¿Que una parte de mi vida había terminado? La imaginó yendo a trabajar sin parar y volviendo a casa para estar con él, tal vez para encontrar a otra persona. Mis problemas no tienen nada que ver con ella, pensó. Tal vez la vea más tarde, cuando haya solucionado todo.

Regresó a su apartamento tarde, alrededor de las cuatro de la mañana. Había pasado la mayor parte de la noche contándoles a todos dónde había estado y negando los rumores descabellados que habían surgido durante su ausencia. Subió las escaleras con actitud desafiante, haciendo todo el ruido que pudo. La conserje se había vuelto complaciente últimamente. En la oscuridad, buscó a tientas el pomo de la puerta y abrió.

Alguien estaba sentado en la cama, sosteniendo algo. A la luz –¿quién la había encendido? –se preguntó–, sólo pudo distinguir que no era una mujer. Parpadeó un par de veces. –Hola –dijo André.

–Hola –dijo Robert estúpidamente–. ¿Cómo lograste pasar a la conserje?

–Ella sabe que soy amigo tuyo –dijo André–. Dice que aún no has pagado el alquiler de enero. ¿Es eso lo primero que tienes que decirme?

–Estoy cansado –dijo Robert–. Si quieres saber la verdad, no te quiero en mi habitación. ¿Rompiste algo mientras yo no estaba? No, todo parece... ¿Qué demonios es eso? –dijo, notando por primera vez el objeto que André sostenía en su regazo.

“Volví al mercadillo”, dijo André. “Quería ver si la mujer todavía estaba allí, la adivina, la que te había predicho cosas tan maravillosas”.

–¿Y lo estaba? –preguntó Robert, interesado a pesar suyo. Va a ser una noche larga, pensó con cansancio y se sentó en la silla.

–No –dijo André–, pero encontré esto. –Levantó el objeto. Era una caja de madera que contenía un resorte, una especie de mecanismo, algunas plumas y una copa azul que contenía un globo terráqueo. La caja estaba empapelada con estrellas.

–¿Qué pasa? –preguntó Robert.

“Un objeto encontrado”, dijo André.

–Sí, pero... –dijo Robert.

“No lo sé”, dijo André. “Es intrigante. No tiene ninguna función, o si la tiene, su función es hacerte pensar todo tipo de pensamientos que no puedes describir. Es un objeto de los sueños”.

–¿Dónde lo encontraste? –dijo Robert, comenzando a despertar.

“En el mercado de pulgas, le dije...”

–Sí, pero ¿dónde en el mercadillo? –preguntó Robert.
–Tiene un propósito claro. Creo que sé cuál es.

–Cerca de donde estaba la adivina –dijo André–. No me acuerdo bien. ¿Qué es? Estaba sobre una mesa con abanicos y guantes de mujer...

“¿Y las grabaciones fonográficas?”, preguntó Robert.

–No sé... Espera. Recuerdo que había un tocadiscos allí. Probablemente también había algunas grabaciones. ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

Habían seguido su consejo y se habían puesto en contacto con André, le habían proporcionado un objeto que sólo a él le importaba. André estaba a punto de embarcarse en un viaje de aventuras y dejarlo atrás, y todo por culpa de una estúpida pelea... No. Cerró los ojos, intentando pensar. No había sido una estúpida pelea, había sido su lucha por la libertad, por la independencia. –¿Robert? –dijo André, sonando lejano. Abrió los ojos–. ¿Qué ibas a decir? No te duermas.

–Estoy cansado –dijo Robert–. Déjame dormir. Déjame pensarlo. Te lo contaré más tarde.

–No puedes... –dijo André.

–Sí, puedo –dijo Robert–. ¿Recuerdas que la última vez que hablaste conmigo me dijiste que no querías volver a verme? –Lo dijo sin enojo, casi como si estuviera recordando algo que había sucedido hacía treinta años–. Por favor. Hablaré contigo más tarde. En el café. Buenas noches.

–Está bien –dijo André. Se puso de pie, sujetando con cuidado el objeto que había encontrado–. Mañana en el café.

No dije nada sobre mañana, pensó Robert, pero le hizo un gesto con la cabeza a André mientras éste salía.

Al día siguiente no pudo escribir nada. Era injusto que se hubieran puesto en contacto con André, que lo hubieran preferido a él. Era perfectamente justo, después de todo, él mismo se lo había sugerido. Su mente se negaba a mantener la misma opinión dos veces. Nunca volvería a ver a André. Le diría a Solange que se olvidara de los surrealistas y regresara al futuro. Se encontraría con André en el café y viajarían juntos al futuro. A eso de las tres o las cuatro de la tarde oyó que llamaban a su puerta.

–Hola –dijo la conserje, resoplando tras la subida a su apartamento.

–Hola –dijo, y apagó el tocadiscos.

–Probablemente pienses –dijo. Hizo una pausa para recuperar el aliento– que no sé nada. Que soy completamente ignorante de lo que sucede por aquí.

–¿Qué quieres decir? –dijo Robert.

–Conozco gente, ¿sabes? –dijo la conserje.

Robert se preguntó qué edad tendría. Parecía haber nacido corpulenta–. Me entero de lo que pasa, sobre todo cuando se trata de mi casa. No importa quién me lo haya dicho, pero he descubierto quién era el visitante que tuviste anoche. Dijo que era un amigo tuyo. –Se rió sin alegría.

–¿Quién era él? –preguntó Robert.

Ella lo miró con desconfianza, tratando de decidir si se estaba burlando de ella. “André Breton, ese era él”, dijo. “El que anda por ahí diciendo todas esas cosas terribles sobre Francia. Si regresa aquí... ¡No te rías de mí! He conocido a muchos jóvenes como tú, desagradecidos por todo lo que hemos hecho por ellos en la guerra”.

–Estoy muy agradecido –dijo Robert, apoyándose en el marco de la puerta–. Probablemente no habría podido permitirme visitar Alemania solo.

–¡No te rías! –dijo–. Dile a tu amigo André que no es bienvenido en mi casa. Y si supieras la mitad de las cosas que ha hecho, tampoco lo querrías aquí. Irrumpiendo en cenas

elegantes gritando «¡Viva Alemania!», balanceándose en candelabros...

Ése era yo, pensó Robert. Me balanceé desde la lámpara. No dijo nada.

–Y ahora me he enterado de que ha escrito un manifiesto –dijo la portera–. Un manifiesto, ¿me oyes? Probablemente sobre derrocar al gobierno, dejar entrar de nuevo a esos alemanes. Dile que no es bienvenido aquí. Y otra cosa... Robert se había dado la vuelta para marcharse. –Sí –dijo, volviendo–. La casera dice que no has pagado el alquiler de enero –dijo.

–¿Ah, sí? –dijo–. ¿Estamos en enero?

La conserje lo ignoró. –Puede que te haya dejado ir unas semanas, pero le he estado contando algunas cosas sobre ti y tus amigos. –Apuesto a que sí, pensó Robert. –Tienes hasta el final de la semana.

“¿Y luego qué?”, preguntó. “¿Nos olvidamos de todo?”

–Y entonces le echaremos, señor St. Onge –dijo–. No crea que a otras personas no les gustaría vivir en su apartamento. –Miró a su alrededor con aire dubitativo–. Puedo entender que tenga problemas familiares –dijo con astucia–. Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

–No tengo problemas familiares –dijo. Maldita sea, no le

daría la satisfacción de entrometerse en sus asuntos—. No tengo familia.

Ella se encogió de hombros y se dio la vuelta para irse. “Hasta el final de la semana entonces”, dijo.

Subió el volumen del tocadiscos hasta el tope. Eso fue todo. Estaba atrapado. Conseguir el dinero antes del fin de semana o ir a trabajar para su madre y su hermano.

Apagó el tocadiscos de repente. O irse al futuro. Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y salió.

André estaba sentado solo en el interior del café. Parecía un poco nervioso, como si hubiera pensado que Robert no aparecería. “Hola”, dijo mientras Robert se sentaba.

—Hola —dijo Robert. De repente, se produjo una incomodidad entre ellos—. ¿Cómo... cómo estás?

—Sí —dijo André, como si esa fuera una posible respuesta a la pregunta. Bebió un sorbo de su bebida—. ¿Qué sabes sobre el objeto que encontré en el mercadillo? ¿Y cómo lo averiguaste?

—¿Recuerdas la grabación que compré la última vez que estuve allí? —preguntó Robert—. ¿La que dejé en el café y la que fue devuelta a la oficina?

—Sí, por supuesto —dijo André—. El que escribiste. —Abrió un

poco los ojos—. Lo que escribiste... era verdad, ¿no? Recuerdo que me lo dijiste.

—Así es —dijo Robert. Sintió un pequeño momento de triunfo. Era lo más cerca que André podía llegar a una disculpa—. La mujer del futuro, Solange. Ella se puso en contacto conmigo otra vez ayer. Y le contó a André el resto de la historia.

André parecía más sorprendido que nunca cuando terminó. —¿Del futuro? —dijo André—. ¿Y se acuerdan de nosotros?

—Sí —dijo Robert, un poco sorprendido. André nunca había dudado antes de que lo recordarían.

“¿Y quieren que vayamos con ellos?”, dijo André.

—Sí —repitió Robert—. Nos quieren a los dos.

—Pero ¿por qué tú? —dijo André—. Tú no eres surrealista.

—No lo sé —dijo Robert, sonriendo—. Tengo un buen sentido del humor.

—No sé... no sé —dijo André. Nunca había parecido tan inseguro—. Por supuesto que iré. Pero ir contigo... significa comprometer mis principios. Nunca he transigido.

—Lo sé —dijo Robert—. Eso es lo que dijeron de ti en el

futuro. Pero ¿no puedes pensar en mí como en un amigo? ¿No como en un surrealista? –Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración esperando la respuesta.

–Entonces, ¿rechazas por completo el surrealismo? –preguntó André.

“En mi forma de escribir”, dijo Robert. “No puedo firmar tu manifiesto. Pero no en mi vida”.

“Tu escritura y tu vida son una misma cosa”, dijo André. “Hacer una distinción entre la vida y el arte es...”

–No me des sermones –dijo Robert en voz baja.

"¿Qué?"

–No me sermonees. Ya no soy surrealista. De todos modos, sé lo que vas a decir. No necesito oírlo otra vez.

–No te estoy dando un sermón –dijo André–. Estoy tratando de evitar que cometas un error importante... Robert se puso de pie. –Muy bien –dijo André. Dudó, pensando–. Nos necesitan en el futuro, ¿es eso lo que dijiste? Robert asintió con cautela. Se sentó. –Entonces tendremos que unirnos. Dejaremos de lado nuestras diferencias de opinión. Por ahora –dijo, enfatizando las dos últimas palabras–. Cuando esto termine... bueno, no lo sé. Ya veremos.

–Está bien –dijo Robert, complacido–. Bien. Intentaré encontrar a Solange y contarle lo que has decidido.

Algunos de los otros entraron en el café. –¡Robert! –dijo Louis–. ¿Dónde diablos estabas? Habíamos oído que estabas... –Se detuvo y miró a André–. Bueno, de todos modos, bienvenido de nuevo.

“Estaba ocupado”, dijo Robert. “Escribiendo”.

–¡Hola, Robert! –dijo alguien más–. Me alegro de verte. ¿Ya has vuelto con nosotros?

–Por ahora –dijo Robert. Miró a André. ¿Por qué nadie había mencionado la excomunión? ¿Tanto miedo le tenían a André?

La conversación siguió patrones familiares: juegos de palabras, preguntas y respuestas, especulaciones locas, frases inquietantes. Varias personas le preguntaron a Robert dónde había estado y él les dio la misma respuesta que le había dado a Louis. Era emocionante estar de vuelta, emocionante pero frustrante. No importaba a dónde fuera, siempre terminaba en el mismo café con las mismas personas escuchando las mismas conversaciones, como Alicia en *A través del espejo* tratando de llegar al jardín de flores naturales y siempre terminando en la casa. Pidió una bebida y la bebió lentamente, observando. Ansiaba estar en otro lugar.

–Robert –dijo Louis, casi susurrando.

"¿Sí?"

–André me habló de tu libro –dijo. Robert enarcó las cejas–. No te preocupes, no he decidido si es basura decadente. De hecho, creo que puede que tenga un editor. Alguien me dijo que siempre le han gustado tus artículos en la revista. Por supuesto, primero tendría que leerlo.

–Bueno, claro –dijo Robert, sorprendido–. Quiero decir... Por supuesto. Me encantaría.

–Y no se lo digas a André –dijo Louis–. Me echarían para siempre si él supiera que te estoy ayudando.

Robert asintió. Era Louis, conciliador hasta el punto de tener dos opiniones opuestas. –Por supuesto –dijo, preguntándose adónde lo llevaría toda esta intriga. Sin embargo, ¿qué peor podría hacerle André? Y la oportunidad de ser publicado... eso valía casi cualquier cosa. –Muy bien –dijo–. Te mostraré lo que he escrito hasta ahora. Mañana.

La velada se alargó. Los artistas del circo, como brillantes estrellas fugaces, brillaron brevemente fuera de la ventana y desaparecieron. Las insistentes luces de la noche se encendieron. La conversación deslumbró y aburrió por momentos. Estaba un poco borracho. Bueno, lo he logrado, pensó. Juntos, André y yo, salvaremos el futuro. Y se rió.

Capítulo VI

“No es la ventaja material que cada hombre puede esperar obtener de la Revolución la que lo dispondrá a jugarse la vida –su vida– a la tarjeta roja”.

André Bretón

Robert hizo una bola con un billete de veinte francos y, sin mirar, lo arrojó a otra mesa. Miró a su alrededor con indiferencia, tratando de ver la reacción de la persona ante el dinero que caía del cielo. Sorpresa, deleite, codicia, incluso un poco de hostilidad. Robert se rió y arrojó otro billete en otra dirección. Habían pasado algunas noches y Louis había conseguido un editor. Robert se preguntó cuánto de su anticipo podría gastar en una noche.

–Así es como hay que hacerlo –dijo Jacques Rigaut, sentado a su lado–. Deshazte de él ahora. Mañana podrías estar muerto.

–Es verdad –dijo Robert, lanzando un billete al otro lado del café–. Voy a apuntar a esa vela que está en medio de la mesa. ¿Cómo suena el dinero cuando se quema? Si muero, mi madre y mi hermano lo recibirán. Prefiero verlo arder. –Sacó otro billete del bolsillo y lo guardó. Y si no mueres, pensó, y lo malgastas todo esta noche, tendrás que ir a trabajar a Niza. No le hagas caso. Está tan loco a su manera como Antonin.

«Nadie recibirá nada cuando yo muera», dijo Jacques. «No tengo nada. Y tampoco tendré nada dentro de cuatro años».

–Entonces, ¿te ciñes a tu horario? –preguntó Robert. Había oído la historia de Jacques antes, pero aún así le intrigaba. ¿Cómo sería someterse a una sentencia de muerte? André, lo sabía, estaba fascinado.

“Sí, lo soy”, dijo Jacques. “En 1919 me di diez años y desde entonces no he visto nada que me disuada. De hecho, me hace la vida más fácil, más sencilla. No hago planes para el futuro. No dejo nada para más adelante. No he ahorrado dinero, no lo necesito. Si alguien me pregunta qué quiero hacer con mi vida, simplemente digo: “Morir”.

–Es una pregunta estúpida, de todos modos –dijo Robert.

«Está mintiendo», pensó. «Le gusta llamar la atención. Es sólo un juego al que está jugando. Pero lleva mucho tiempo jugándolo, unos seis años.» –¿Ya has elegido una fecha? –preguntó.

–Sí, claro –dijo Jacques–. Han pasado diez años desde que hice mi primera promesa. No le digo a nadie cuál es. No quiero que nadie me lo impida.

–Felicidades –dijo alguien, sentándose a la mesa–. Me enteré de que vendiste tu novela.

–Así es –dijo Robert–. ¿Quieres veinte francos?

–Yo... No, gracias –dijo el hombre, mirando a André. «Uno nuevo», pensó Robert. «Me pregunto quién será». Mire su nerviosismo... Apuesto a que se pregunta por qué un simple novelista puede entrar en el grupo de los surrealistas. Eso es lo que pasa con André: no importa a cuántas personas descarte, siempre puede encontrar a otras nuevas que ocupen su lugar. No son sus ideas, o no sólo sus ideas. Es la fuerza de su personalidad.

“¿Alguien está regalando dinero?”, dijo otra persona nueva sentada al otro lado de la mesa. “Me vendría bien un poco”.

Robert sacó unos cuantos billetes y los entregó a través de la mesa sin mirarlos. “Toma”, dijo. “No los gastes en nada serio”.

–Yo... Gracias –dijo el hombre, sorprendido–. Muchas gracias.

–Un monociclo –dijo Robert. Odiaba que le dieran las gracias–. O un mono mascota. Algo así.

“Un peine para el bigote”, dijo Louis.

“Una baraja de cartas del tarot”, dijo André.

Robert había dejado de escuchar. Alguien que se parecía mucho a Solange caminaba hacia él a través de la tenue luz del café, cada vez más clara a medida que se acercaba. Era ella. –Hola, Solange –dijo, sin poder dejar de sonreír.

–Hola –dijo, sentándose a su lado y frotándose las manos–. Hace mucho frío aquí. En mi tierra, de donde yo vengo, ya estamos sentados a la puerta de los cafés. –Hablaban sólo con él, pero alrededor de la mesa la conversación se interrumpió cuando la gente se volvió para mirarla. A su otro lado, Jacques se inclinó hacia atrás para verla mejor.

Espero que no haya problemas, pensó Robert, repentinamente preocupado. André siempre quiere ser el centro de atención. ¿Qué tiene ella? No es bonita, no en el sentido convencional. Pero es hermosa. –André –dijo, interrumpiendo de repente la conversación–. Quiero que conozcas a una amiga mía. Se llama Solange. Solange, este es André Breton. –Era muy consciente de que no sabía su apellido.

–Hola –dijo Solange. Por primera vez, él la vio tímida. ¿Estaría nerviosa por conocer a André? ¿Qué significaba para ella? De repente, André le pareció tan extraño como la gente de su época.

“Hola”, dijo André. “Es un placer conocerte”.

–Siento lo mismo por ti –dijo–. ¿Robert te ha contado mi historia?

–Sí –dijo André–. Estoy muy interesado. Como le podría pasar a cualquiera.

“¿Y quieres venir?”, preguntó. “Una vez dijiste: “En cuestiones de rebelión no se necesitan antepasados”. Pero ustedes son nuestros antepasados y los necesitamos”.

–Sí –repitió André. Tenía los ojos entrecerrados, concentrados, mientras estudiaba lo que sólo había oído antes–. Muchísimo.

–Bien –dijo ella, y bajó el tono de voz para que, por algún truco, sólo André y Robert la oyeran en el ruidoso café–. Por favor, nos vemos mañana a mediodía en los jardines de Luxemburgo, en el teatro de marionetas. Os estaré esperando.

–Mañana –dijo André–. ¿Tan pronto?

–Sí –dijo ella–. Te parece pronto, pero hemos estado

esperando mucho tiempo. ¿Quieres más tiempo para prepararte? Terminaremos en el mismo lugar en el futuro sin importar cuándo empecemos.

André pareció confundido por un momento. Robert, casi acostumbrado a los cambios de horario, intentó no parecer complacido. Por una vez, él sería el líder y André el seguidor. “¿Demasiado pronto?”, dijo André. “No, en realidad no. No tengo ningún compromiso. Uno siempre debe estar listo para el gran advenimiento”.

Solange sonrió. “Robert dijo casi lo mismo”, dijo. “Puedo entender por qué ustedes dos son amigos”.

André parecía incómodo. Robert la amaba más que nunca en ese momento. “Mañana entonces”, dijo. “En los jardines”.

–¿Te vas? –dijo Robert. Su voz tenía un tono definitivo.

–Debería –dijo–. Cada vez es más difícil mantener abiertas las avenidas del tiempo. –Miró a su alrededor–. Al diablo con esto –dijo finalmente–. Si creen que voy a perder la oportunidad de beber con los surrealistas, están locos. ¿Qué vais a tomar? Yo tomaré un poco de eso. Tendréis que pagar por ello; no creo que mi dinero funcione bien aquí.

Robert se rió, contento de tener dinero para ofrecerle. Por primera vez se atrevió a inclinarse hacia atrás y ponerle el brazo sobre los hombros.

“Por supuesto”, dijo. Tomó su copa y la saludó. “Por el futuro”, dijo.

Solange entró apresuradamente por las puertas de los jardines de Luxemburgo. –Vamos –les dijo. Su voz sonaba ronca: Robert se preguntó qué habría estado haciendo desde que se fue la noche anterior. Esperaba que no arruinara su voz para cantar–. Por aquí.

Ella les hizo arder los huesos y los tendones. La siguieron sin dudarlo, apresurándose bajo la pálida luz del sol invernal como si sus vidas dependieran de ello. Salieron del parque y doblaron una esquina. El familiar olor a pólvora se mezclaba con el aire primaveral.

–Vamos –dijo Solange de nuevo. André se había detenido a mirar las calles: los coches volcados, los adoquines destrozados, las ventanas rotas. Robert también se detuvo. Algo había cambiado. Había menos gente, tal vez, o no, no era eso, la gente parecía diferente. La alegría había desaparecido de sus rostros; ahora parecían opacos, sombríos y decididos.

Pero por lo demás todo seguía igual: los altos edificios de acero y cristal, los coches pequeños, los carteles de las calles, muchos de ellos pintados, anunciando productos extraños e inimaginables. Robert se sintió como la primera vez que

entró en una discoteca, impulsado por la necesidad de escuchar música. También entonces todo le había resultado extraño y familiar a la vez. Poco a poco se dio cuenta de que todos los clientes de la discoteca actuaban como si hubieran estado allí miles de veces antes. Y él también lo hizo, entregándose al lugar, al momento y a la música.

–Vamos –le dijo a André–. Tienes que seguir moviéndote. No estaba seguro de lo que quería decir con eso, pero André pareció entenderlo. Pasaron por edificios cubiertos de grafitis, edificios quemados o marcados por agujeros de bala. No había coches en marcha; tal vez se había acabado el suministro de gasolina. Me pregunto qué opina André de todo esto, pensó Robert. Me pregunto si yo parecía tan tonto cuando llegué aquí por primera vez. Probablemente así era.

Finalmente llegaron al Théâtre de l'Odéon. Solange abrió las puertas. Todo estaba oscuro, tan oscuro que Robert pensó al principio que iban a proyectar una película. Podía sentir, más que ver, a la gente sentada a su alrededor, llenando la sala.

De pronto, alguien rompió el silencio. Una voz (Robert no sabía si pertenecía a un hombre o a una mujer) empezó a aullar y subió varias octavas antes de detenerse. Alguien más, desde otra parte de la sala, dijo simplemente: «Se ha ido». Luego se hizo el silencio.

Robert buscó la mano de Solange en la oscuridad. –Murió

–le dijo Solange en voz baja, pero ninguno de los dos lo entendió. Por primera vez, Robert escuchó en esa frase el resumen de la vida de un hombre–. Uno de nuestros amigos. Le dispararon.

Alguien que estaba cerca de ellos empezó a contar una historia sobre el hombre que había muerto. ¿Y si este hubiera sido el tipo de funeral que tuvimos para mi padre?, pensó Robert. ¿Y si mi madre hubiera dicho «Él murió» en lugar de... ¿qué dijo? «Él falleció»? Tal vez yo no estaría dando tumbos de esta manera. Tal vez no estaría tan sin rumbo. O tal vez estoy condenado a no tener un objetivo, pase lo que pase. A veces parece que es así.

La mujer que contaba la historia se había detenido. Alguien más empezó a cantar una canción y unas cuantas personas que estaban cerca de él se sumaron. Era una parodia de una canción popular y nadie más, al parecer, conocía la letra. Robert miró a Solange, sin atreverse a soltar su mano, pero o bien ella no conocía la letra o bien eligió no cantar. Cuando terminó, algunas personas se reían. Algunas lloraban. Las luces se encendieron de repente y él parpadeó. Sus lágrimas convirtieron las luces en prismas.

“¿Qué hacemos ahora?” dijo alguien.

“¿Qué podemos hacer?”, dijo alguien más. “El ejército está en las afueras de París en este momento”.

“¿Has oído lo que han dicho de nosotros? 'chicos malcriados que no saben qué hacer con sus vidas'. Así nos han llamado. Tenemos que seguir adelante, incluso morir luchando, hasta que nos entiendan. Hasta que se unan a nosotros”.

“Tú muere luchando, amigo. Yo prefiero vivir”.

Los debates continuaron. Robert miró a su alrededor, aburrido. ¿Por qué Solange lo había llevado allí? Había más gente durmiendo que de costumbre. De pronto oyó aplausos y levantó la vista para ver quién hablaba. Era Patrice.

–Mira –le dijo Robert a Solange–. Es tu amigo.

Ella levantó la vista. “Patrice se ha vuelto muy importante en el movimiento”, dijo. “Lo mencionan mucho en los periódicos como un de nuestros líderes. Él simplemente se considera un portavoz”.

–¿Qué le pasó a Paul? –preguntó Robert.

Una pequeña línea apareció entre sus cejas. Robert casi no quería escuchar su respuesta. “Nadie ha visto a Paul”, dijo. “No sé qué le pasó”.

–¿Y Gabrielle? –preguntó, recordando la amargura que se había revelado debajo de su optimismo cuando le había preguntado por Paul.

–Oh, Gabrielle está bien –dijo Solange. Casi se rió–. De hecho, está saliendo con Patrice. Así que esa es una historia que tuvo un final feliz.

–Bien –dijo Robert. Se sintió complacido por ella. Gabrielle se merecía la felicidad, con su pelo largo y fino y su expresión franca, tan clara como un charco de agua clara. Se preguntó si todavía pensaba que Patrice era un poco fanático.

La gente iba y venía. Se formaron comités de imprenta y de distribución de alimentos a la población de París. Llegó un grupo que hacía carteles y reclutó a algunas personas para que ayudaran. Se discutieron formas de lidiar con el ejército.

Por fin Robert estiró las piernas. “Tengo hambre”, dijo. “¿Hay algún lugar donde podamos encontrar comida?”

–Yo también –dijo Solange–. No me gusta irme de aquí. Creo que algo va a pasar en cualquier momento. Pero ya no puedo quedarme quieta. Vamos a un café.

“¿Un café?”, preguntó Robert. “¿Estará abierto?”

–Por supuesto –dijo Solange, sonriendo–. No esperarás que los cafés de París cierren, ¿verdad? Algunos de ellos han permanecido abiertos y otros simpatizan con nosotros.

Se levantaron para marcharse. Robert casi esperaba que alguien llamara a Solange para pedirle ayuda de alguna manera, pero nadie lo hizo. La revolución está muriendo,

pensó. Sólo están siguiendo el procedimiento, esperando a que llegue el ejército o la policía. Y, sin embargo, algo estaba a punto de suceder. Solange lo había mencionado y él lo sentía en el aire.

Doblaron por una callejuela hasta llegar a un café. “Creo que aquí podemos comer bien”, dijo Solange. “Esta vez pagaré por los dos. Puede que aquí vuestro dinero sea válido, pero es probable que provoque algún comentario”.

–No puedes... –Robert la miró–. Las mujeres no pagan por los hombres –dijo finalmente.

–Por supuesto que sí –dijo Solange–. Al menos, en mi época sí. No te preocupes.

Robert no dijo nada. ¿Qué le daba miedo? ¿Que si ella pagaba por sí misma se volviera demasiado independiente, incontrolable? Pero su independencia era una de las cosas que más le gustaban de ella. Recordó que sólo se había atrevido a rodearla con el brazo después de haber pagado su bebida, que había dejado de ver a Hélène en cuanto se quedó sin dinero, como si hubiera una ecuación definitiva e irrevocable entre las dos cosas. Era una idea nueva y él siempre estaba dispuesto a aceptar nuevas ideas. Pero aun así lo inquietaba. André también guardó silencio por una vez. –Me siento incómodo –dijo por fin.

"Lo superarás", dijo ella mientras caminaba delante de él hacia el café.

Una vez dentro, tuvieron que llevarse la comida de la cocina. Sólo el dueño se quedó a cocinar. "Están en huelga", dijo encogiéndose de hombros. No parecía importarle mucho. "Todos. No, no pasa nada, no quiero vuestro dinero".

–Pero... –dijo Solange.

–No lo quiero –dijo el dueño del café–. Digamos que simpatizo con su causa, a pesar de ser un dueño y un burgués. Que creo en lo que ustedes están haciendo. –Miró a André mientras hablaba. ¿Quién era André para este hombre?, se preguntó Robert. ¿Qué inspiraba André en la gente? Una vez más, su viejo amigo parecía un extraño.

–Bueno, gracias –dijo Solange–. Muchas gracias.

Llevaron su comida a las mesas de afuera y se sentaron. "Ah", dijo Robert. "Sol. Por eso vine contigo, ¿sabes? En mi época hacía demasiado frío".

Solange se rió. "Me alegro de poder ofrecerte algo", dijo. "Algo más que gas lacrimógeno y policías".

–Ese hombre del café debe haberte gustado –le dijo André.

–Sí, lo hizo –dijo–. A veces pienso... Parece que todo el

mundo nos está abandonando. Han tenido su diversión, sus vacaciones, y ahora es hora de volver al trabajo. Un discurso del presidente, unos cuantos ataques de la policía y todo habrá terminado. En un mes nadie se acordará de nosotros.

“No lo puedo creer”, dijo André. “Después de esto, no creo que nada vuelva a ser igual”.

–Tal vez no –dijo Solange–. Tal vez seamos la inspiración para alguien más, tal como tú lo fuiste para nosotros. Pero dentro de muchos años, no en ningún futuro que pueda ver.

–Tal vez... –dijo Robert. Dudó un momento, pues no quería llevarle la contraria–. Tal vez así es la gente. Tal vez necesiten trabajar seis días a la semana y quejarse del jefe en su día libre. No pueden imaginar nada mejor. Tu futuro los asustaría. No funcionaría.

–No... –dijo Solange, pero André dijo más fuerte–: ¿Estás diciendo que la gente no sueña?

–Claro que sueñan –dijo Robert. Suspiró. ¿Cómo había empezado a discutir de nuevo con André? –Pero no quieren... no quieren ser libres. No pueden imaginarlo. Mira a mi madre. Mira a mi portera...

“Mira al hombre dentro de ese café”, dijo André.

–Mira a los trabajadores de las fábricas –dijo Robert–. La mayoría de ellos solo quieren salarios más altos y unas horas

más de descanso a la semana. –Se volvió hacia Solange–. ¿No es así?

–Bueno, sí, algunos de ellos –dijo–. Pero eso es porque no conocen nada mejor. Necesitan educación...

“Si pudieran ver la calidad de vida que tendrían...”, dijo André.

«¿Por qué entonces está fracasando vuestra revolución?», pensó Robert, pero se dio cuenta de que no quería discutir con ninguno de los dos. Ahora estaban hablando entre ellos, sobre el surrealismo y la revolución y, por alguna razón, sobre las películas de Charlie Chaplin. Robert se recostó y los observó. Solange imitaba a alguien, contaba una historia, con sus largas y esbeltas piernas estiradas frente a ella, gesticulando con los brazos. En un momento su rostro era el de una elegante mujer que daba órdenes, y al siguiente era el de una estudiante que gritaba consignas. André estaba más cerca de la risa que Robert lo había visto nunca; se preguntó si Solange sabía lo que era un cumplido.

La noche anterior, ella había escuchado las conversaciones errantes de los surrealistas y él los había visto a través de sus ojos, fascinantes y nuevos. De vez en cuando, ella lo había mirado y reído, como si compartieran una broma privada, y una vez su mano cubrió la de él. Él había dicho poco, preguntándose cómo sería su vida en el futuro, preguntándose qué sentiría por él. ¿Por qué había regresado

en el tiempo a por él, por qué lo había estudiado entre todas las personalidades fuertes de los surrealistas? Él había esperado que se quedara. Pero en lo profundo de la noche, alrededor de la una o las dos (él se había quedado más tiempo en el café porque ella estaba allí), ella se había levantado como si respondiera a una llamada que sólo ella podía oír. Ante su rápida mirada, había dicho: "No pueden mantener abiertas las avenidas por más tiempo. Lo siento. Volveré mañana". Y luego se fue.

Ahora la observaba mientras hablaba, con expresiones que se movían por su rostro como nubes. Parecía relajada y descansada para alguien que tenía horarios tan extraños. Por supuesto, todos tenían horarios extraños, y estos horarios eran más extraños que los de la mayoría. Se rió un poco y ella lo miró rápidamente, compartiendo otro chiste.

Alguien conocido cruzaba la calle y pasaba junto a dos figuras dormidas en un patio. –Miren –dijo Robert, interrumpiendo a André y Solange–. ¿Quién es?

Solange se protegió los ojos del sol. “No lo sé”, dijo. “Ahora la gente duerme todo el tiempo al aire libre. La policía está demasiado ocupada para prestar atención”.

–No –dijo Robert–. Ese hombre que camina. ¿Quién es? –El hombre dobló una esquina y se perdió de vista–. Pensé que era Paul.

–¿Paul? –dijo Solange, mirándonos fijamente–. ¿Por qué... por qué volvería? Creí que se había dado por vencido con nosotros.

–No lo sé –dijo Robert–. Tú lo conoces mejor que yo.

Solange suspiró. –Es el tipo de persona que quiere liderar. El tipo que necesita seguidores. Ya sabes. –Robert asintió, deseando tener el coraje de mirar a André–. Ese no es el objetivo del movimiento. Tratamos de llegar a nuestras decisiones por consenso. Para que todos puedan decir algo. Es lento, pero al menos nadie se siente excluido o impotente. Paul nunca lo entendió. No me di cuenta en ese momento, pero él simplemente veía la revolución como una oportunidad para ganar seguidores.

–¿Por eso lo dejaste? –preguntó Robert, adivinando. Esperaba que su actitud confesional perdurara.

Solange lo miró sorprendida. “¿Cómo hiciste...?”

Robert se rió. –Ahora te toca a ti –dijo–. ¿Cómo se siente que un extraño sepa cosas de tu vida? –Vio su expresión, una mezcla de disculpa y comprensión, y se compadeció de ella–. Gabrielle me lo contó –dijo.

Ella asintió. –Por supuesto –dijo–. No sé por qué lo dejé. Estaba muy ocupada con la revolución y... y otras cosas... Robert se preguntó qué habría estado a punto de decir a continuación. –No es que no me gustara –dijo

pensativamente—. Simplemente nunca le presté mucha atención. Supongo que él me quería como seguidora.

Se quedaron sentados en silencio durante un rato, bebiendo tazas de café negro. Nadie se movió. Robert pensó que frente a él estaban las dos personas que más le importaban en el mundo, y que una de ellas le había dicho que no quería volver a verlo y la otra vivía en un lugar tan lejano que bien podría estar en otra estrella. Aun así, por el momento estaban juntos. Oyó gritos y sirenas de policía a lo lejos. Las calles estaban casi vacías. Robert se sentía bien.

Observaron cómo el sol se ponía detrás del otro lado de la calle, cubriendo de sombras a los durmientes. –Se está haciendo tarde –dijo Solange—. Deberíamos regresar.

Era de noche cuando regresaron al Odeón. La gente estaba sentada en grupos de cuatro o cinco, sin decir casi nada. Patrice, casi ronco, estaba hablando con un grupo cerca de la entrada. “Miren”, dijo Robert, señalando a alguien que estaba sentado en la sombra cerca de la esquina. “Tenía razón. Es Paul”.

“¿Dónde?”, dijo Solange.

–Allí –dijo Robert. Por un momento casi se alegró de volver a verlo, al primer hombre que lo había recibido en este mundo fantástico e inesperado—. Hola, Paul –gritó.

–Hola –dijo Paul, acercándose a ellos. Miró a Solange, vacilante, pero no dijo nada.

–Hola, Paul –dijo Solange.

–Me sorprende que todavía me hables –dijo Paul–. ¿O acaso tus informantes no te han dicho dónde he estado? –Sonaba amargado. ¿Es esto lo que le pasa a la gente cuando su mundo se desmorona?, se preguntó Robert.

“¿Informantes? Nadie me ha dicho nada”, dijo Solange.

–Bueno, eso es interesante –dijo Paul–. De todos modos, eso demuestra lo importante que soy para ti. Aunque probablemente hayas leído algunos de mis artículos, aquellos en los que explico cómo te vendiste.

–¿Qué... qué quieres decir? –dijo Solange. Se quedó quieta, insegura. Robert se sintió avergonzado, como si estuviera viendo algo intensamente privado.

“Casi lo lograste”, dijo Paul. “Salarios más altos, mejores condiciones de trabajo. Pero no podías aceptar eso, no. Tenías que ir por algo más, alguna extraña utopía en la que solo tú serías feliz...”

“No puedo creer lo que estoy escuchando”, dijo Solange. “Después de todas las conversaciones que hemos tenido, de todas las cosas de las que hemos hablado...”

–Simplemente afronto los hechos –dijo Paul–. Es un hecho que la policía no estaría aquí ahora si hubieras aceptado negociar con el gobierno...

–¡Gobierno! –dijo Solange. Se quedó de pie con las manos en las caderas, mirándolo. Él no podía mirarla a los ojos. Sus ojos parecían herirlo–. Nunca has enfrentado un hecho en tu vida. ¿Qué es, Paul? ¿Estás celoso de que Gabrielle se haya ido con Patrice? ¿O soy yo? ¿Estás enojado conmigo?

–No te des tanto crédito –dijo Paul–. Ni siquiera te he echado de menos. He estado ocupado. –Sonrió brevemente y luego volvió a sonreír, más ampliamente esta vez, como si guardara un secreto demasiado maravilloso para ocultarlo.

–¿En serio? –dijo Solange. Se movía impaciente de un pie al otro. Parecía dispuesta a golpearlo o a bailar con él, dependiendo de lo que dijera a continuación–. ¿Qué has estado haciendo?

–Te gustaría saberlo, ¿no? –dijo Paul. Sonó una sirena de policía muy cerca. Otra se sumó. –Vaya, qué entrada –dijo con sarcasmo–. Ya están aquí.

–No lo harías –dijo Solange furiosa–. ¡No nos traicionarías con la policía! ¿A tus propios amigos?

Las sirenas la ahogaron. Las puertas se abrieron. “Muy bien”, dijo alguien. “Estamos evacuando este lugar”.

Alguien más encendió un megáfono. “Todos fuera”, dijo. “Esta es una reunión ilegal. Por favor, váyanse todos ahora”.

La policía entró por las puertas abiertas. –Paul... –dijo Solange amenazadoramente. Dio un paso hacia él.

–Ten cuidado –dijo André de repente–. Vienen a por ti. Alguien debe haberles avisado.

Solange se apartó bruscamente de Paul. Unos cuantos policías se acercaban a ellos. –Vámonos –dijo Robert, asombrado de poder pensar tan rápido–. André, ve a ayudar a Patrice. Yo me quedaré aquí con Solange.

–Está bien –dijo André. Se fue justo cuando un grupo de policías uniformados de negro los alcanzó.

–Estás bajo arresto –dijo un policía. Robert comenzó a toser. –¡Gas lacrimógeno! –dijo alguien. Robert se secó los ojos...

La habitación parecía expandirse, contener más ángulos de los que eran posibles en geometría. El techo se alzaba para revelar no una noche oscura, sino un cielo azul profundo surcado de estrellas. Pasó un cometa. –¡Alto! –dijo el policía desde lejos–. ¡Deje de moverse! Está bajo... –el policía tosió–. Bajo arresto...

Las luces se apagaron. Al otro lado de la habitación, Robert pudo ver el bastón de André iluminado con un fuego azul pálido.

Estaba guiando a Patrice hacia algún lugar, trazando un patrón intrincado. Robert parpadeó y se secó los ojos nuevamente. André y Patrice se habían ido.

Una luz más oscura provenía de otra parte de la habitación. Robert se dio la vuelta, reacio a enfrentarla. El hombre de la máscara se acercó lentamente a ellos.

Era desproporcionado, más grande que cualquiera que estuviera cerca de Robert. –¡No! –dijo Robert, casi gritando. Nunca había estado tan asustado–. ¡No, vete! ¡Vuelve! ¡Solange, corre!

El hombre se acercó, dispersando a la gente y las sillas. “Despierta ahora”, se dijo Robert, sin importarle quién lo escuchara. “Oh, por favor, despierta”. Estaba casi gimiendo.

–Solange –dijo el hombre de la máscara. Su voz sonaba como óxido, o como chillidos–. ¿Dónde está?

–Se ha ido –dijo Robert, intentando afrontar su pesadilla y deseando desesperadamente que Solange se hubiera ido–. No está aquí.

–No es así –dijo el hombre de la máscara, apartando la mirada de Robert por un momento. Volvió a mirarlo, con su

pelaje, sus colmillos y su metal mirándolo con picardía—. Entonces vendrás conmigo. –Su rostro se acercó más y borró el mundo. Luego todo se volvió negro.

Capítulo VII

“¡Padres, contad a vuestros hijos vuestros sueños!”

Proverbio surrealista

Robert se despertó. La habitación estaba a oscuras, con la luz suficiente para ver sólo unos pocos metros frente a él. El resto de la habitación parecía vacía, pero no podía distinguirla. Se estiró. Sintió un dolor intenso en un hombro; debió de haberse lastimado al caer. ¿Dónde estaba?

Un sonido como de maquinaria provenía de un extremo de la habitación, repetitivo e interminable. Se dio cuenta ahora de que había estado durmiendo, atravesando sueños intranquilos que no podía recordar. Casi podía distinguir

palabras en el sonido monótono, palabras y frases. El miedo saltó en su corazón y se esforzó por ver al otro lado de la habitación en penumbra. ¿Era él? ¿Lo habían puesto en esa habitación con el hombre de la máscara?

–Es comprensible, pero de todos modos está mal –decía el hombre de la máscara (o alguien)–. La gente no quiere trabajar junta, ¿sabes? No quiere cooperar. No quiere llevarse bien. Ése es nuestro secreto, ¿sabes? Nuestro secreto, pero es uno que ha estado a la vista de todos durante miles de años. Quieren un jefe. Quieren un líder, un policía, un sacerdote. Quieren...

Robert gritó. La voz no le hizo caso; el susurro siguió hablando. Robert se puso de pie de un salto, gritando roncamente. Cayó hacia atrás y se golpeó contra la pared. Se dio la vuelta, abrazándose a la pared. Si doblaba la esquina habría otra esquina, y si doblaba esa habría... No. No podía afrontarlo. Se acurrucó contra la pared. –... no puedo vivir con el tipo de incertidumbre diaria que tú vives –decía la voz. Robert abrazó sus rodillas contra su pecho. Finalmente se durmió.

Cuando despertó por segunda vez, todo seguía igual: la voz mecánica, la terrible luz que no era ni de día ni de noche. «Todos se aprovechan de todos», decía la voz. Robert se dio cuenta de que había continuado mientras él dormía y se preguntó si el hombre de la máscara dormía alguna vez. Se estremeció. «Los fuertes se aprovechan de los débiles. Los

ricos se aprovechan de los pobres. Los padres se aprovechan de sus hijos». Tenía hambre. Tenía la vejiga llena y se dio la vuelta para aliviarse en un rincón.

“Siempre habrá jefes”, dijo la voz. “La gente siempre querrá ser jefe. La gente siempre querrá tener un poco más que sus vecinos...”

–Creía que habías dicho... –dijo Robert. Tenía la voz ronca. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo–. Creía que habías dicho que la gente siempre quiere jefes. ¿Cómo pueden querer jefes y ser jefes al mismo tiempo? –Estaba temblando. Le parecía que había planteado una buena cuestión, pero al mismo tiempo sentía que no estaba pensando con claridad, que si pudiera salir de esa horrible habitación podría argumentar mejor.

La voz no le había hecho caso. –Ahí es donde te equivocaste, ¿entiendes? Ahí es donde cometiste tu error. La gente siempre está ansiosa por tener más. Siempre querrán más de lo que su vecino tiene...

“¿Cómo pueden querer jefes y ser jefes al mismo tiempo?”, volvió a gritar Robert. “¿Cómo pueden? Has dicho algo y no te entiendo. Explícame lo que quisiste decir. No te entendí”.

La voz siguió sonando. Robert se preguntó si sería una grabación. No lo creía. Sintió una especie de presencia allí: el

hombre (o lo que fuera) se había movido un poco mientras dormía.

“No quiero más que mi vecino”, dijo. “No quiero un jefe, no quiero ser jefe. ¡Estoy perfectamente dispuesto a compartir! ¿Cómo explicas eso?”

La voz había seguido hablando. Robert se sentía confundido. ¿Qué eran los argumentos que estaba presentando? No, estaba dispuesto a compartirlos. ¿Y si todos querían escuchar su colección de grabaciones de blues, por ejemplo? ¿Quién era él? ¿André, Solange, Hélène, su padre?

Robert siguió gritándole a la voz durante unos minutos, o unas horas. El tiempo no existía en la habitación. Por fin se apoyó contra la pared para dormir. Al menos estoy recuperando el sueño perdido aquí, pensó y se rió. “¡Al menos estoy recuperando el sueño perdido!”, le gritó al hombre que estaba al otro lado de la habitación, con la esperanza de detenerlo con humor. Tenía la sensación de que su humor, como su lógica, era mejor fuera de la habitación. La voz no se había detenido.

Robert abrió los ojos lentamente. La luz era la misma delante y detrás de sus párpados. Se preguntó por qué se molestaba en abrir los ojos. –¡Está bien, está bien! –dijo en voz alta, tratando de ahogar la voz que una vez más se había infiltrado en su sueño.

–¿Cómo pudiste creer todas esas tonterías? –dijo la voz–. Pareces inteligente, no como esos amigos tuyos. Sabes que no estás dispuesto a unirte a un grupo de personas. Sabes que no quieres derrocar el sistema.

Robert se detuvo y escuchó. Era cierto, no lo estaba.

–Sabes que el sistema no se puede derrocar –dijo la voz. Sí, eso también era cierto. Su presencia aquí lo demostraba.

–Ya te has divertido –dijo la voz–, con tus experimentos infantiles. Pero ya es hora de crecer. Es hora de dejar todo eso atrás. Es hora de ponerse a trabajar.

¿El qué?, pensó Robert. Ansiaba un cigarrillo. ¿Trabajar para mi familia en Niza? Se sentía casi listo para hacerlo. El color, la música se escapaban de su vida igual que se habían escapado de esta habitación. ¿Por qué molestarse en tener aventuras? ¿Por qué molestarse con juegos surrealistas? ¿Por qué molestarse en derrocar el sistema social cuando la gente preferiría que no lo hiciera? Podría establecerse y... bueno, tal vez no casarse, pero tener una casa, y ropa, y un tocadiscos mejor...

Pensó en Solange corriendo por las calles de París, con sus largas piernas negando las distancias. Solange estaba viva. Pensó en ella hablando, su ira como fuego. Solange estaba viva y él estaba muerto, encerrado en esta habitación pensando los pensamientos que piensan los muertos... «Era

temprano, una mañana muy temprano», cantó. Su voz desafinaba terriblemente. «Cuando oí ladrar a mi bulldog, Stagolee y Billy Lyons se peleaban en la oscuridad».

Cantó de principio a fin “Stagolee”, que había aprendido de una grabación de canciones populares estadounidenses, y se preguntó si había acertado con las diez palabras. Cantó todas las canciones de su grabación de Bessie Smith y todas las canciones que había oído cantar a los hombres y mujeres negros en los cafés de Montparnasse y la Rue Pigalle. Qué idioma tan extraño era el inglés americano. Qué lugar tan extraño debía ser Estados Unidos, no el Estados Unidos de las postales y los libros, sino el otro: Harlem. Gánsteres. Coches anchos y relucientes con neumáticos silenciosos y gente sentada junto a la carretera muriendo de hambre.

La voz se detuvo por un instante. Robert contuvo la respiración con esperanza. –Podrías ser alguien en la sociedad –dijo la voz–. Con tus habilidades y el apoyo de tu familia podrías llegar lejos. Podrías...

Robert se rió. Le pareció que la voz se había vuelto a detener un poco. Ahora sabía que nunca sería nadie en la sociedad, que siempre estaría en el lado oscuro. “Si me pilláis robando, no quiero haceros daño”, cantó. “Si me pilláis robando, no quiero haceros daño. Es una marca en mi familia y debe continuar así”.

Durante un largo rato se sentó contra la pared y cantó. El

canto casi tapaba el ruido de la voz que se oía al otro lado de la habitación y le impedía pensar en lo hambriento que estaba. Después de un rato se acostó y durmió.

Cuando despertó, tenía aún más hambre. Intentó calcular cuántos días y noches había pasado sin comer, pero desistió. ¿Cuánto duraba un día allí? ¿Era el período entre los sueños? Por alguna razón, no lo creía.

Al menos, pensó, he recordado un sueño. Siempre recordaré este sueño, la habitación, la voz y esta luz extraña. Luego se rió. ¿Era un sueño? ¿Lo recordaría cuando despertara, si despertaba? Se sentía muy débil. Le dolía la garganta y recordó que había estado cantando. ¿Por qué? Una vez más, el sueño se le escapó mientras intentaba recuperarlo.

Se sentía desamparado, sin esperanza. El día anterior –¿era el día anterior?– había luchado contra la voz de alguna manera, pero no podía recordar lo que había hecho, y de todos modos no importaba. La voz le dificultaba concentrarse. El día anterior había invocado la imagen de Solange para que lo ayudara, pero ahora recordaba que no sabía dónde estaba Solange. ¿Había llegado a un lugar seguro cuando la había llamado? ¿La tenía la policía? Al menos, pensó, se había alejado del hombre de la máscara. ¿O no? ¿Y si había diez, veinte, cien de ellos, cada uno con su pelaje y sus cuernos y su voz como una maquinaria oxidada? ¿Y qué le había pasado a André, a Patrice? Se sentía agotado,

aplastado. Se puso los dedos en los oídos, pero la voz le llegó a través de ellos. No había salida. Estaba demasiado débil para mantenerse en pie.

Dormir. Dormir era una salida. Cayó en un estado extraño,

Estaba medio soñando, con los ojos todavía abiertos en la penumbra de la habitación. Se sintió en una encrucijada. Ya estaba más oscuro, casi medianoche. Las estrellas habían despertado en lo alto, pero no había luna. Sostenía algo en las manos, algo pesado, pero por alguna razón no miró hacia abajo para ver qué era.

A lo lejos sonó un reloj. Lo supo sin necesidad de contar el número de campanadas. Se estremeció. Alguien se acercaba, alguien a quien había esperado. Alguien a quien había temido. Todo estaba quieto, en silencio, inmóvil. El sonido de la maquinaria que había oído de fondo por alguna razón había cesado. Un hombre salió de la oscuridad.

El hombre se acercó a la encrucijada. Se movía como el aceite en la luz oscura. Era el hombre negro, el hombre de la leyenda del blues, no un negro sino un hombre hecho de la oscuridad misma. El diablo.

“¿Cómo aprendiste a tocar tan bien?”, le preguntó Robert una vez a un guitarrista de blues en un café de Montparnasse. “¿Quién te enseñó?”.

“Nadie me enseñó”, había dicho el guitarrista. “Me senté

en un cruce de caminos con mi guitarra a medianoche. Estaba oscuro, no había luna. Y llegó un hombre negro y afinó mi guitarra”. El guitarrista hizo una pausa, como si la historia hubiera terminado. “Por supuesto”, había dicho entonces, “el hombre negro se llevó mi alma”.

Robert tembló. Lo que tenía en las manos era, como ya había imaginado, una guitarra. Se la tendió al hombre negro como si se la ofreciera o para alejarlo. El hombre negro tomó la guitarra y la afinó. Luego empezó a tocar, con un ritmo repentino y deslumbrante, tan rápido que Robert no podía seguir el movimiento de sus dedos. El hombre tenía púas de guitarra en la mano derecha en lugar de uñas y en lugar del dedo meñique de la mano izquierda tenía un cuello de botella, el tipo de cuello de botella que los guitarristas de blues usaban para hacer que sus guitarras hablaran en tonos inquietantes. “Ven”, dijo el hombre negro. “Seguiremos el camino de las estrellas”.

Robert se puso de pie, brevemente sorprendido de poder hacerlo. El hombre negro había ido delante de él, tocando una melodía que hizo que Robert quisiera bailar y quedarse quieto y escuchar al mismo tiempo. Sacó estrellas de su guitarra mientras tocaba, estrellas blancas y doradas que flotaban a su alrededor como animales feroces. “Ven”, dijo el hombre negro, volviéndose hacia él, y sus ojos parecieron ser dos estrellas más en su rostro negro como la noche. Mientras bailaba, las estrellas se separaron y formaron un camino. Robert lo siguió, incapaz de no hacerlo.

Nunca supo cuánto tiempo habían viajado de esa manera. Le parecía que se despegaban del suelo y viajaban por el aire, ganando altura, mirando las estrellas pasar silenciosamente a ambos lados. En un momento creyó oír el sonido de una maquinaria y se detuvo, mirando hacia atrás por encima del hombro. “Ven”, dijo de nuevo el hombre negro. Su voz era tan profunda como el mar. “Ven, no debemos detenernos”.

Robert se acercó. Al cabo de un rato, la noche que lo rodeaba pareció palidecer. El hombre negro se perfiló con más nitidez y Robert pudo ver que su ropa también estaba hecha de noche: chaqueta y pantalones negros, chaleco negro con una cadena de oro brillante como el amanecer que lo atravesaba. Sus pies se fundieron con el camino nocturno. Las estrellas comenzaron a desvanecerse y a volverse insustanciales, a mezclarse con las luces de la ciudad que Robert podía ver justo detrás del hombro del hombre negro. Estaban caminando hacia la Rue Fontaine. Habían caminado hacia atrás a través de la noche hacia el crepúsculo, la hora más mágica de París.

–Estamos aquí –dijo el hombre negro, y su voz parecía surgir de las paredes, las ventanas y los adoquines de la noche–. Estás en casa.

–¿Estoy en casa? –preguntó Robert–. ¿En mi tiempo libre?

–Sí –dijo el hombre negro, mientras sus dedos recorrían las cuerdas de la guitarra–. Adiós.

–Pero... –dijo Robert–. Mi alma. ¿Eso significa que te llevarás mi alma? Por primera vez en su vida se preguntó si tenía una y qué le sucedería si la tenía.

El hombre negro se rió, con un sonido profundo y reconfortante. “No creas todo lo que oyes”, dijo. “Yo también debo irme a casa. Acuérdate de mí”. Volvió por donde habían venido, dejando atrás un montón de notas.

¿Dónde estaba? Robert se sentía como si estuviera dormido, soñando aún a pesar de las brillantes luces de la calle que tenía delante. ¿Y si todavía estuviera en la habitación, soñando que estaba en casa? ¿Y si el resto de su vida iba a ser un sueño, lleno de leyendas, monstruos y crepúsculo? El estado en el que los sueños y la realidad se encuentran, había dicho André. El verdadero estado surrealista. ¿Y si el resto de su vida fuera así? Caminó hacia la Rue Fontaine, tratando de sacudirse la ropa de irrealdad que de alguna manera había tomado prestada.

André estaba sentado solo en el café. –¿Robert? –dijo. Entornó los ojos para verlo–. ¿Eres tú? ¿Eres tú...?

–Hola –dijo Robert. Se sentó pesadamente–. Sí, he vuelto.

–¿Estás...? –dijo André–. ¿Estás bien? –Sus ojos no se apartaron de los de Robert.

–Estoy bien –dijo Robert–. Sí, soy yo de verdad. Quería preguntarte lo mismo sobre ti. –Se sentía más cerca de su

amigo de lo que se había sentido en mucho tiempo; como un pariente, y se rió—. ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Una semana —dijo André—. Tu conserje dijo que no te había visto.

"No creo que estuviera demasiado preocupada".

André se encogió de hombros. —¿Qué... qué pasó? ¿En el teatro, después de que se apagaran las luces?

—No lo sé —dijo Robert. Una punzada repentina le atravesó el corazón—. ¿Cómo está Solange?

—No lo sé —dijo André—. Conseguí salir y llevarme a Patrice...

—Pero ¿cómo? —Se miraron el uno al otro, dos magos, cada uno dando por sentado que el otro había logrado el gran truco final que cerraría el espectáculo—. ¿Esa luz en tu bastón y el... el cometa?

—Solange lo sabría —dijo André—. Lo único que sé es que llegué a un punto en el que pude hacerlo. —Hablaban lentamente, como si hablara de otra persona—. El tiempo no existía. El espacio tampoco. Debe ser... Debe ser que después de pensar tanto tiempo en el surrealismo, después de vivirlo...

“Sí”, dijo Robert.

“Y finalmente estar entre tantas personas que lo estaban viviendo también...”

–Sí –repitió Robert, sin atreverse a respirar. Así que, después de todo, había algo de surrealismo, además de todos los juegos y las historias fabulosas. André, el mago.

“¿Y tú?”, preguntó André. “¿Dónde estabas? ¿Cómo escapaste?”

Robert le contó sus aventuras. “Ah”, dijo André, conmovido por la historia del hombre de la guitarra. “¿Cómo llegaste a esto? Me pregunto. ¿Salió de tu subconsciente?”

–Tal vez lo fuera –dijo Robert, riendo–. Si lo fuera, debo despreciar mi propia cultura. Proviene de una mitología que está al otro lado del mundo, de Mississippi, y antes de eso probablemente de África. Pero ¿qué pasa con ese hombre de la máscara? ¿Quién lo inventó? ¿De qué mitología proviene?

“Me recuerda a la guerra”, dijo André. “Los sueños fanáticos de la disciplina. La religión mecanizada del orden”.

“Me recuerda a mi conserje”, dijo Robert. “Y a mi familia. La forma en que repiten una y otra vez las reglas del *statu quo*”. Se estremeció. “Solo que esta vez estuve más cerca de creerlas que nunca”.

“Todos los que piensan así probablemente participaron en

su creación”, dijo André. “Todas las mentes pequeñas. Los deseos colectivos de la burguesía. Los sueños son cosas peligrosas”.

Robert se estremeció de nuevo. “Lo único que sé es que no quiero volver a verlo nunca más”.

Se quedaron sentados un rato, cada uno pensando en sus propios pensamientos. Robert, que de repente tenía un hambre voraz, pidió dos platos y empezó a comerlos. –¿Y qué pasa con Patrice? –preguntó entre bocados–. ¿Dijiste que estaba a salvo?

“Patrice está aquí”, dijo André.

–¿Aquí? –dijo Robert, sorprendido–. ¿Cómo? ¿Y por qué no pude traer a Solange?

“Lo traje conmigo”, dijo André. “No sé cómo. Era el único lugar que conocía para llevarlo. Esta explorando la ciudad con algunos de los otros. Dijeron que volverían por la tarde”.

–Pero... ¿cómo va a regresar?

André se encogió de hombros. Como si hubiera sido una señal, los demás empezaron a entrar: una troupe, un espectáculo de comedia exagerada. Louis, Jacques, Antonin, Yves y, sí, allí estaba Patrice en medio de ellos, mirando fijamente a su alrededor, pero sonriendo de todos modos.

–Hola, André. –¡Robert, has vuelto! –Dijo que los buzones parisinos no existían... –Deberías haberlo visto de noche, el lugar más extraño de todo París... André y Robert habían dejado de hablar como si hubieran recibido una señal de antemano. La conversación giraba en torno a ellos. Por una vez, Robert se sintió feliz de estar entre ellos. Se sentía muy feliz de estar en casa.

Capítulo VIII

“Ciudad bulliciosa, ciudad llena de sueños, donde el espectro a plena luz del día acosa al transeúnte.”

Charles Baudelaire

Robert caminaba sin rumbo por las calles secundarias de Montmartre, mientras el viento le picaba en los oídos y le secaba la garganta. Las ventanas a ambos lados permanecían cerradas, mudas; las luces de los apartamentos estaban apagadas; las flores en sus macetas eran las únicas señales de vida. Las farolas colgaban contra el cielo negro, guiándolo de una sombra a otra. Solo, pero sin ganas de compañía, se dirigió hacia la Rue Fontaine.

Una puerta se abrió y se cerró frente a él, de la que brotó

luz, música y gente vestida de colores brillantes. Robert miró el cartel que había sobre la puerta: Bricktop's. Abrió la puerta y entró.

–¡Robert! –dijo alguien con una voz familiar. Se dio la vuelta y una mujer sentada en una de las mesas lo saludaba con entusiasmo.

–¡Hélène! –dijo, acercándose a ella–. ¡Hola! –Llevaba un vestido largo y escotado que él nunca había visto–. ¿Qué... qué has estado haciendo?

–No mucho –dijo–. Sigo trabajando en el antiguo local, el de Montparnasse. Sólo vine a tomar una copa con algunos músicos. Pero tú... ¿cómo has estado? ¿Qué has estado haciendo?

–Oh, ya sabes –dijo–. He estado por ahí. –¿Qué podía decirle para explicar su ausencia? –Es que... me metí en problemas hace unas semanas.

–¿Problemas? –dijo ella, frunciendo el ceño–. ¿Qué clase de problemas? ¿La policía?

–Más o menos –dijo, preguntándose qué podía significar para ella tener problemas con la policía.

Su padre siempre había hablado por él ante la policía cuando se había metido en problemas.

“¿Fue algo que hizo André?”, preguntó. “¿Una de sus locas ideas?”

–Algo así –dijo–. Escucha, no quiero hablar de eso. ¿Trabajas esta noche?

“Esta noche es mi noche libre”, dijo. “Sólo estoy esperando a mis amigos”.

–¿Te gustaría salir conmigo en lugar de eso? –dijo–. Pensé que podríamos celebrarlo esta noche. Vendí una novela.

–¿Lo hiciste? –dijo ella, distraída como él sabía que estaría–. Pero... ¡es maravilloso! Por supuesto que saldré contigo. Sólo déjame hablar con los músicos durante el descanso. ¿Cómo te sientes? Debes sentirte genial.

“La mayoría de las veces”, dijo, “André me echó y luego me volvió a acoger”.

“¿En serio?”, dijo ella. “¿Por qué?”

Él suspiró. La mayoría de las peleas de André simplemente no tenían sentido para ella. "Te lo contaré mientras tomamos algo", dijo.

Unas horas más tarde tomaron el metro hasta Montparnasse. El amanecer estaba cerca; aunque había perdido un poco de su agudo sentido de la orientación en algún momento del futuro y a veces veía los edificios nuevos

superpuestos a los antiguos como en un cuadro surrealista, había conservado su sentido de las fases de la noche. El aire olía diferente al amanecer.

–Qué bonito vestido –dijo para romper el silencio–. ¿Es nuevo?

–¿Éste? –dijo Hélène–. Sí, es así. Necesito todo tipo de ropa nueva ahora que he empezado a cantar.

–¿Cantar? –dijo Robert, consciente de lo estúpido que debía sonar. ¿Por qué había tantas cosas que no sabía sobre ella? –No sabía que cantabas.

–Sí –dijo, con el ceño fruncido, como si quisiera decir: «No es mucho, pero es un trabajo»–. Casi siempre lo hago para mí. Pero ya he cantado algunas veces en el café. Allí conocí a todos esos músicos de Bricktop's. A veces vienen a escucharme.

–¿Sólo para escucharte? –dijo–. Debes ser buena.

–No lo sé –dijo. El ceño fruncido que la hacía burlarse de sí misma había desaparecido. Estaba muy cansada. A la luz del amanecer se veía muy hermosa–. De todos modos, creen que lo soy.

Pasaron en silencio por delante de los cafés de Montparnasse. Pensaba en cuántas mujeres independientes conocía en París: propietarias de librerías, directoras de

café, escritoras, editoras y, ahora, Hélène, que iba a ser cantante. Se rió un poco. Era demasiado.

“Bueno, eso es genial”, dijo. “Es maravilloso”.

Ella lo miró. Nunca le había hecho ningún reproche. Tenía la sensación de que a ella no le importaba lo que hacía cuando no estaba con ella, pero le debía una explicación. Ella era una persona, Hélène, no sólo alguien con quien acostarse, alguien a quien recurrir cuando la conversación en los cafés se volvía demasiado aburrida.

–Me ha ocurrido algo extraño –dijo, riéndose de su pobre comienzo. Quizá no debería ser escritor–. Bueno, varias cosas extrañas, en realidad. Pasaron por delante del Dôme. –Entremos, tomemos algo y te contaré el resto. ¿De acuerdo?

–Está bien –dijo ella sonriendo–. Tómame tu tiempo.

Cuando estuvieron sentados, le contó todo, empezando por el disco del mercadillo. No le contó mucho sobre Solange ni sobre su amor por ella, no por malicia ni por secretismo, sino porque tenía la sensación de que no sería muy cortés. Ella abrió los ojos de par en par un par de veces y se rió una o dos veces con incredulidad, pero no la interrumpió, salvo para hacer preguntas. –Así que –dijo finalmente–. Así que ahí es donde he estado.

“Es increíble”, dijo. “Es como algo que uno podría inventar”.

–No lo hice... –dijo indignado.

–No, ya sé que no lo hiciste –dijo ella, y puso su mano sobre la de él–. Dije que parecía que sí. Como uno de esos experimentos que André siempre intenta. ¿Qué piensa él de todo esto?

“Está encantado”, dijo Robert. “Uno de sus experimentos funcionó”.

–¿Y tú? –preguntó Hélène–. ¿Qué opinas?

–No lo sé –dijo lentamente–. No sé... –se rió–. Creo que me he convertido en revolucionario, pero sé a ciencia cierta que la revolución no se producirá hasta dentro de cuarenta años. Y, aun así, probablemente fracasará. ¿Qué hago mientras tanto?

–¿Un revolucionario? –dijo Hélène, sorprendida–. ¿Y tú?

–Yo –dijo Robert, y se rió de nuevo–. Solange no pudo hacerlo, y André tampoco, pero el hombre de la máscara me convenció. Si no eres revolucionario, estás del lado de eso, del *statu quo*, del que los ricos se vuelven más ricos y los pobres mueran de hambre. Yo moriría antes de unirme a un lado de ese monstruo.

–¿Y Solange? –preguntó Hélène–. ¿Crees que volverás a verla?

Suspiró. No la había engañado: ella había visto lo que era importante para él. –No –dijo–. Creo... creo que todo se acabó. Podría estar muerta. Podría haber estado muerta, en el futuro. –Se detuvo, confundido brevemente por la sintaxis–. De todos modos, no creo que me vuelvan a llamar. Fracasó. Su revolución fracasó.

–Oh –dijo ella–. ¿Qué... qué crees que harás ahora?

–No lo sé –dijo–. Es curioso. –Ahora no se reía–. Nada parece haber cambiado. Después de todo eso, sigo yendo a los cafés todas las noches, sigo hablando con André y el grupo, sigo escuchando sus teorías. Incluso pasé un día en el Bureau. –Vió su mirada y dijo, antes de que pudiera hacer la dolorosa pregunta–: No pasó nada. No pasó nada en todo el día.

“Vas a publicar tu libro”, dijo. “Eso ha cambiado”.

–Es verdad –dijo. No había pensado en eso. Se sentía atraído por ella, por Hélène, que se había convertido en una persona y que ahora era incluso alguien a quien admirar. Había creído que había perdido su capacidad de sorpresa. Había creído que había agotado todos sus encuentros con lo maravilloso, como había agotado su herencia. Tal vez no fuera así. –¿Adónde quieres ir ahora? –preguntó. El alba había despuntado sobre los tejados de la ciudad–. ¿Quieres ir a mi casa?

–Claro –dijo ella sonriendo.

–¿Qué pasó con tu americano rico? –preguntó mientras pagaba las bebidas.

–Ah, él –dijo ella. Se echó a reír y él se le unió, aunque no veía realmente qué era tan gracioso. Estaba un poco borracha. –Lo dejé. Salieron, parpadeando, dos personas de la noche perdidas en el día, y encontraron el camino de regreso a la estación de metro.

En algún momento de la tarde se despertó gritando, tratando de salir de una pesadilla. Había vuelto a la terrible habitación y el hombre de la máscara, con su voz que sonaba como el gemido sordo de una máquina, había comenzado a moverse... Abrió los ojos y sintió que regresaba a la cama con todos los nervios de su cuerpo. Se quedó inmóvil durante un rato, mirando la luz del sol que entraba por la ventana.

Hélène había dormido durante la pesadilla. Quizá no había gritado después de todo. La miró, acostada a su lado en la cama, con la boca ligeramente abierta, y sintió una profunda sensación de depresión. Eso tampoco había cambiado. Todos sus intentos de cambiar su vida, de transformar el mundo, habían fracasado. Seguía yendo a los cafés, seguía encontrándose con André y el resto del grupo, incluso seguía acostándose con Hélène. La pesadilla era la misma que lo

había despertado durante toda la semana. Solange se había ido. La revolución se había ido. Todo eso había sido un sueño, o había sido la realidad y esto era la pesadilla.

Se sentó, con cuidado de no despertar a Hélène. La vida continúa, pensó. Las cosas cambian. La gran aventura podría estar esperándote ahora mismo, justo en la puerta de tu casa. La idea no lo conmovió como antes. Me estoy haciendo viejo, pensó. Las puertas se están cerrando en todas direcciones. Pronto será demasiado tarde. No estaba seguro de lo que quería decir con eso.

–Buenos días –dijo Hélène abriendo los ojos.

–Buenas tardes –dijo Robert, intentando sonreír. Ella no tiene nada que ver, pensó. No es culpa suya.

Se vistieron y salieron. Él la acompañó hasta la estación de metro y ella se fue a casa. Él regresó a su apartamento lentamente, tratando de recordar cuándo le había dicho el editor que debía entregar el libro. Debería estar en casa, escribiendo, pero no quería estar allí. El día era cálido para febrero.

Fue a la Estación del Norte y se quedó un rato mirando los trenes que entraban y salían, los trenes que retumbaban en tantas canciones de blues como un estribillo. ¿Es eso lo que quiero?, pensó. ¿Debería tomar un tren y marcharme? Ahora mismo, por ejemplo, si tomo el próximo tren que

llegue, podría estar en camino a... ¿Qué hora es? Las cinco y cuarto, camino de Suiza. ¿Es allí a donde quiero ir? Probablemente no. El ruido mecánico de los trenes empezó a irritarlo. Se dio la vuelta y salió de la estación, en dirección al Cyrano, adonde se había dirigido todo el tiempo.

El grupo familiar estaba sentado alrededor de la mesa y hablaban en voz baja. Robert se sentó al lado de Yves. “No podemos tenerla allí para siempre”, decía alguien. “Y, por supuesto, tiene que comer”. “¿Quién?”, preguntó Robert, pero nadie le respondió.

“Podríamos intentar trasladarla a la biblioteca de la Sorbona durante unos días”, dijo otra persona. “Allí duermen estudiantes todo el tiempo”.

–¿Y después de eso? –dijo André–. No podemos seguir moviéndola como si fuera un saco de grano. Tarde o temprano, alguien se dará cuenta de que tenemos a Patrice y entonces nos seguirán.

–¡Patrice! –dijo Robert, esta vez más alto–. ¿Qué le pasó?

“La policía la quiere”, dijo Yves.

–¿La policía? –preguntó Robert–. ¿Qué quieres decir?

–¿Qué crees que quiero decir? –preguntó Yves–. André dijo que la policía está buscando a Patrice.

“¿Han entrado aquí?”, preguntó Robert. “¿Los has visto?”

–No –dijo Yves, esta vez más despacio–. Pero una vez estábamos caminando con Patrice hacia el apartamento de André y oímos un extraño sonido mecánico detrás de nosotros. André estaba más asustado que nunca.

Robert se estremeció, un temblor lento que empezó en su columna y se fue extendiendo hacia afuera. –Mecánico –dijo, tratando de sonar despreocupado. Vio por la expresión de Yves que no lo había logrado–. ¿Cómo sonó?

–Como si fuera un tema monótono –dijo Yves–. Ya sabes, como si algo se repitiera una y otra vez. ¿De qué trata todo esto? André acaba de decir que fue la policía.

–No –dijo Robert. Se estremeció de nuevo. Me siguió de vuelta, pensó. Me siguió de vuelta a través de las avenidas del tiempo. Quiere a Patrice, pero probablemente tampoco le importaría atraparme a mí–. No, no es la policía.

–¿Qué pasa? –preguntó Yves, pero Robert lo interrumpió–. ¿Dónde está Patrice ahora? –preguntó.

–Oh, Patrice –dijo Yves, riéndose un poco–. Espera a que sepas dónde la hemos puesto. Está en la cabina de iluminación del circo, a la vuelta de la esquina. Uno de mis amigos trabajará allí hasta mañana. Yves se rió de nuevo. –Imagínate, un espectáculo gratis todas las noches. Me pregunto si le hará algún bien. Parecía un tipo muy serio.

Robert apenas lo oyó. El hombre de la máscara, pensó, sintiendo frío. Las líneas del tiempo están abiertas, el hombre de la máscara está aquí.

No había planeado volver al apartamento de André con los demás después de que terminara la reunión en el café, pero no podía caminar solo hasta su casa o la estación de metro. La seguridad estaba en los números. Se encontró caminando junto a André, temblando por algo más que el frío.

“El hombre de la máscara nos siguió”, dijo Robert.

–Sí –dijo André–. No creí en tu descripción de él, pero ahora... –Se interrumpió–. Sólo oírlo me dan ganas de correr para siempre, de correr hasta encontrar un agujero oscuro en el que meterme... Toda mi vida, mis padres, mis maestros, todo el mundo me ha dicho que tengo una imaginación hiperactiva, como si eso fuera algo vergonzoso. Pero por primera vez en mi vida casi renunciaría a mi imaginación, renunciaría a todo, sólo para dejar de ver esas imágenes ante mis ojos. –Se detuvo y pensó un rato–. ¿Sabes? –dijo finalmente–, casi puedo oír palabras en ese ruido sin sentido.

–Eso son palabras –dijo Robert–. Tal vez sean tuyas, tal vez provengan de algún lugar de tu subconsciente en el que no quieres indagar demasiado. No lo sé. Intenta no escucharlas.

André se detuvo. El viento silbaba con fuerza, trayendo historias. –¿Escuchaste...? –dijo André.

–No –dijo Robert. Se apresuraron, casi corriendo, para alcanzar a los demás.

El apartamento de André en la rue Fontaine era luminoso y acogedor. La esposa de André, Simone, había dejado el fuego encendido en la chimenea y se había ido a dormir. Máscaras talladas de Oceanía miraban hacia abajo en señal de bendición al grupo que estaba sentado en muebles de segunda mano en la sala de estar. Alguien fue a la cocina a buscar bebidas.

–Tu mejor recuerdo de infancia –le dijo Louis a Yves, sentándose a su lado.

“El día que fuimos a la playa y casi me ahogo”, dijo Yves. “El cielo azul brillante, y el mar verde, y el cielo azul otra vez, una y otra vez como un carrusel de caballos azules y verdes que nunca se detenía. Así es como imaginé que sería el cielo, a partir de ese día. Y luego, cuando me sacaron del océano y me hicieron tumbarme en la arena cálida... Casi me decepcioné”. Se volvió hacia el estudiante que estaba sentado a su lado. “Tu recuerdo más erótico”, dijo.

El estudiante se rió un poco, avergonzado. Nadie se rió con él. Miró a su alrededor, al grupo expectante, abrió la boca, la cerró y dijo apresuradamente: –Una prostituta que recogí en la Place Pigalle hace dos días. Parecía que iba a decir algo más, pero se volvió hacia Robert y dijo: –Tu sueño más realista.

Robert se quedó paralizado. Miró a André en busca de ayuda, pero André se cuidaba de no mirarlo. –Oh –dijo, intentando sonar descuidado–, nunca recuerdo mis sueños. André frunció el ceño. Robert se volvió hacia Louis. –Tu método favorito de viajar –dijo.

La conversación en el apartamento continuó. La luz del fuego iluminaba las máscaras talladas. Una vez, André reprendió a alguien que le pidió la obra de arte favorita de su vecino. "Aquí no estamos hablando de arte", dijo André. "Estamos hablando de la vida".

Uno a uno, los surrealistas se fueron a casa. Todavía estaba oscuro. “Puedes dormir en el sofá si quieres”, dijo André, y Robert se sintió agradecido por partida doble: una vez por la invitación y otra porque no habían tenido que hablar de por qué Robert no podía irse a casa en la oscuridad.

–Gracias –dijo, sentándose en el viejo sofá, sabiendo de memoria dónde estaban los dolorosos muelles rotos. Era casi como en los viejos tiempos, cuando dormían juntos varias veces por semana. Se dio la vuelta para dormir. Un zumbido insistente, como de maquinaria, ya empezaba a recorrer sus sueños.

Se despertó alrededor del mediodía, aliviado de no haber gritado en algún momento de la noche. Sus sueños habían sido sobre trenes que llegaban y partían, sobre un conductor vestido de negro con botones plateados hechos de estrellas.

El conductor lo había estado llevando a algún lugar, llevándolo lejos. Y detrás de ellos apareció el hombre de la máscara... Se dio la vuelta, tratando de disipar el sueño.

–Buenos días –dijo André entrando en la sala y acomodándose la corbata roja–. ¿Estarás en el café esta noche?

–¿Quién puede planificar con tanta antelación? –dijo Robert, bostezando y sentándose–. Ahora mismo creo que iré a casa a cambiarme. Después de eso, ¿quién sabe?

–Pensé que querías estar allí –dijo André–. Por Patrice.

–¿Patrice? –dijo Robert, pero lo dijo en voz baja y André ya se había ido.

Fue al café de Hélène y se sentó en una mesita cerca de la entrada para escucharla cantar. Una sensación de inquietud se apoderó de él, una sensación de que algo estaba a punto de suceder o que ya había sucedido. Una sensación de que debería estar en otro lugar.

No le gustaban las canciones que cantaba Hélène, las baladas sentimentales de antes de la guerra. Pero le gustaba su voz, clara y elevada contra las notas del piano que había detrás de ella, y le gustaba su manera de comportarse en el escenario, con una luz que la iluminaba mientras cantaba. Iba lentamente de mesa en mesa, deteniéndose un poco más donde él estaba sentado. Le sonrió. Y, sin embargo, la

sensación de que había olvidado algo crecía: no una cita para cenar ni el cumpleaños de un amigo, sino algo importante, algo vital.

En el descanso se levantó y se encontró con Hélène. –Vámonos –dijo, con más dureza de la que pretendía.

–¿Irme? –dijo Hélène–. Pero todavía me queda casi toda la noche...

–Diles que estás enferma –dijo–. Aquí debe haber habido gente enferma antes. –Vió su rostro y dijo: –Por favor.

–Pero ¿por qué? –dijo–. No puedo. Acabo de empezar...

–Tenemos que irnos –dijo–. Alguien nos necesita. Patrice. –¿Él... el hombre del que me hablaste? –dijo ella. Él asintió.

“¿El del futuro? ¿Pero cómo lo sabes?”

“Lo sacarán hoy de su escondite”, dijo. “Yves me lo dijo ayer, pero no pensé en nada. E incluso esta mañana, cuando André me preguntó si estaría en el café, no pensé en nada. Estaba aterrorizado”.

“¿De qué?” dijo ella.

–Del hombre de la máscara –dijo. Ella asintió–. Te hablé de él, pero no te dije... no te dije cómo era realmente. Si tuviera que pasar un día con él en esa habitación, sólo un día más...

Y esta vez no creo que pueda salir.

–No lo entiendo –dijo–. ¿Qué tiene que ver eso con...?

–No lo sé –dijo–. Lo único que sé es que tengo la sensación de que Patrice nos necesita. Nos necesita ahora, antes de que sea demasiado tarde. –La miró. Sabía que no tenía derecho a suplicarle de esa manera. Nunca le había pedido nada antes. Trató de explicarse–. Necesitamos tu ayuda, o... no sé. Tal vez no exactamente ayuda. Solo tengo la sensación de que deberías estar allí.

–Está bien –dijo, perpleja–. Dame un minuto para hablar con el gerente. Y para cambiarme. –Movi6 la mano para mostrar su vestido escotado, sus tacones altos, su boa de plumas.

–No –dijo. La urgencia se estaba volviendo casi física–. No cambies. Hemos esperado demasiado.

–Está bien –dijo, todavía desconcertada. Lo dejó por un rato y luego regresó–. El gerente dice que ya puedo irme –dijo–. Dice que incluso parezco enferma. ¿Cuándo me dirás de qué se trata todo esto?

–Cuando me conozca –dijo–, nos vamos. Cruzaron París en metro hasta el Cyrano. Robert, que ahora corría, entró apresuradamente en el café. Hélène lo siguió más lentamente con sus tacones altos. André y el resto del grupo no estaban allí.

–Vamos –dijo, y salió corriendo–. Tendremos que ir al circo ahora. Espero que no sea demasiado tarde.

–¿El circo? –dijo ella, respirando con dificultad, obstaculizada por los tacones altos y el vestido. Él esperó un momento, preguntándose qué tan rápido podría correr sin ella, qué tan pronto podría alcanzarlo si la dejaba. Mientras estaba de pie en la esquina de la calle, escuchó gritos y alaridos y se dio vuelta para ver al grupo que se acercaba hacia ellos.

–¡Hola! –los llamó André–. Al fin y al cabo, lo consiguieron.

–Sí –dijo Robert–. ¿Y Patrice... es...?

–Está aquí –dijo André. La multitud se abrió un poco.
–Hola, Robert –dijo Patrice.

–¿Está él... estás bien? –preguntó Robert. Patrice asintió–. Corrí tan rápido... Estaba seguro de que algo... –Miró a su alrededor–. Supongo que podría haber caminado –dijo. Se desplomó contra una pared y se relajó un poco–. Estaba equivocado.

“Todavía tenemos que trasladarlo”, dijo André. “¿Adónde vamos esta noche?”

–El cementerio –dijo alguien–. Una de las bóvedas.

–El metro –dijo alguien más–. Mi primo es revisor.

Podríamos esconderlo en la parte delantera...

"En la estación de bomberos."

–¡La comisaría!

–En casa de Bricktop –dijo Hélène suavemente.

“La librería, allá atrás, donde trabajo...”

Un suave ruido les hizo darse la vuelta. “Un coche”, dijo Yves riendo nerviosamente.

El sonido se hizo más fuerte, más insistente: el sonido de las máquinas. “Tenemos que irnos”, dijo André. “Tenemos que decidirnos ahora e irnos”. Parecía paralizado por el ruido.

“¿Qué pasa?”, dijo alguien.

–Por aquí –dijo Robert, eligiendo una dirección al azar–. Vamos.

Lo siguieron. No tenía idea de adónde los llevaría, pero la necesidad de alejarse era más fuerte que cualquier necesidad de quedarse y hacer un plan. El grupo fue frenado por los talones de Hélène y por algunas personas que pensaron que todo era una broma. La noche era fría pero clara.

–Aquí abajo –dijo, doblando rápidamente una esquina.

–Callejón sin salida –dijo Antonin.

–Parece un callejón sin salida –dijo Robert, aminorando el paso, molesto. Oyó, o creyó oír, el sonido de una maquinaria detrás de ellos, regular como un reloj. Las casas que había encima de ellos se inclinaban unas contra otras, casi impidiendo que se vieran las estrellas–. Por aquí. –Atravesó un patio y se escondió detrás de un edificio de apartamentos.

–Estaba hablando –dijo Antonin, apresurándose para alcanzarlo, respirando con dificultad– metafóricamente. Hay un policía al otro lado.

Robert casi se detuvo. El edificio de apartamentos conducía a otro edificio de apartamentos, y más allá de este podía ver la calle. –¡Por el amor de Dios, por favor, cállate por una vez en tu vida! –dijo enojado, doblando la esquina hacia la calle–. Esto no es un juego. Esto no es... –Se detuvo para recuperar el aliento. Algo retumbó en los callejones detrás de él y se esforzó por captar el sonido. Había sonado como un techo cayendo. Se estremeció, imaginando al hombre de la máscara, enorme contra las estrellas, destrozando los edificios en su persecución implacable–. Esta no es una de tus estúpidas metáforas surrealistas. Esto es real, ¿entiendes? La vida real. Podríamos morir.

–¿Hay algún problema? –Un policía apareció de repente entre la noche. Hélène, que estaba a cierta distancia de ellos,

seguía avanzando. Había empezado a cojear—. Tendrán que estar en silencio, la gente está intentando dormir.

—No —dijo Robert—. No pasa nada. —Hablaban en voz baja, casi inaudible. Toda su vida le habían desagradado los policías—. Lo siento.

El policía asintió y los dejó ir. “No es una metáfora en absoluto”, dijo Louis.

—Quizá sea una metáfora de otra cosa —dijo Antonin—. O quizá no. Quizá un policía.

—Sin duda, es un policía —dijo Jacques. Abrió la mano como un mago. Allí, en el centro de la palma, brillando como la plata, estaba la placa del policía—. Felicítenme, caballeros. Nunca había cogido una de estas. Cerró el puño y lo abrió de nuevo. La placa había desaparecido.

—Tenemos que irnos —dijo Robert desesperado. ¿Cómo había llegado a ser el líder de este grupo de niños? ¿Cómo había llegado a ser responsable de sus vidas? Siempre había sido el irresponsable. —Vamos —dijo. Los condujo por otra calle lateral.

Yves se había detenido. —Mira —dijo, señalando. Un árbol crecía cerca de una farola, ardiendo de verde con la luz de la lámpara. Más allá del árbol, el cielo era negro como la noche. —Podría pintar eso —dijo—. El árbol, de pie a las puertas del sueño, y el sueño que está más allá. Ya sé cómo pintaría eso.

Robert se detuvo, exasperado. “Tenemos que irnos”, dijo. “Ahora”.

–Pero ¿dónde estamos? –dijo Yves–. Quiero volver.

–No importa –dijo Robert con dureza–. Sé dónde estamos.

Caminaban, aminoraban el paso, casi se detenían. El ruido mecánico había quedado atrás. La boa de plumas de Hélène se deslizó sin hacer ruido hasta el suelo. –Permíteme –dijo Louis. La recogió y se la colocó sobre los hombros. Hélène se rió.

–Silencio –dijo Robert y se arrepintió de inmediato de haberlo dicho. Ya no había prisa, ninguna urgencia. Podrían vagar por las calles de París para siempre, una fiesta para locos. Tal vez estarían allí para siempre, una leyenda, una constelación: los Viajeros Eternos. La noche se extendía hasta el infinito. Quería decidir dónde esconderían a Patrice para pasar la noche, pero su cerebro no funcionaba. ¡Corre!, le decía su cerebro. ¡Sigue moviéndote! ¡El hombre de la máscara viene! –André –dijo finalmente–. ¿Adónde vamos?

–No sé... –dijo André. Se detuvo–. ¿Has oído eso?

–No –dijo Robert. El zumbido de la maquinaria oxidada se había acercado a ellos, ahora bastante fuerte. Comenzaron a correr, sin necesidad de que nadie los animara, dispersándose en todas direcciones y luego volviendo a juntarse instintivamente para protegerse. Doblaron por

calles laterales, callejones, patios, pisaron las aceras, corrieron sin aliento por las calles principales, esquivando los pocos autos. Hélène había perdido sus zapatos y corría en medias. Robert siguió a sus amigos por una colina empinada, consciente de que por una vez estaba en una parte de París que no conocía. Le dolían terriblemente los pies. Se preguntó si podría llevar a Hélène.

–Deteneos –dijo la voz mecánica detrás de ellos–. No podéis correr más rápido que yo. Dondequiera que vayáis, yo también iré. No podéis esconderos. Deteneos y hablaremos.

Robert se rió brevemente, recordando cómo habían hablado juntos en la habitación sin luz. Algunas personas redujeron la velocidad al oír la voz. Patrice se había dado vuelta y estaba a punto de decir algo.

–¡Vamos! –dijo Robert–. No puedes hablar con él. ¡No seas estúpido!

Patrice se detuvo, confundido. Dio unos pasos hacia la voz. El hombre de la máscara se acercó y Robert casi pudo oírlo respirar en la oscuridad, la criatura de su pesadilla. Delante de él, el grupo había doblado una esquina y, de repente, Robert supo dónde estaba. –¡Vamos! –le dijo a Patrice–. No quieres hablar con él. ¡Créeme!

Patrice se dio cuenta poco a poco de la presencia de

Robert. Se apartó del hombre de la máscara, su confusión se disipó y asintió. Él y Robert corrieron hacia la esquina, persiguiendo frenéticamente a los que se habían adelantado. Robert se apresuró hacia la cabeza del grupo. Sabía a dónde iban ahora. Los llevaría a la calle principal más cercana, donde había luces brillantes y gente, y esperaría que la pesadilla se disolviera en la realidad. Corrió por un pasillo entre dos edificios y cruzó un patio. Doblaron por otra calle y luego entraron en la Rue Fontaine, muy cerca de donde habían empezado.

–Robert –dijo la voz detrás de él–. No puedes correr más rápido que yo. Te traeré de vuelta a la habitación conmigo. Terminaré lo que he empezado.

–¡No! –gritó Robert triunfante, sin mirar por encima del hombro. Ya casi habían llegado. Algunos transeúntes se giraron para mirarlo cuando gritó, pero no les prestó atención. Se preguntó si podían ver al hombre de la máscara, visible ahora bajo las luces chillonas de la calle, y qué pensarían. Sintió una alegría perversa al perder su pesadilla en las calles de París.

Una cuadra más allá se encontraba el teatro al que él y André habían ido esa tarde. Parecía que habían pasado años. Robert se volvió y señaló el teatro. Algunos de ellos asintieron.

“¿Qué...?”, dijo alguien. “¿No lo ves?”, quiso decir Robert,

con las energías ocupadas en correr. “El hombre de la máscara viene de nuestras pesadillas. No se atreverá a seguirnos hasta el Palacio de los Sueños”.

Uno a uno, entraron en el teatro. “Espera”, dijo el cajero, aparentemente indeciso sobre enfrentarse a tantos. Robert miró hacia atrás. Louis había encontrado un elegante sombrero de mujer en algún lugar para combinar con la boa de plumas. El cajero miró a todos con una mirada desesperada. No se preocupe, quiso decirle Robert. Todos estamos con ese hombre de ahí, el hombre de la máscara. “Robert”, creyó oír que decía el hombre de la máscara. “Vengan...” Entonces todos estaban dentro del teatro a oscuras. Creyó oír al cajero gritar.

Se apiñaron contra la pared, incapaces de encontrar asientos en la oscuridad. En la pantalla parpadeante, hombres de rostros duros y mujeres hermosas caminaban por las calles de un pueblo estadounidense. Gánsteres, pensó Robert, deseando poder quedarse y ver el resto de la película. Su corazón latía con fuerza, ahogando todos los demás sonidos. Tenía la boca seca.

Un alboroto en las puertas del teatro le hizo darse la vuelta. Una sombra oscura se encontraba al fondo del teatro, inmóvil, como si los buscara. Algunas de las personas que estaban dentro del teatro se habían dado vuelta para mirar las puertas. Alguien gritó y se quedó quieto. Robert sintió que el sabor del miedo le invadía la boca.

Había cometido un error. El hombre de la máscara los había atrapado dentro.

Robert miró a su alrededor desesperanzado, buscando una salida. Los hombres y mujeres de la pantalla habían entrado en un bar clandestino y estaban bebiendo y riendo. Al lado de la pantalla había una escalera. Robert sintió que una extraña calma, agotada, lo invadía. Había encontrado su última oportunidad.

–Vamos –dijo al grupo que estaba detrás de él–. Por aquí. –Sin preguntarse si funcionaría, caminó hacia el frente del teatro y acercó la escalera a la pantalla. La pantalla se hundió un poco, distorsionando ligeramente a los hombres y mujeres de la película, cuando la escalera quedó apoyada en la pared detrás de ella.

La gente en el teatro se movía inquieta. “¿Qué demonios crees que estás haciendo ahí?”, le gritó alguien. “¡Luces!”, gritó alguien más. Empezó a subir la escalera, lentamente, con cuidado. Los surrealistas se dirigieron hacia la parte delantera del teatro, siguiéndolo. Algo golpeó la pantalla a su lado y miró hacia el público. El hombre de la máscara lo había visto y se estaba acercando. Se volvió hacia la pantalla...

La pantalla se disolvía frente a él como una nube. Entró, tratando de encontrar el equilibrio sobre el sólido suelo del bar clandestino. Los hombres y mujeres que estaban dentro

del cine se detuvieron un momento para mirarlo. –Muy bien –dijo, respirando profundamente. Su voz temblaba terriblemente y se preguntó cuánto tiempo sería capaz de permanecer de pie–. Todos... cambien todos de bebida.

Capítulo IX

“¿Quién habla de controlarnos, de hacernos contribuir a la abominable comodidad terrenal? Queremos, tendremos el Más Allá en nuestro tiempo. Para ello sólo necesitamos hacer caso a nuestra propia impaciencia y permanecer perfectamente obedientes a los mandatos de lo maravilloso.”

André Breton

Los hombres y mujeres de la película seguían mirándolo cuando los demás empezaron a llegar. André, con una expresión salvaje en sus ojos azul verdosos, habitualmente reservados. Louis, con la boa de plumas y el sombrero ancho. Hélène, todavía descalza. Patrice, con expresión

desconcertada. Una o dos personas que Robert no conocía: Yves, Antonin, Jacques y algunos estudiantes.

La docena de personas que se agolpaban en el bar clandestino. “¿Esto es parte de la película?”, preguntó alguien en un susurro. “¿Nos están viendo ahora?”.

–No lo sé –dijo Robert. El aire parecía parpadear frente a él, prismas de luz que llegaban en el aire. Se metió las manos en los bolsillos para evitar que le temblaran. Esto no era un sueño. Delante de testigos, de alguna manera había logrado abrirse paso dentro de una pantalla de cine. –Escucha –dijo.

No le hicieron caso. Uno o dos intentaban entablar conversación con los camareros del bar clandestino, que lucían en blanco y negro en contraste con los llamativos colores de los surrealistas. Alguien pedía una bebida. Otro intentaba, galantemente, quitarle un par de zapatos a una de las mujeres para Hélène.

–Escucha –repitió Robert, más alto–. ¿Oyes algo?

Algunos de ellos se detuvieron. «Algo...», dijo uno de ellos. ¿Era el zumbido del proyector o algo más, otro zumbido mecánico? ¿Se estaba haciendo más fuerte?

–Vamos –dijo Robert–. Tenemos que salir de aquí.

–Espera un momento –dijo Jacques–. He estado hablando con este tipo que está ahí, junto al bar. Dice que está

empezando a construir un imperio y que podría tener un trabajo para mí en Chicago...

–¿Estás loco? –dijo Robert–. Ninguna de estas personas está diciendo nada. Las películas son mudas, por el amor de Dios.

–Sí, bueno, ¿por qué no te vas sin mí? –dijo Jacques–. Te veré en algún lado más tarde.

Robert casi se echó a reír. Tal vez ésta fuera la salida. Tal vez el hombre de la máscara, enfrentado a doce lunáticos, simplemente daría media vuelta y se iría a casa. Robert quería quedarse tanto como cualquiera. Qué oportunidad, pensó. Qué posibilidades.

El ruido mecánico se hizo más fuerte. “Escucha”, le dijo Robert a Jacques. “Podrías morir si te quedas aquí. Es tu elección. ¿Quieres salir y sobrevivir hasta 1929 o quieres quitarte cuatro años de vida? En realidad, no me importa”.

–¿Qué te pasa, Robert? –preguntó Jacques–. Antes solías tomarte las cosas con más calma.

–He visto algo –dijo Robert–. Algo que será mejor que reces para no ver nunca en tu corta, feliz y estúpida vida. Cuando esto termine, me tomaré las cosas con tanta calma como quieras. Tranquilamente. Ahora, ven.

–¡Por aquí! –les dijo André, llamándolos–. Hay una puerta por aquí que da al exterior.

Algunos del grupo empezaron a seguir a André al exterior. Los personajes de la película se miraron entre sí, retomando el hilo de la trama. Supongo que, pensó Robert, para ellos tampoco éramos reales.

–La oportunidad de mi vida –dijo Jacques con tristeza–. La mejor oportunidad de mi vida. Adiós para siempre.

¿Y ahora qué?, pensó Robert, mientras lo seguía. ¿Otro escenario de película? ¿Las calles de Chicago? ¿De vuelta a París?

Una luz blanca y clara lo iluminó. Una amplia calle blanca se extendía a lo lejos. Losas y pilares blancos recorrían el camino. “Dios mío”, dijo alguien. “¿Dónde estamos ahora?”

La sombra alargada de un hombre apareció al lado de una de las columnas más alejadas. El hombre dio un paso alrededor de la columna, seguido por cinco o seis personas más. Robert y su pequeño grupo permanecieron inmóviles bajo la luz intensa y fuerte, sus colores de carnaval se desvanecían bajo la luz del sol. Robert se sintió pequeño, insignificante. Se quedaron en silencio, esperando.

“Hola”, dijo una de las personas. “Nos alegra saber que pudiste venir”.

“¿Dónde?”, preguntó Robert. “¿Dónde estamos?”

–De vuelta –dijo el hombre–. Estás de vuelta en el futuro.
–El futuro...

"Dónde–"

“–Naves espaciales–”

“–No entiendo–”

El futuro. Robert buscó a Solange entre el grupo, buscó tontamente, ya que había visto que ella no estaba allí. “El... el futuro”, dijo. “Ha cambiado bastante desde la última vez que estuve aquí”.

El hombre se rió. Era mayor que los demás, tenía el pelo blanco y el rostro bronceado y surcado de arrugas. “Estamos aún más lejos en el futuro”, dijo. “Tan lejos de 1968 como tú, pero en la otra dirección”.

–Oh –dijo Robert. Había un millón de preguntas que quería hacer, pero solo había una pregunta real. ¿Solange? ¿Dónde estaba? Su corazón se estremeció ante la posibilidad de volver a verla.

–Bueno –dijo el hombre, al ver la indecisión de Robert–. Podemos sentarnos en algún lugar y ponernos cómodos, si así lo desea. Esta calle no está hecha para la comodidad.
–Parecía haber más en sus palabras que el significado

superficial-. Por cierto, me llamo Henri.

-Robert -dijo. Henri asintió, como si lo hubiera sabido. Robert se volvió hacia su grupo. -Vamos, gente -dijo. Habían estado hablando entre ellos, mirando a su alrededor con asombro. Nada los mantuvo en silencio por mucho tiempo. Algunos ya habían comenzado a alejarse. -Henri nos llevará a otro lugar. Se volvió para ir con Henri, sin comprobar si lo seguían. Se sentía como un peregrino, un viajero que inicia un largo viaje pero con el destino conocido. La esperanza había echado raíces en su corazón una vez más. Se pusieron en camino por el camino blanco.

Detrás de él oyó, o imaginó que oía, el sonido de un cambio de marchas.

El camino estaba extraordinariamente caluroso. Estaban atrapados entre la intensa luz blanca del sol y el resplandor de la carretera. Robert se quitó el abrigo y lo dejó caer al suelo. Vio que algunos de los otros estaban haciendo lo mismo. Una inquietud, casi una sensación de temor, lo invadió. ¿Adónde los llevaba Henri? Parecía bastante amable, pero ¿quién era? ¿De qué lado estaba? El camino, las losas de hormigón, los pilares parecían no tener fin. Robert aminoró la marcha. ¿Y si era una trampa?

El sol se apagó de repente. El camino y los pilares se alzaron con una blancura asombrosa. Antes de que pudiera parpadear, el sol volvió a brillar sobre ellos, tan caliente

como antes. Miró a su alrededor con atención. ¿Qué había sucedido? ¿Lo había imaginado? Uno o dos más aminoraban el paso, inseguros. El intenso calor dificultaba el habla.

–¿Qué...? –preguntó Robert. Henri no pareció oírlo.

–¿Quién eres tú, por cierto? –preguntó André, más alto–. ¿Adónde vamos?

Los pilares, el camino, las losas se volvieron negros como la noche. Esta vez el sol permaneció como estaba. Robert aminoró la marcha, sintiéndose casi cegado. El camino y las losas se volvieron blancos otra vez, silenciosos, aburridos, interminables. –Está bien –dijo Robert. Le costó mucho trabajo hablar–. ¿Dónde diablos estamos?

–A la vuelta de la esquina –dijo Henri. Robert vio con sorpresa que Henri también tenía dificultades para hablar–. Ya casi estamos allí.

La carretera se curvaba de forma casi imperceptible. Robert nunca se habría dado cuenta de la curva si Henri no hubiera mencionado la esquina. Parecía que tardaría una eternidad en doblar la curva. La carretera cambió lentamente. Los árboles, insoportablemente verdes contra el paisaje blanco, se alzaban a los lados ahora en lugar de columnas. La carretera pasó lentamente del blanco al gris y al marrón tierra. Los árboles se acercaban, se hacían más numerosos. La sombra salpicaba la luz del sol. Robert se

sintió como si hubiera llevado una carga pesada durante muchos kilómetros y ahora finalmente pudiera dejarla. Comenzó a caminar más rápido.

La hierba crecía en el camino. Vio a Hélène correr los pies por la hierba fresca, con placer en el rostro.

–¿Dónde estamos? –dijo Robert–. Esto no es París.

–Las afueras –dijo Henri. Se sentó pesadamente y los demás se sentaron en semicírculo frente a él–. Ése es el camino que toma el ejército. Tuvimos que cambiarlo debido a la guerra.

–¿Guerra? –preguntó Robert. Miró a su alrededor–. ¿Lo que pasó en la carretera fue por culpa de la guerra?

–¿Qué pasó? –repitió Henri pensativo–. Es difícil decirlo. No sé qué viste. Cada persona ve cosas distintas.

–No... no lo entiendo –dijo Robert.

“Siempre es difícil recorrer ese camino”, dijo Henri. “Lo creamos para que fuera un lugar negativo, un lugar lo más inoportuno posible. En cuanto al resto, bueno, tu subconsciente toma el control”.

André miró hacia arriba, fascinado.

“Luchamos con las únicas herramientas que tenemos”, dijo

Henri. “Las herramientas que nos dieron los surrealistas hace mucho tiempo: arte, magia, sueños”.

André empezó a decir algo, pero Robert no lo oyó. Más allá de los árboles, atravesando un pequeño campo, Solange caminaba hacia ellos. Con una sensación de inevitabilidad, de *déjà vu*, Robert se levantó y corrió hacia ella. Se encontraron en medio del campo, riendo.

–¿También eres algo de mi subconsciente? –dijo Robert–. ¿Algo de mis deseos esta vez, en lugar de mis pesadillas?

–No –dijo ella–. Aquí estoy. Tenía que venir.

La rodeó con sus brazos, deleitándose con su sensación de solidez. Por fin estaba allí, por fin era suya. Se habían perseguido el uno al otro a través de las corrientes conflictivas del tiempo solo para encontrarse aquí en este lugar, libres del pasado y del futuro, aquí en el momento presente. Era el momento, y más que el momento. La besó. –Te amo –dijo suavemente.

Se separaron lentamente. Él la abrazó y el corazón le latía con fuerza por su osadía. –Vamos –dijo ella, casi en un susurro. Sus ojos eran oscuros, ilegibles–. Estoy compartiendo un lugar con otras personas.

Ella lo guió a través del campo. ¿Siempre había estado allí aquella casa o se había materializado ante ellos, otro objeto de sus sueños? Parecía grande, de muchos pisos, con un seto

a su alrededor y un lago detrás donde unas cuantas personas remaban. Entraron (no estaba cerrado con llave) y atravesaron un corredor con puertas a ambos lados. En una ocasión, a él le pareció ver algo a través de una puerta abierta que parecía un salón de espejos. Ella subió un tramo de escaleras y abrió una puerta.

Una vez dentro, tuvo que detenerse y recuperar el aliento. Una extraña sensación de asombro lo invadió. Aquélla era su habitación. Todos los objetos eran a la vez sagrados y profanos: parecía que lo había sabido toda su vida, a pesar de su educación católica bastante estricta. Sin embargo, allí, en su habitación, lo sentía con más claridad que nunca. Aquélla era la mesa en la que se sentaba para escribir, comer, leer. Ésa era su silla. Ésa era su cama.

Ella tomó su mano y lo condujo a la cama. –Quería explicarte algo –dijo, sentándose cerca de él. Él asintió. Su proximidad le dificultaba concentrarse–. Parece... –Se detuvo, perdida. Se rió un poco y continuó–. Luchamos en la revolución, en parte, por amor –dijo–. Para que la gente sea libre de amar, libre de seguir sus deseos. No atrapada en la idea de que el amor es solo otra mercancía, como el jabón para lavar la ropa.

Él abrió la boca para decir algo, pero ella lo detuvo. –No, déjame terminar –dijo con su voz clara–. Sé que esto suena como un discurso, lo siento. He estado pensando en esto durante mucho tiempo. Verás –dijo, apartando la mirada de

él, incapaz de mirarlo a los ojos–, sabía todo eso. Pero estaba tan atrapada en la huelga, tan ocupada luchando, que quería dejar el amor de lado para otro momento, hasta que tuviera tiempo de pensar en ello. Pero estaba equivocada. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

“Sí”, dijo.

–Y entonces... Bueno, pensé en ti como en una persona de la historia. Había estado leyendo sobre ti durante tanto tiempo, leyendo y soñando... Cuando... Cuando empecé a viajar a través del tiempo, cuando empezamos a pensar en ponernos en contacto contigo... de repente mi vida ya no era real. Quienquiera que estuviera viendo no era real para mí. Cuando veía a Paul, por ejemplo. Solo tú eras real, y ni siquiera estabas allí. Eras un sueño. Él asintió, asombrado por su comprensión, por lo bien que había expresado sus sentimientos. No podía confiar en sí mismo para responderle.

–Soñé que me amarías –dijo ella, mirándolo con valentía, como si leyera sus pensamientos. Tenía el rostro enrojecido–. Pero no podía creerlo cuando realmente lo hiciste, no podía creer mi suerte. No quería seguir adelante. Tenía miedo de que desaparecieras, miedo de haberte inventado. Tenía miedo de despertar.

–No –dijo–. No. Te amo.

Ella lo abrazó durante un buen rato. “Es ridículo”, dijo finalmente, alejándose un poco de él. “Ni siquiera vivimos en la misma época”.

“No me importa”, dijo. “Eso no es importante”.

“Tienes razón”, dijo ella. “Tú fuiste el verdadero revolucionario. A pesar de tus negaciones. Tú fuiste quien siguió sus deseos. Yo estaba tratando de ignorar los míos. Esperando que se fueran y volvieran cuando estuviera lista para ellos”.

–Tranquila –dijo. Se inclinó y la besó. El deseo se apoderó de él con fuerza–. Los verdaderos revolucionarios no hablan tanto.

Ella se rió. Le devolvió el beso con fuego, con pasión. Todo había valido la pena, la espera había valido la pena, pensó él. Comenzó a desvestirla, maravillándose, mientras su cuerpo se abría como una rosa ante él.

Después se tumbaron juntos, uno junto al otro, uno dentro del otro. Tenían las piernas dobladas, las manos entrelazadas, parecían correr. Soñó que corrían, ella lo guiaba, yendo hacia algo que se veía muy lejos, en la distancia. Había colores brillantes, risas, fragmentos de buena música. Vio a algunas personas con máscaras, no las máscaras de metal y piel distorsionadas que temía, sino máscaras brillantes y abiertas, máscaras que revelaban más

de lo que ocultaban. Un hombre negro tocaba la guitarra. Y detrás de ellos, en la oscuridad, algo los seguía.

Se despertó. No había gritado. Acostado junto a ella, tuvo la sensación de que habían llegado a un lugar seguro. Se dio la vuelta y sonrió para sí mismo. Ella seguía dormida.

Al cabo de un rato se levantó y caminó por la pequeña habitación. Tocó la silla, la mesa, las plantas que ella tenía creciendo en la ventana. Abrió la puerta; daba al pasillo y a las habitaciones de otras personas, pero no le interesaban. Cerró la puerta de nuevo.

En un rincón había algo que parecía un tocadiscos. Se acercó y se arrodilló junto a él. Parecía terriblemente complejo, con botones y perillas que nunca había visto antes, pero todo estaba etiquetado y en cuestión de minutos estaba buscando entre la pila de discos que había a su lado. Encontró el disco que quería, como sabía que sucedería. “Las brillantes torres caídas de la luna”.

Se despertó al oír la música y le sonrió. Era extraño ver el contraste entre los dos: la vibrante cantante viva del disco y la mujer que acababa de despertarse en la cama. Y, sin embargo, eran indiscutiblemente la misma persona. Algunos de los instrumentos del disco le eran desconocidos y algunos de los ritmos eran difíciles de seguir, pero la música tenía la misma intensidad, las mismas verdades que las grabaciones de blues que había escuchado en su frío apartamento. El

disco era tan importante para él como había sabido que sería. Lo escucharía cien veces.

Parte de su satisfacción se desvaneció cuando se vistieron juntos. Ni siquiera vivimos en la misma época, había dicho ella. Era imposible, ridículo. Eso no era importante, había dicho él. Pero lo era. Las corrientes del tiempo los habían unido por un tiempo y podrían fácilmente separarlos. ¿Quién sabía cuándo volverían a encontrarse? No es justo, pensó. He conocido el amor por primera vez, y ahora me lo van a negar. Se sentía enojado con alguien, enojado e incómodo.

Salieron y caminaron lentamente hacia la calle. André y Henri estaban sentados donde los habían dejado, enfrascados en una conversación. André levantó la vista y les hizo un gesto con la cabeza cuando se acercaron. –Miren –dijo. Extendió las manos con las palmas hacia arriba. De una de ellas creció una flor, con hojas que se desplegaban al mismo tiempo. Dio una palmada y la flor desapareció.

Robert parpadeó. “¿Cómo...?”, dijo.

“Es mágico”, dijo André, como si eso fuera una explicación.

“Desde que era niña sabía que la magia existía en algún lugar, que había un reino al que sólo podíamos acceder si pudiéramos llegar...”

“Hemos liberado el subconsciente”, afirma Henri. “Queremos vivir en un mundo sin límites”.

Robert asintió y se sentó junto a ellos. Solange se sentó a su lado. Él extendió la mano como había visto hacer a André. Crece, pensó. Crece, maldita sea. No pasó nada. Se encogió de hombros.

–Y tú fuiste quien me trajo aquí –le dijo André a Robert–. Tengo que agradecerte por eso, y no sé si alguna vez podré hacerlo.

–No le des las gracias todavía –dijo Henri–. Puede que no te guste estar aquí. La guerra está llegando a su fin, para bien o para mal.

–¿Qué guerra? –preguntó Robert. Miró a su alrededor con inquietud. Se preguntó si alguna vez podría escapar de la guerra, de las trincheras y de ese extraño y horrible camino–. No he visto ninguna lucha. Todo me parece muy pacífico.

–París está en huelga –dijo Henri–. París y partes de Francia. Y también otras partes del mundo, aunque aquí es difícil conseguir noticias. Los gobiernos están preocupados, por supuesto. Se han unido, algunos de ellos. Creen que si pueden aplastarnos, aplastar París, todos los demás se desmoralizarán. Pero esta vez –Henri sonrió con dureza, casi haciendo una mueca–, esta vez creo que lo lograremos. Las líneas de su rostro se marcaban oscuras contra su piel.

“Deberías verlo, Robert”, dijo Solange. “La alegría en las calles, como en el 68. Sólo que esta vez es mejor, no es una

moda pasajera. La gente se da cuenta de que les han mentido demasiadas veces. Las cosas se estaban poniendo difíciles, muy difíciles, antes de la huelga”.

Él le sonrió. “Me gustaría verlo”, dijo. Se dio cuenta de que lo decía en serio, de que finalmente se había convertido en un revolucionario. Había muy poca alegría en el mundo de donde él venía.

“Pero ¿de qué trata todo esto? ¿De la magia? ¿Del subconsciente?”

–Nos dimos cuenta de que no podíamos luchar con sus armas –dijo Henri–. O de que sí podíamos, pero que al final no seríamos mejores que ellos. Las avenidas del tiempo se habían roto (la realidad está bastante distorsionada) y contactamos con Solange y su grupo. O ellos nos contactaron a nosotros, no estoy seguro de cuál. Juntos aprendimos algunas cosas sobre la realidad. Construimos el camino (que puede ser real o no, no lo sé) y os ayudamos a llegar aquí. Solange incluso regresó una vez para recuperar ese maldito estéreo.

–Oye –dijo Solange con ojos brillantes–. Necesito ese estéreo.

Robert le tomó la mano. “Yo también”, dijo.

Patrice corrió hacia ellos a través del campo. “¡Han venido!”, dijo, respirando con dificultad. “Vimos a algunas

personas marchando por el camino. Creo que el ejército está aquí”.

–Mirad –les dijo Henri. Robert había empezado a levantarse–. Os enseñaremos cómo luchar contra ellos.

El resto de los surrealistas habían llegado después de Patrice. Robert se dio cuenta de que alguien le había dado ropa nueva a Hélène: pantalones y zapatos de aspecto cómodo. El grupo de Henri, la gente que habían conocido en el camino, se quedó detrás de los árboles y observó el camino. Cada uno llevaba un instrumento que no le resultaba familiar.

Los soldados comenzaron a avanzar por el camino. Algunos miraban a su alrededor, claramente inseguros. Otros avanzaban tenazmente por el sendero, sin levantar la vista. El líder caminaba lentamente, como si se estuviera abriendo paso a través de una jungla. El grupo que estaba al costado del camino sacó sus instrumentos y comenzó a tocar.

La música era vacilante, desestructurada. Planteaba preguntas que no tenían respuesta, iniciaba melodías pero no las terminaba. Los soldados aminoraron el paso. Algunos se detuvieron, desconcertados. Dos o tres grupos empezaron a hablar en voz baja.

Uno o dos de los soldados se dieron la vuelta para regresar. Alguien empezó a discutir, en voz alta, a pesar de la suave

música. Cada vez más soldados regresaban por donde habían venido. El líder se enderezó lentamente y marchó hacia el frente de la fila para liderar la retirada.

–¡No, no! –gritó alguien, pero su voz quedó ahogada por la banda, que había empezado a tocar una marcha militar a todo volumen. Los soldados volvieron a bajar triunfalmente por la calle.

Robert se rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. –¡Es hermoso! –dijo–. Si tan solo... Si tan solo... –Se reía tan fuerte que no pudo completar la frase.

André, que casi nunca reía, sonreía. Solange había tomado prestado uno de los instrumentos y estaba intentando tocarlo. “Fue fácil”, dijo Patrice. “Casi demasiado fácil”.

–Y, por desgracia, eso no era más que una avanzadilla, una partida de reconocimiento –dijo Henri–. El resto del ejército llegará pronto y no podremos hacerles esa trampa a todos a la vez. Lo mejor sería dejar a algunas personas aquí y seguir hacia París. ¿Qué opinas?

Las personas que llevaban los instrumentos asintieron. “¿Cómo llegaremos a París?”, preguntó Robert.

–¿Cómo? –preguntó Henri–. Cogeremos el metro, por supuesto.

El metro, sorprendentemente, no había cambiado mucho.

El diseño de los vagones y los asientos del interior eran diferentes, pero Robert reconocía la mayoría de las líneas e incluso sabía en qué dirección viajaban. “Oh, pero es muy diferente”, dijo Henri cuando Robert le dijo algo. Sonrió. Sus ojos lucían juveniles contra las líneas de su rostro. “Los trabajadores lo autogestionan ahora”. Se bajaron cerca de la Sorbona.

Aunque el metro no había cambiado, cuando salieron a la calle, París era sorprendentemente diferente. Un arqueólogo podría haber sido capaz de reconstruir su casa, su época, a partir de fragmentos, de diseños de ventanas y marcos de puertas, pero Robert estaba perdido. Y sobre todo se extendía una sensación de irrealidad, una sensación de que la ciudad podía elevarse como una ola o romperse en mil pedazos.

Un edificio de veinte pisos parecía moverse mientras Robert lo miraba y una vez creyó ver el Sacré Coeur donde debería haber estado Notre Dame. La Torre Eiffel parecía sufrir cien transformaciones en un abrir y cerrar de ojos: se volvió rectangular, redondeada, se estiró y se combó como una montaña rusa. Robert había visto una vez un libro que mostraba todos los planos presentados para el diseño de la Torre Eiffel. Ahora parecía que la Torre estaba tratando de recuperarlos todos en el espacio de un segundo. El pasado se había derretido, era fluido. Todos los momentos presentes eran posibles.

André se había acercado a él. Parecía perdido, pero entusiasmado. La expresión salvaje había regresado a sus ojos. –¿Dónde...? –preguntó.

–No cuentes conmigo para esto –dijo Robert–. Yo también estoy perdido.

Le pareció que sólo habían estado allí unos minutos cuando alguien gritó: “¡Miren, los helicópteros!”.

Robert levantó la vista. Encima de él se oían ruidosos aviones (no, no eran aviones), los helicópteros traqueteaban mecánicamente en círculos. Luchó contra el instinto de agacharse. –Han decidido no tomar la carretera entonces –dijo Henri.

–Me pregunto si lograron atravesar nuestras defensas en el Sena –dijo alguien con ansiedad.

–Será mejor que nos vayamos –dijo Henri–. No tenemos mucho tiempo.

Más tarde, nunca pudo recordar todos los acontecimientos de las horas siguientes. Ni siquiera estaba seguro de si habían sido horas, minutos o días. Tal vez había pasado meses luchando contra un enemigo fantasma, un enemigo que se abalanzaba sobre ellos y los rociaba con el estruendo de las balas de las ametralladoras y se marchaba tan rápido como había llegado.

También había tropas sobre el terreno, y él tenía que enfrentarse a ellas lo mejor que podía. Nunca supo quién causaba las distorsiones de la realidad, las extrañas olas que se estrellaban contra ellos y los dejaban desorientados, si Henri, André o alguno de los otros que luchaban con ellos. Mientras luchaba, se preguntaba si él podría ser el responsable.

La ola se acercó y un laberinto de espejos apareció entre él y el grupo de soldados que tenía delante. Los soldados atravesaron el laberinto con sus fusiles, destrozando los espejos con las culatas. Los espejos reflejaron a las sonrientes tropas que avanzaban, estirando sus cuerpos hasta adelgazarlos, comprimiéndolos hasta convertirlos en formas agachadas irreconocibles. Un soldado se miró en un espejo y salió corriendo gritando. Su reflejo permaneció en el espejo, una máscara gruñona de piel, cuernos y acero.

Al minuto siguiente, algunos de los surrealistas también llevaban máscaras. La de André era plateada, seria, con pómulos y líneas marcadas. Antonin tenía colmillos y pelaje de marfil. Solange era un dragón. Uno de los soldados levantó su rifle y disparó alocadamente. El disparo resonó por la amplia calle.

Los soldados se acercaban, cada vez más. Los surrealistas evocaban un bosque de árboles, una gruta submarina, una lluvia de estrellas.

Las calles se movían bajo sus pies: un soldado gritó sorprendido mientras doblaba corriendo una esquina y terminaba entre sus propios hombres.

André se situó delante de todos, con el pelo ondeando alrededor de su rostro. Sus ojos brillaban intensamente. Un soldado corrió hacia él, sosteniendo su fusil cerca de él. El fusil se convirtió en un pez y el soldado se detuvo rápidamente, soltándolo con una mirada de disgusto.

Antonin gritó: «¡Mi cabeza!». Su máscara de jabalí yacía en el suelo, junto a él. «¡Mi cabeza, mi cabeza, mi cabeza!». Se llevó las manos a los oídos y se encorvó hacia atrás con agonía. Los fuegos artificiales estallaron en el cielo. Antonin se sentó en el suelo, sujetándose la cabeza entre las rodillas. Parecía estar llorando.

«Está loco de verdad», pensó Robert viéndolo como si fuera la primera vez. Sintió una pequeña pizca de compasión por él. «André va a echarlo pronto», pensó, viendo con claridad el futuro de Antonin. «Será el próximo excomulgado». Los locos tienen su propia ideología.

Un disparo explotó cerca de él y saltó. Qué momento para pensar en el futuro, pensó. Como si pudiéramos saber si tendremos un futuro al que regresar. Un pájaro grande y de colores brillantes se abalanzó sobre el hombre que le había disparado y agarró el rifle del hombre con sus garras. El hombre gritó y se aferró.

–Está cerca –dijo Louis, apareciendo a su lado.

Robert se giró para mirarlo. “Sí”, dijo.

La lucha parecía haber cesado por un momento. Antonin había creado un enorme muro de acero y luchaba por mantenerlo en su lugar entre él y los soldados. “No puedo... realmente no sé qué se supone que debo hacer aquí”, dijo Louis. Se rió un poco. “Me siento un poco fuera de lugar”.

"Yo tampoco sé qué se supone que debo hacer", dijo Robert. "Supongo que simplemente hacemos lo mejor que podemos".

–Sí, pero... –dijo Louis–. Pero todo es tan... tan desestructurado. En el ejército, al menos, sabías qué hacer. Odiaba el ejército, pero al menos sabías qué hacer.

Con la misma claridad profética que le había permitido ver el futuro de Antonin, Robert vio a Louis después de que regresaran a casa. Louis se uniría a algún tipo de ideología, de izquierda o de derecha, no importaba. Louis buscaría una estructura, unas pautas. Había visto la imaginación en libertad y eso le asustó. –Bueno –dijo Robert, entristecido por esta visión de su viejo amigo–, probablemente deberíamos regresar. No sé cuánto tiempo más podrá resistir Antonin.

Un helicóptero pasó sobre ellos, disparando ametralladoras, y ellos se agacharon. El pájaro grande voló

tras él, graznando cuando se dio cuenta de que no podía alcanzarlo. La pared de acero se dobló y se derrumbó. Un bosque de vidrio creció a su alrededor, rompiéndose con hermosos sonidos cuando fue golpeado.

Solange corría esquivando soldados, coches, barricadas de adoquines. Tres o cuatro soldados corrían tras ella, pero ella los superaba. Disminuían la velocidad varias veces, pero ella nunca permanecía en un mismo sitio el tiempo suficiente para que pudieran apuntarle. De repente, se dio la vuelta. Pareció fundirse con la máscara que llevaba, le crecieron garras y escamas y se convirtió en un dragón. Una garra arañó el suelo y se alzaron llamas que la separaron de los soldados. Las chispas cayeron al suelo: cada chispa echó raíces y se convirtió en un rosal con rosas de color rojo fuego. Los arbustos crecieron juntos y formaron una pared espinosa. Robert, observándola, sonrió de repente. Era invencible.

Un momento después, ella se le acercó. Se había quitado la máscara de dragón y se estaba sacudiendo el pelo oscuro. –Buen trabajo –dijo él, besándola.

“Gracias”, dijo ella. “Lo sé”.

Hélène se estaba riendo. Con cierta vacilación, señaló un punto más abajo en la calle, frente a un tanque que se acercaba. Un piano surgió de la calle justo a tiempo para que el tanque chocara con él. Maldiciendo, unos hombres

uniformados salieron del tanque y sacaron el piano de la calle. Hélène se rió de nuevo. Cuando el tanque se puso en marcha de nuevo, creó un arpa, una tuba, una batería. A diferencia de todos los demás, Hélène sabía exactamente cuáles de las creaciones eran suyas. No le importaba lo que hicieran los demás, pero sabía que nunca mataría a nadie. Una gran lámpara de araña cayó del cielo y aterrizó frente al tanque.

Alguien tiró de la manga de Robert y éste se dio la vuelta. Era Jacques. –¡Esto es el paraíso! –dijo–. Apenas puedo creerlo. Mi colección es inconmensurablemente más rica. ¡Mira esto! –Extendió la mano. Robert vio insignias militares que no reconoció, botones con superficies duras y opacas, monedas con fechas inimaginables.

Jacques cerró la palma de la mano y la abrió de nuevo. Las cosas habían desaparecido. –Siguen pasando cosas así –dijo, con un tono de sorpresa. Cerró y abrió la palma de la mano una vez más. La pequeña colección reapareció–. Es muy difícil... Es difícil aferrarse a algo. Creo que André tiene razón. Yo solía ser bastante bueno con los juegos de manos, pero creo que aquí... Creo que la magia realmente funciona. –Parecía casi asustado.

–¿Y qué estás haciendo? –dijo Robert, repentinamente enojado–. Estás recogiendo basura. ¿Por qué no estás ahí afuera peleando con el resto de nosotros?

Jacques lo miró con una vaga sorpresa. “No pedí venir aquí”, dijo. “No pedí luchar en esta guerra. Lo único que pido es morir en mi momento y en mi lugar”.

Robert parpadeó. Era cierto. Nadie le había preguntado a Jacques si quería acompañarlos. –Bueno, pues quítate de en medio –dijo, irritado–. Vete a otro sitio a buscar tus cosas. Esto es peligroso. Como para acentuar sus palabras, se oyó un disparo en lo alto. Alguien gritó.

–Está bien, lo haré, pero primero quiero... quiero mostrarte... –dijo Jacques, tirando de su manga una vez más.

–Jacques –interrumpió Solange–. ¿Sabes que has aparecido en los libros de historia? Jacques retrocedió un paso. Su boca se movía, pero no emitía ningún sonido. –¿Quieres saber si vives o mueres? ¿Si intentas suicidarte y si lo logras?

Jacques dio otro paso atrás. –Yo... No, yo... –dijo. Se dio la vuelta y huyó.

Robert se rió durante un buen rato. –No sabía... –dijo, intentando hablar–. No sabía que pudieras ser tan cruel –dijo finalmente. Se secó los ojos–. Dios mío, eso fue cruel.

Solange se rió. “¿Quieres saberlo?”, dijo en tono de broma. “Podría resultar útil algún día”.

Robert sacudió la cabeza. Por tercera vez en el día, vio el

futuro y vio con sorpresa y no poca tristeza que Jacques se suicidaría en la fecha que había elegido. Volvió a sacudir la cabeza, esta vez para despejarse. Por un momento se sintió desamparado. El mundo sería un lugar menos colorido sin Jacques.

La calle se desvaneció y se volvió inestable. Un momento después, la realidad regresó como la marea que se retira. Robert dio un paso, tropezó, buscó un punto de apoyo firme. Yves se quedó a un lado, sonriendo distraídamente mientras la calle corría ante él como agua. –Qué lugar –dijo–. Pintar con el mundo como lienzo. Qué inteligente de tu parte traernos aquí, Robert. Había olvidado que estaban luchando en una guerra; tal vez nunca lo había sabido. Para Yves, el pintor de sueños, este era un sueño que de alguna manera se había escapado al mundo real.

Y André seguía de pie, el director del Teatro de los Sueños. ¿Qué sería de André cuando terminara la guerra que libraron? La visión profética que Robert había tenido tres veces hasta ahora se negaba a volver. ¿André volvería al pasado? ¿Sobreviviría? ¿Seguiría de aventura en aventura? Una vez más, su amigo era un misterio para él.

Las calles se oscurecieron. Por un momento, el sol pareció hacerse más pequeño en lugar de ponerse. Luego, la noche, la noche del mundo exterior, llegó a las calles de París. Los disparos se hicieron más lentos y finalmente cesaron. Las casas se volvieron oscuras y sólidas a su alrededor.

Alguien hizo una hoguera. A la luz roja y vacilante, Robert pudo ver las barricadas de adoquines, los coches volcados y los árboles arrancados de raíz, la realidad que se había perdido mientras luchaba en la guerra de lo fantástico. Se rió con cansancio. Algunas cosas nunca cambiarían.

Se reunieron alrededor de la hoguera para calentarse. Henri estaba hablando con Solange y Robert se sentó junto a ellos. La voz seca de Henri y el crepitar del fuego eran los únicos sonidos. Después de la batalla, todo parecía anormalmente tranquilo.

–Yo tenía más o menos tu edad cuando tenía sesenta y ocho años –dijo Henri–. Quizá un poco más joven. –Se rió–. Piensa que tal vez hoy estés viva –dijo–. Quizá hasta te conozcas a ti misma.

Solange se rió. Robert la vio estremecerse y la rodeó con el brazo. “Preferiría no hacerlo”, dijo.

–De todos modos, yo tenía más o menos tu edad –dijo Henri–. Era un buen estudiante, no era como tú, que pensaba y hablaba de la revolución. Iba a clases, iba a fiestas, ya sabes cómo es la vida estudiantil. –Hablaban en voz baja, con naturalidad. Su vida era tan clara y abierta como un mapa, sin sombras.

“Y entonces todo el mundo se puso en huelga. Y de repente todo el mundo decía: “La imaginación al poder” y “Vivir sin

tiempos muertos”; ya sabes, todos los eslóganes que se han vuelto tan famosos. Y por primera vez –te costará creerlo, pero fue realmente la primera vez, la primera vez en mi vida– me di cuenta de que la vida se podía vivir de otra manera. Que no tenía por qué vivirse como la vivíamos mis amigos y yo. La comprensión... bueno, fue como si me hubieran derribado de repente y sin previo aviso. Estuve eufórico durante meses. Incluso después de que la revolución fracasara. Porque había algo más en la vida, ya ves, algo además de lo que me habían enseñado”.

Solange sonrió. La luz del fuego le iluminó el rostro. “Y luego viviste para verlo suceder de nuevo”, dijo.

–Pero todo eso casi no importa –dijo Henri, hablando con gran animación–. Lo único que significa es que de repente todo el mundo empezó a estar de acuerdo conmigo.

Solange se rió. Uno a uno, la gente se iba quedando sentada junto al fuego. Robert vio a Jacques entrar desde la noche circundante y acurrucarse junto al fuego para calentarse. Se tumbó al lado de Solange y durmió. La voz de Solange y su risa interrumpieron su sueño, pero no hubo sueños.

Los desertores empezaron a llegar antes del amanecer. Robert se despertó y permaneció en silencio durante un rato, escuchando a uno de ellos hablar con Henri.

“Había una estatua”, decía el soldado. “No sé quién era, un anciano de antes de que yo naciera. Y la siguiente vez que pasé por delante había una especie de... una de esas cosas hechas con piezas de diferentes colores... un móvil. Y la estatua había desaparecido. Bueno, recuerdo que pensé que era mucho trabajo ir allí, y además en medio de una guerra. Y luego, la siguiente vez que pasé por delante, el anciano había vuelto, pero había echado la cabeza hacia atrás y se estaba riendo.

–No lo sé –dijo el soldado–. Quiero decir, puede que no me creas. Soy del campo, y allí he estado durante la mayor parte de la guerra. Pero por lo que he oído, hay cosas aquí que son mucho más extrañas que lo que he visto. Así que lo que quiero saber es qué... bueno, ¿qué está pasando? ¿Sois magos?

Henri lo miró con gravedad. –No –dijo–. No, o si lo somos, entonces todos los demás también lo son. Vivimos sin límites, eso es todo. No creemos en todo lo que nos han enseñado.

El soldado parecía confundido. “No lo entiendo”, dijo. “Tampoco creo en todo lo que me han enseñado, pero no podría mover una estatua”.

–Quédate con nosotros –dijo Henri–. Obsérvanos. Lo entenderás.

–¿Puedo? –preguntó el soldado–. No sé si estoy de acuerdo con todo lo que creen ustedes, pero he visto cosas del otro lado... Bueno, sé que no puedo luchar por ellas. Y ustedes parecen estar pasándolo mejor.

Henri sonrió ampliamente. –Lo harás –dijo–. Baja el arma. Creo que pronto nos prepararemos el desayuno.

¿Desayuno?, pensó Robert, dándose cuenta de lo hambriento que estaba. Se incorporó.

Algunos hombres y mujeres que llevaban cestas de mimbre se habían acercado al fuego moribundo. «Cada vez es más difícil pasar desapercibido para el ejército», decía una de las mujeres con marcado acento rural. «Están intentando cerrar el metro, pero no creo que puedan. Por supuesto, algunas estaciones son más seguras que otras, pero todo el mundo lo sabe. Creo que este es su último intento antes de darse por vencidos».

Abrió la cesta y empezó a sacar huevos, pan, mantequilla y tarros de leche.

–Buenos días, Robert –dijo Henri al verlo levantarse y estirarse–. Pensé que la comida te despertaría. ¿Te gustaría desayunar?

–Por supuesto –dijo Robert sonriendo–. Gracias.

–Comed bien –dijo Henri–. Tenemos un largo día por

delante. Pero creo –dijo, entrecerrando los ojos ante el sol que salía por el este– que este será el último día. –Cortó una rebanada de pan y empezó a comer.

Los disparos se reanudaron durante el desayuno. Los huevos y el pan se arrojaron a toda prisa mientras la gente corría a refugiarse detrás de las barricadas. Una bandada de cisnes, al principio apenas esbozada y casi transparente, se elevó de las barricadas para recibir el fuego de las ametralladoras. Los cisnes se fueron solidificando. La batalla había comenzado.

Una hora más tarde, Robert estaba ocupado construyendo una línea de ferrocarril. Quería ver a los soldados subir a bordo del tren, que al principio parecería bastante recto, y luego regresar al punto de partida. Los disparos habían disminuido y Robert pudo oír hasta cinco minutos de silencio antes de que se pusieran en marcha de nuevo. Se preguntó si el ejército se había visto debilitado por los desertores.

El tren se negaba a avanzar. Una vez tuvo los vagones, pero la vía se tambaleó y finalmente desapareció. Una vez tuvo todo menos la locomotora y luego lo perdió todo por concentrarse en eso. Un silencio extraño y malsano había descendido sobre las calles, como si todo se hubiera detenido de repente. Robert levantó la vista. Las ilusiones vacilaban, el viento las arrastraba como si fueran papel. Buscó su tren, pero había desaparecido.

Fue el primero en oír el zumbido mecánico que provenía de una de las calles laterales. Su primer impulso fue correr, dejar a todos los que le importaban e intentar regresar a su tiempo y a los cafés iluminados de la Rue Fontaine. Quería esconderse, acurrucarse detrás de uno de los coches volcados y esperar que no lo vieran. Se quedó donde estaba, luchando contra el pánico.

–No creo que sea real –le decía Henri a uno de los desertores–. Creo que es una forma que inventamos, la forma en que percibimos al enemigo. Están usando nuestros miedos contra nosotros, eso es todo. –No parecía creerlo.

–Una vez tuve un sueño... una pesadilla... –dijo el desertor. Parecía que estaba a punto de salir corriendo.

El hombre de la máscara se acercó. Era más grande de lo que Robert recordaba, sus hombros parecían empequeñecer las casas, los autos. Su máscara llenaba el cielo, tapando el sol en un eclipse maligno. “Dejen las armas”, dijo sin inflexión. “Dejen sus juegos infantiles. Vuelvan al trabajo. Han estado de vacaciones demasiado tiempo. No hay nada malo en trabajar. El trabajo es bueno para uno. El trabajo forja el carácter”.

“Queremos trabajar para nosotros mismos”, dijo Henri. “No para los demás”.

El hombre de la máscara no le hizo caso. Quizá no había

oído nada. –¿No te parece una pena que hayas descuidado tanto tu trabajo? –dijo–. La civilización necesita orden. La civilización no puede funcionar mientras tú estás fuera, mientras estás de vacaciones. Vuelve a trabajar.

–No necesitamos vuestra civilización –dijo Henri, pero esta vez sólo Robert lo escuchó.

«Si tan solo pudiera construir ese tren», pensó Robert. «El tren, o una pared, o algo...». No pasó nada. No recordaba cómo había creado las ilusiones, ni siquiera si las había creado él y no otra persona. Su mente estaba paralizada por el miedo.

El soldado que estaba al lado de Henri se movió de repente y levantó su arma hacia el hombre de la máscara. Se oyó un disparo en la calle. El hombre de la máscara se rió, un sonido como el rechinamiento de engranajes. “No creas que puedes hacerme daño”, dijo. “Te recordaré”. El soldado arrojó su arma y corrió calle abajo. El sonido de sus pies golpeando el pavimento resonó en las paredes de las casas y se prolongó durante mucho tiempo.

«Tengo que hacer algo», pensó Robert. «Tengo que...». Henri se había puesto muy pálido. «No es frecuente que alguien vea la ruina de sus sueños dos veces en la vida», pensó Robert, conmovido por la compasión. «Tengo que... tengo que recordar algo...».

Recuérdame, dijo alguien detrás de él.

Robert se dio la vuelta bruscamente. Todos estaban de pie, como él, observando al hombre de la máscara con horror y fascinación. Algunos de ellos miraron a Robert, desconcertados. Nadie había dicho nada.

Recuérdame, dijo de nuevo la voz, que venía de otra dirección. ¿Quién...?, pensó Robert.

Estaba de pie en una calle de París a plena luz del día, pero tumbado sobre aquella especie de película transparente era una encrucijada a medianoche.

No había nada en kilómetros a la redonda excepto la tierra plana y muerta, ni viento, ni ruido alguno, salvo los grillos y, de vez en cuando, el sonido solitario de un coche que se acercaba con un recado solitario. Unas cuantas notas plateadas de guitarra se escuchaban bailando en el silencio de la noche.

–Ayúdenme... –dijo Robert, sin apenas darse cuenta de que estaba hablando–. Ayúdenme...

El hombre negro caminaba con paso ligero hacia el cruce de caminos. La cadena de oro de su reloj deslumbraba como el sol. Es imposible, pensó Robert. ¿Cómo puede algo que yo he inventado ayudarnos a oponernos a eso? El hombre tocó unas notas altas, una invitación. Más gente creará conmigo esta vez, pensó Robert, sintiendo que la esperanza volvía. Ha

pasado suficiente tiempo para que aprendan las lecciones del surrealismo. Esta vez podríamos lograrlo.

–Te lo dije –dijo el hombre negro con su voz profunda. La calle de París volvió a materializarse a su alrededor–. Te dije que me recordarías.

Sus dedos caían con precisión martillada sobre las cuerdas de su guitarra. El cuello de botella se deslizaba hacia arriba y hacia abajo por las cuerdas hasta que la guitarra parecía llorar. Los ritmos se volvían más rápidos, más complejos.

Otros instrumentos se sumaron: una armónica, un bajo, un piano. Robert no podía distinguir de dónde provenían. La música se hizo más fuerte, más fuerte y más rápida, más rápida, hasta que las manos del hombre negro parecieron borrosas, parecieron dividirse y convertirse en tres, cuatro manos, todas tocando la misma guitarra.

Ahora una golpeaba el cuerpo de la guitarra para llevar el ritmo y otra punteaba las cuerdas y otra hacía acordes y una pasaba el cuello de la botella arriba y abajo de las cuerdas, arriba y abajo, creando ese sonido inquietante, un sonido de llanto...

Y durante todo esto, el hombre negro sonreía cada vez más, con la sonrisa de un hombre poseído por el diablo o del mismo diablo. La luz se reflejaba en su gran diente de oro, en la guitarra que hacía girar sobre su cabeza o detrás de su

espalda sin perder el ritmo. Bailaba, pateaba, daba volteretas, tejiendo un arco de luz a su alrededor mientras se movía.

La música parecía venir de todas partes. Todo bailaba: las casas, los árboles, las farolas, la calle misma. Los hombres y mujeres que estaban detrás de las barricadas empezaron a descongelarse, a moverse al ritmo de la música. Algunos tarareaban.

Un estruendo de balas los ahogó. Algunas de las personas que se habían aventurado a salir al frente de las barricadas fueron alcanzadas. Uno o dos gritaban: “¡Regresen!”, gritó Henri, de pie y mirando hacia las barricadas. “¡Esto no ha terminado! Vuelvan atrás... Una bala lo alcanzó en el pecho y cayó, con un hilo de sangre corriendo por su boca.

Robert lo miró horrorizado. Se agazapó detrás de las barricadas. Increíblemente, la música no había parado. Ahora el guitarrista estaba entrelazando los sonidos de las balas y el zumbido del hombre de la máscara con su música. Robert miró por encima de las barricadas para observarlo. Casi todo el fuego de las ametralladoras estaba dirigido ahora al hombre negro, pero no lo alcanzaba.

–Vete a casa –dijo Robert en voz baja, casi para sí mismo. El recuerdo de Henri, una mancha roja que se filtraba a través de su camisa, lo enfureció, y la ira y el odio fueron suficientes para impulsarlo hacia adelante–. Vete a casa. El

hombre de la máscara se volvió hacia él, mirándolo con lascivia, y sintió un miedo mayor del que había sentido en toda su vida. Henri lo mantuvo firme.

–¡Vuelve a mis pesadillas, vuelve al lugar de donde viniste! –dijo, poniéndose de pie y gritando por encima de las barricadas. Casi estaba cantando. La música lo llenaba, cantaba en su interior, lo convertía en música–. No te necesitamos aquí.

Antonin miró a Robert con admiración. –¿Cuándo te convertiste en mago? –dijo, asombrado–. Estabas muerto, pero ahora...

El hombre de la máscara se dirigió hacia Robert, distraído. El hombre negro se acercó a él, bailando en círculo a su alrededor.

El hombre de la máscara se hizo más pequeño. Su voz mecánica se fundió con los ritmos salvajes de la guitarra del hombre negro, o el hombre negro tocaba un contrapunto con el sonido monótono hasta que lo fundió con su música. "Vuelve", dijo el hombre de la máscara como un disco rayado. "Vuelve al trabajo. Vuelve".

El hombre negro bailaba a su alrededor, dibujando complejas hebras de ritmo. La música parecía retenerlo. El hombre de la máscara se encogía cada vez más dentro de la red de música, haciéndose cada vez más pequeño. Por un

instante pareció convertirse en un hombre pequeño con gafas redondas y sombrero hongo. Luego desapareció.

Los disparos cesaron. Los soldados dejaron las armas y corrieron. Un gran suspiro de júbilo se elevó desde la ciudad. Sonaron las bocinas de los autos. Se encendieron fuegos artificiales.

Solange se acercó a Robert y lo abrazó. “Lo logramos”, dijo. “Ganamos”.

–Sí, pero... –dijo–. Pero Henri... –Se arrodilló junto a Henri, que yacía en el suelo. La respiración de Henri se había detenido–. Nunca lo logró –dijo Robert–. Y trabajó muy duro. –Se puso de pie, sintiéndose enojado y, de alguna manera, engañado. Su mano buscó la de Solange.

Un gran anillo de fuego apareció ante ellos. “Pueden quedarse aquí o regresar al pasado”, cantó el hombre negro. “O pueden unirse a ellos en el futuro. Las avenidas del tiempo nunca volverán a ser tan anchas”. Sostuvo su guitarra bajo el brazo y saltó a través del fuego.

Robert se quedó quieto. –¿Quieres...? –le dijo a Solange–. ¿Qué quieres hacer?

–No lo sé –dijo Solange lentamente–. Ha ganado la revolución, pero no es mi momento. No sé si podría empezar de nuevo, aprender cosas que la gente de esta época da por sentado.

–Me encantaría –dijo Robert–. Me encantaría empezar de nuevo, emprender la última gran aventura. Pero para mí es casi cien años en el futuro. Estaría perdido. Y sin ti... Aunque, ¿qué diferencia habría? De todos modos, estaría sin ti.

“Nos volveremos a ver”, dijo Solange. “No podrán separarnos”.

–¿Cómo lo sabes? –dijo Robert. Observó cómo el círculo de fuego se cerraba. El tiempo se acababa. Si no podía volver a verla, lo apostaría todo, lo dejaría todo atrás por un futuro inimaginable–. ¿Cómo puedes estar tan segura?

“Ciertas cosas desafían al tiempo”, dijo. “Los sueños, el amor... André sabe lo que son. Ya he viajado a través del tiempo en busca de algo que era importante para mí. Sé que te encontraré de nuevo”.

–Pero ¿cuándo? –preguntó. Le avergonzaba oír súplica en su voz–. ¿Cuándo?

–No lo sé –dijo–. Lo sabrás cuando suceda, cuando sientas la necesidad de vivir aventuras o de vivir lo maravilloso. Búscame entonces.

La abrazó con fuerza, con el rostro oculto entre su pelo áspero. –Tendremos que conformarnos con eso –dijo–. Dios sabe que nunca pedí más certeza que esa. Pero te extrañaré.

–Te extrañaré muchísimo –dijo. Se besaron y los ruidos de la celebración los rodearon.

El anillo de fuego seguía allí cuando se separaron, aunque más pequeño que nunca. Robert miró a su alrededor, sosteniendo con su mano la de Solange. Jacques se estaba alejando del anillo, sacudiendo la cabeza. –No para mí –dijo–. Prefiero mi tiempo, lo familiar. Para alguien más, tal vez. No para mí.

Antonin estaba sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Temblaba como si estuviera llorando. Quizá no había oído las últimas palabras del hombre negro, no se había dado cuenta de su oportunidad. Louis se quedó de pie, incómodo, con la mano en el bolsillo del abrigo. –Tampoco es para ti, ¿eh? –le dijo a Robert–. Es un lugar de locos para vivir, sin duda. ¿Quién sabe lo que pasará allí? Preferiría volver a casa ahora mismo. André, sin embargo, es algo que André haría.

Ambos miraron a André, que contemplaba hipnotizado el aro de fuego que se cerraba. Junto a él se encontraban Yves y Patrice, ambos sacudiendo la cabeza. –Me pregunto quién lo hará –dijo Robert–. ¿Quién se arriesgará? En una época habría jurado que lo haría, habría jurado que cambiaría mi vida si tuviera la oportunidad, pero ahora no lo sé. Mi vida ha cambiado lo suficiente en los últimos meses, lo suficiente incluso para mí.

André se encogió de hombros casi convulsivamente. El

anillo de fuego se reflejó en sus ojos. Se apartó de golpe, temblando. –No –dijo finalmente–. No, ¿quién sabe...? El círculo era ahora casi demasiado pequeño para pasar a través de él.

Helene gritó. Corrió hacia el anillo en llamas y saltó sin esfuerzo. La vieron aterrizar al otro lado, darse la vuelta y saludar. Entonces el anillo se cerró.

–Hélène –dijo Robert, sacudiendo la cabeza con asombro–. ¿Quién lo habría pensado? Hélène, precisamente.

El suelo se movió bajo sus pies. Los surrealistas miraron a su alrededor, parpadeando. Las luces mágicas del café de la Rue Fontaine los llamaron. Solange se había ido. Habían regresado a su propia época.

Capítulo X

“No hay revolución total, sólo hay Revolución perpetua, la vida real, como el amor, deslumbrante a cada instante.”

Pablo Éluard

Robert se vistió lentamente, sonriendo un poco. Paul Éluard había escrito: Paul, que había escapado de los confines del invierno y se había ido a Polinesia con el dinero que había obtenido del negocio de construcción de su padre. Paul volvería hoy. Sería bueno volver a verlo.

–Buen día –dijo Robert al conserje mientras bajaba las escaleras, preguntándose qué hora sería. Había llegado tarde otra vez la noche anterior, había dormido hasta tarde

y luego había escrito durante unas horas. Tengo que arreglar mi reloj, pensó. Algún día.

–Estás muy alegre hoy –dijo el conserje–. ¿No te habrás olvidado de que mañana tienes que pagar el alquiler?

–No, no lo he hecho –dijo Robert, que en efecto lo había olvidado y probablemente lo volvería a olvidar en varios días–. Nos vemos luego.

“Adiós”, dijo la conserje y se retiró a su habitación.

Caía una ligera nevada, la última del invierno parisino. Robert se estremeció. Había dejado su abrigo en algún lugar, en algún momento del verano del próximo siglo. Pronto será primavera, pensó, sintiendo una conexión con los cambios de estaciones. Primavera, y entonces no necesitaré abrigo hasta el otoño. Y para entonces, algo aparecerá. Se sentía ligero, aliviado, feliz sin razón alguna. Las luces del Café Cyrano brillaban contra la calle que oscurecía.

–¡Robert! –dijo alguien desde el interior del café. Paul había dejado su asiento y había ido a recibirlo a la puerta. Se abrazaron–. Robert, ¿cómo has estado? Tienes buen aspecto. Me han estado contando una historia fantástica, no me creo ni una palabra...

Robert se sentó a la mesa junto a Paul y pidió granadina. “Todo es verdad”, dijo. “Cada palabra, incluso las partes que inventaron. Pero ¿cómo estás? Mírate, estás muy oscuro.

¿Cómo estuvo Polinesia?”

–Maravilloso –dijo Paul–. Maravilloso. Todo lo que esperaba. Atardeceres como uvas maduras, mujeres con la piel del color de la seda marrón... Viajar... te hace olvidar tu antigua vida, tu pasado. Todo lo que haces es diferente, adquiere un nuevo significado. Todo cambia. No sólo las cosas obvias como el idioma, el dinero... cada gesto significa algo nuevo, cada color...

Robert asintió, inclinándose hacia delante. Por última vez vio con claridad el futuro, vio que pasaría gran parte de su vida viajando. Conocería el mundo como conocía París, aprendería otras formas de hablar, aprendería otras jergas, escucharía otra música. Se sentía emocionado, entusiasmado y listo para partir. ¿Por qué no? No tenía ataduras aquí. “¿Adónde fuiste?”, dijo, ansioso por comenzar a trazar su rumbo. “¿Qué viste? Te envidio”.

Paul se rió. “¿Por qué estás tan ansioso por ir?”, dijo. “André me dijo que todos ustedes han estado viviendo una aventura como nunca antes había soñado. Tú especialmente. No puedo creer que me lo haya perdido. André”, dijo en voz alta, llamando su atención, “Robert dice que todo es verdad. Todo lo que has dicho”.

André dejó de hablar y miró a Robert. “Claro que sí”, dijo. “Todo lo que decimos aquí, todo lo que hacemos, es verdad”.

Robert suspiró. André nunca podía perder la oportunidad de dar un sermón. “Mujeres desnudas, esqueletos”, decía alguien junto a Robert, “farolas, estaciones de tren”. Robert se sacudió la irritación. En cierto modo, era bueno estar de vuelta.

Paul estaba contando una historia sobre un inglés que había conocido en Polinesia. Robert se reclinó en su silla, levantando las dos patas delanteras del suelo. Miró los rostros que lo rodeaban, un dibujo a carboncillo en la penumbra. Todos eran sus buenos amigos, incluso Antonin. Allí había comenzado la aventura y allí debía terminar. Tal vez viajaría por el mundo como preveía, pero todos los viajes terminarían allí, en ese café. Levantó su vaso y bebió, preguntándose por qué no se sentía tan seguro de su futuro como un momento antes. Pero la sensación de bienestar, de felicidad, no lo abandonó.

“¿Escribiste algo en Polinesia?”, preguntó André. “¿Algún poema?”

–Traje algunas obras de arte –dijo Paul–. Son cosas fantásticas, tendré que mostrártelas más tarde. Máscaras, fetiches tribales... Le di mis pinturas a uno de los aldeanos y él dibujó algunas de las cosas más increíbles...

“Eso es porque se han mantenido en contacto con el subconsciente, con sus sueños”, dijo André. “Están viviendo una vida que hemos perdido, una vida a la que deberíamos

regresar”.

–No lo sé –dijo Paul–. No me gustaría vivir como ellos, la mitad de ellos muertos antes de cumplir los veinte. Y algunos de los tabúes, bueno... –Vió la cara de André y se quedó callado. Robert suspiró de nuevo. Después de todos estos años, todavía no podían desafiar a André.

–Pero tú –dijo Paul–, he oído que todos habéis trabajado mucho. La revista, la Oficina de Investigación Surrealista... Robert, incluso has vendido algo, ¿no? ¿Un libro de poemas?

–Una novela –dijo Robert rotundamente.

–¿Una novela? –dijo Paul. Miró a André y luego apartó la mirada–. Pensé... Bueno, el manifiesto que me enviaste decía...

“Robert y yo teníamos que trabajar juntos en el futuro”, dijo André. “Acordamos dejar a un lado nuestros desacuerdos y resolverlos después de que terminara la revolución. Según tengo entendido, Robert, tú solo estabas trabajando en esta novela para recaudar dinero después de que te desheredaron...”

–¡Como tú lo entiendas! –dijo Robert. Las dos patas delanteras de su silla golpearon el suelo con fuerza mientras se sentaba derecho. André le estaba dando una salida, pero a él no le importaba. Su irritación había aumentado mientras André hablaba y ahora finalmente se había desbordado.

Alguien debería desafiar a André, alguien debería enfrentarse a él después de todos estos años, y parecía que sería él. Sin detenerse a pensar, continuó—: ¿Cuándo has entendido algo? ¿Cuándo has escuchado a alguien además de ti mismo y tus interminables teorías y manifiestos? Te lo he dicho, te lo he dicho una y otra vez que escribo novelas porque quiero escribir novelas, que nada de lo que puedas decir me convencerá de que quiero escribir algo más que novelas. ¿De verdad crees que quiero pasar mi vida escribiendo mis sueños e inventando esa tontería que llamas poesía? Cualquiera puede hacer eso, un niño puede hacerlo, probablemente mejor que tú.

A su alrededor, todos los rostros se giraban hacia él, conmocionados. Sabía que había ido demasiado lejos, que había dicho cosas que ni siquiera sentía, pero era demasiado tarde. Alguien del otro lado de la mesa dejó caer un vaso, nervioso, y Robert recordó la última vez (parecía que hacía muchos años) que alguien había dejado caer un vaso en esa mesa: el poema de Antonin.

André miró a Robert con sus ojos azul verdosos como el hielo. —Esa es la cuestión —dijo. Robert se dio cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo para no gritar—. Esa es exactamente la cuestión. Un niño podría hacerlo. Eso es lo que esperamos lograr aquí, alcanzar la niñez. Eso es lo que tú nunca...

Robert no lo dejó terminar. —Lo he logrado tanto como tú

–dijo–. He escrito poemas que me han llevado tres segundos escribir; todos los que están en esta mesa me han visto escribirlos. ¿Qué prueba eso? ¿Que mi mente es como la de un niño pequeño o que cualquiera, sin importar quién sea, puede escribir tonterías como esas? Sabía que nunca podría haber una disculpa lo suficientemente grande para lo que acababa de decir. No le importaba. Estaba cansado de la gente que le decía en qué estado se encontraba su alma, André y Antonin y algunos otros que siguieron el ejemplo de André. Había pasado por algo, algo tan extraño que incluso ahora no estaba seguro de lo que significaba, pero sabía que de alguna manera era más fuerte por ello. No renunciaría a eso para volver a ser un seguidor.

–Es evidente que no entiendes nada de lo que es el surrealismo –dijo André, todavía controlado.

–¿Para quién es tan obvio? –dijo Robert, ahora furioso–. ¿Para ti? ¿Y si te dijera que creo que soy más surrealista de lo que tú jamás serás? He vivido mi vida, he hecho todo lo que he querido y aún no he cumplido los treinta. Tú eres el que siempre nos dice que sigamos nuestros deseos... Bueno, ahora mismo mis deseos me dicen que ya no quiero seguir en este movimiento. Que ya no quiero seguir nada. ¿Por qué crees que no te quedaste en el futuro, que no te quedaste en tu mundo ideal cuando tuviste la oportunidad?

–¿Por qué no lo hiciste? –dijo André. Su compostura comenzaba a quebrarse.

–No es eso lo que te pregunté –dijo Robert–. Porque París es mi hogar, esta época es mi hogar. Pero tú... tú has soñado con ese mundo toda tu vida, ¿y sabes por qué no fuiste?

–No me importa –dijo André, pero Robert no lo dejó terminar.

“Porque nunca podrías vivir en un mundo sin líderes, nunca podrías vivir donde tú no fueras el líder”, dijo Robert. “Tú...”

–Entonces, ¿por qué no te vas ahora mismo, si eso es...? –dijo André. Sus ojos brillaron. Nunca había estado tan enojado con Robert, pero Robert sabía por experiencia que tenía buenas razones para estar aterrorizado. Respiró profundamente para calmarse.

–Silencio –dijo Robert. Podía oír a la gente respirar alrededor de la mesa, pero nadie dijo nada. Bien, pensó. Tal vez aprendan algo de esto–. Hace siete años que quiero decirte esto. Ocho. Has encontrado, descubierto, algo maravilloso, algo único, algo que probablemente no se haya oído en nuestra civilización durante miles de años. Y luego lo patentas, no lo pierdes de vista, te burlas de la gente que no tiene tu versión de la única verdad real. Te eriges en líder de una idea que debería ser gratuita para todos, que rechaza el concepto mismo de líderes y seguidores. Te han designado cuidador de una flor extraña y frágil, y la has estropeado.

Robert se dio la vuelta para marcharse. El silencio absoluto

se apoderó del grupo. Podía oír a los camareros gritando los pedidos en la cocina y el tintineo de los vasos en las otras mesas. Salió del café. Nadie lo llamó.

Más tarde esa noche se despertó de un sueño y escuchó que alguien tocaba a su puerta. “¿Quién...?”, preguntó, levantándose y envolviéndose en la manta. El suelo estaba helado bajo sus pies descalzos. “¿Quién es?”, preguntó.

–Soy yo –dijo Paul–. Déjame entrar, por el amor de Dios.

Robert abrió la puerta. Paul estaba afuera, sosteniendo una botella por el cuello. Estaba solo. “Hace mucho frío aquí afuera”, dijo Paul, temblando. “Debería haberme quedado donde estaba”.

–Pasen, pasen –dijo Robert–. Aquí también hace mucho frío.

Paul le entregó la botella. “Mal champán”, dijo. “Lo único que pude robar antes de irnos”.

Robert lo miró interrogante. “Estamos en tiempos difíciles”, dijo Paul, tratando de sonreír. Se sentó en la única silla de la habitación. “Papá dice que quiere que le devuelvan el dinero. Todo”.

–Entonces –dijo Robert–. Espera, te traeré una copa. –Encontró dos copas desiguales y sirvió el champán, luego se sentó de nuevo en la cama.

–Probablemente tendré que volver a trabajar para él –dijo Paul–. Es horrible, no creo que pueda soportarlo. –De pronto sonrió–. ¿Te gustaría que una calle llevara tu nombre? Probablemente podría hacerlo.

“¿Has hablado con alguien más?”, preguntó Robert. “Tal vez puedas conseguir un trabajo en otro lugar. ¿Has hablado con Louis?”

–Tal vez –dijo Paul, mientras bebía su champán, pensativo–. Tal vez me vuelva a Polinesia. Las cosas no fueron tan complicadas.

Se quedaron sentados en silencio durante un rato. –¿Cómo lograste pasar al conserje? –preguntó Robert finalmente.

Paul se rió. “Le dije que era una emergencia”, dijo.

Robert se rió con él. “Pensé que André me había echado”, dijo. “Me pregunto si a ti te está permitido visitarme”.

Paul se encogió de hombros. –Ah, es André –dijo–. Te aceptará de nuevo cuando haya tenido tiempo de pensarlo. Después de todo, ¿hace cuánto que lo conoces? ¿Siete años?

–Ocho –dijo Robert–. Pero... no sé... esta vez no creo que quiera volver. Ya me echó una vez, ¿sabes? Mientras tú no estabas.

Paul arqueó las cejas. “Tal vez eso fue el ensayo general”,

dijo Robert. “Creo que esto es lo real. Estoy cansado de que me digan qué hacer, Paul. Qué pensar, cómo reaccionar”.

–Bueno –dijo Paul, y sirvió otra copa de champán–. De todos modos, todos iremos a visitarte. Las cosas no cambiarán mucho.

–Todos, excepto André –dijo Robert. Sacudió la cabeza–. ¿Cómo se despide uno de su mejor amigo? Si no fuera tan terco. Es como divorciarse.

–Vamos, no es tan malo –dijo Paul. Robert tuvo que sonreír. Paul había venido para animarse y había terminado intentando animarlo a él–. André dice que conociste a una mujer hermosa mientras yo estaba fuera... ¿cómo se llamaba?

“Solange”, dijo Robert. “La conocí y la volví a perder”.

–Oh –dijo Paul–. Lo siento. André no me lo dijo. –André no lo sabía –dijo Robert–. Tal vez... No lo sé. Tal vez no la perdí. Ella es... Bueno, no es fácil encontrarla. Es del futuro.

–Primero André y ahora tú –dijo Paul–. Tarde o temprano creeré que realmente fuiste al futuro.

–Lo creas o no, no me importa –dijo Robert–. Allí fue donde la conocí. Ella está en su época y yo en la mía. Ella dijo... dijo que nos volveríamos a encontrar, de alguna manera... de alguna manera, atravesaríamos las avenidas del tiempo...

–Bebió el último sorbo de champán y se sirvió otra copa–. Pero eso aún no ha sucedido.

– ¿Y tú crees que no lo hará? –preguntó Paul.

–No –dijo Robert–. Creo que sí. Sé que sí. Es sólo que a veces... la espera...

Paul lo miraba de forma extraña. –¡Dios! –dijo finalmente–. Si tan solo... si tan solo supieras... Es la historia de amor perfecta. Nunca se volverán complacientes ni se acostumbrarán el uno al otro. Nunca discutirán por dinero ni por qué habrá para cenar. Cada día será emocionante, porque ese es el día en que podrías conocerla. Cada lugar al que vayas tendrá un nuevo significado, porque ese es el lugar en el que ella podría estar. Ella transformará el mundo para ti, hasta que te enamores del mundo. Y cada vez que la conozcas será casi como conocerla por primera vez.

–No lo sabes –dijo Robert–. Si tuvieras que hacerlo...

Paul lo observó un momento. –Me cambiaría de lugar contigo en un segundo –dijo–. Has descubierto una manera de hacer que el amor dure para siempre y te quejas. Tenías razón cuando discutiste con André en el café hoy. Eres un verdadero surrealista. Por culpa de Solange nunca podrás formar parte de la clase media, casarte y tener una familia... –Miró a Robert con astucia–. Y nunca quisiste hacerlo, ¿no es así?

–No –dijo Robert lentamente–. Quiero... creo que quiero viajar.

–Bueno –dijo Paul–, yo he estado viajando, pero no he tenido ni la mitad de las experiencias extrañas que tú has tenido. Y las tuyas apenas están comenzando. Me dijiste hoy en el café que me envidiabas, pero creo que si yo envidiara a alguien, serías a ti. ¿No te das cuenta de la oportunidad que tienes?

Robert asintió lentamente. En su interior crecía la convicción de que Paul tenía razón, y con ella su antiguo deseo de encontrarse con maravillas. Se vio encontrándose con Solange, una serie interminable de encuentros como un salón de espejos. Y cada vez que se encontraban se contaban sus aventuras y se enamoraban de nuevo hasta que llegaba el momento de volver. Nada termina nunca, pensó. Crees que sabes cómo será tu vida dentro de treinta años y de repente estás haciendo algo que no podrías haber planeado hace cinco minutos. Son las personas que han sentado cabeza, incluso las personas como André, las que están muertas. Y yo... estoy vivo. Tengo que estarlo, porque en cualquier momento podría encontrarme con ella de nuevo. –Tienes razón –le dijo a Paul. Chocó su copa contra la de Paul en un brindis–. Por la impermanencia –dijo.



ACERCA DE LA AUTORA

Lisa Goldstein (nacida Elizabeth Joy Goldstein el 21 de noviembre de 1953) es una escritora estadounidense de fantasía y ciencia ficción cuyo trabajo ha sido nominado a los premios Nebula, Hugo y World Fantasy. Su novela de 1982 *The Red Magician* ganó un National Book Award en la categoría de un año Original Paperback y fue elogiada por Philip K. Dick poco antes de su muerte. Su novela de 2011, *The Uncertain Places*, ganó el Premio de Fantasía Mitopoyica de 2012 para Literatura para Adultos, y su cuento, "El paraíso es un jardín amurallado", ganó el Premio Sidewise de 2011 a la Mejor Historia Alternativa de Formato Corto.

Biografía

El padre de Goldstein fue Heinz Jurgen "Harry" Goldstein (8 de junio de 1922, en Krefeld, Alemania – 24 de mayo de 1974, en Los Ángeles), un sobreviviente del campo de concentración de Bergen-Belsen; su madre, Miriam Roth (8 de abril de 1922, en Mukachevo, Checoslovaquia – 12 de octubre de 2011, en Los Ángeles), sobrevivió al campo de exterminio de Auschwitz. Sus padres llegaron a los Estados Unidos en 1947 y se conocieron en una clase de inglés como segundo idioma.

Ha escrito dos novelas de alta fantasía, *Daughter of Exile* y *The Divided Crown*, bajo el seudónimo de "Isabel Glass". Su editor le recomendó un seudónimo porque difieren mucho de sus otros trabajos. "Isabel" es de Point Isabel Regional Shoreline, un parque local que incluye un área para perros. "Glass" se ajusta al estándar de Tor Books para seudónimos, apellidos cortos en la primera mitad del alfabeto.

Se casó con Douglas A. Asherman en 1986 y vive en Oakland, California.